

IV.

«¿Quién, al descubrirse ante esa cruz levantada en la soledad de la montaña, podrá creer que hasta aquí han llegado los estragos de nuestras guerras civiles? ¿Cómo imaginarse que el sagrado signo de la redención, símbolo de paz, de perdón y de amor, está en aquel sitio para recordar un drama sangriento?—Y, sin embargo, es así.

«La guerra, señor mío, lleva el espanto á todas partes, á las ciudades y á las aldeas, á las llanuras y á las montañas, al palacio del magnate y á la cabaña humilde donde el pobre esconde su felicidad ó sus lágrimas. Y cuando la guerra es entre hermanos, parece que Dios la maldice y se olvida de sus hijos, pues entonces las iras son más tremendas y más hondas, más devastadores los incendios, más furiosas é implacables las pasiones. Acaba todo sentimiento noble en el alma, y se olvidan los deberes más sagrados, se rompen los vínculos más estrechos, y los entendimientos se extravían, dominando en todo la confusión, el odio, la muerte....

«Jamás en estas tranquilas montañas se habían oído el fragor de las armas ni la gritaría de los ejércitos: nadie sabía lo que significaban esas palabras. Pero una vez ¡infausto día! el clarín del guerrillero resonó en nuestras quietas soledades, alarmando á unos y aterrorizando á otros, pero despertando en todos una viva curiosidad. Usted habrá oído decir sin duda lo que eran aquellos guerrilleros que recorrían el territorio en nuestras antiguas guerras civiles: hombres audaces y valerosos, sí, pero sin freno en sus acciones, que peleaban por su propia cuenta, sin plan fijo; errantes, obligados por la necesidad á tomar recursos donde los hallaran; que no estaban sujetos á nadie, y que por lo mismo podían hacer cuanto quisieran sin temor de responsabilidad alguna. Las guerrillas eran el azote de los pueblos, el espanto de las familias, el terror de los hombres honrados y laboriosos.... Pues bien; cuando ménos se esperaba, esta clase de gente llegó aquí: ¿qué iba á ser de nuestra pacífica comarca? ¿qué de su bienestar y de su floreciente agricultura? ¿Dónde iban á ocultar los vecinos sus modestas economías?

«La alarma se extendió rápidamente por todos estos contornos, y muchas familias dejaron solos sus hogares, presintiendo que aquellas cuadrillas de soldados se llevarían consigo hombres, cabalgaduras, dinero, semillas, todo lo que encontraban. Sin embargo, pronto los ánimos comenzaron á calmarse.

«—¡Ignacio viene con ellos! se decía por todas partes.—¡Ignacio ha vuelto! ¡Viva Ignacio!

«Y era verdad: el muchacho se había hecho soldado, y militaba á las órdenes de un famoso guerrillero. Estaba desconocido: el traje militar le sentaba muy bien; su galardo y apuesto continente prevenía en su favor; sus miradas vivas y penetrantes revelaban audacia y malicia, aunque parecían suavizadas por una expresión apenas perceptible de bondad; en su conjunto, Ignacio parecía un soldado habituado ya á los peligros de la guerra, á las fatigas de una vida errante y azarosa. ¡Dios sabía en cuántos combates se había encontrado y cómo había salido de ellos!

«Se dijo luego que la comarca nada debía temer de la guerrilla, pues que viniendo Ignacio en ella, había quien impediría cualquier despojo ó injusticia que quisieran hacer los soldados. El jefe, además, parecía hombre de orden, y dió, en efecto, desde luego algunas señales de respeto á la propiedad y á la seguridad de los vecinos.

«Cuando Fernanda bajó al arroyo, según su costumbre, oyó en la espesura del bosque el antiguo cantar con que la saludaba en otro tiempo su adorador; pero en vez de sonreírse como entonces, se puso pálida y trémula; esta vez, sin duda, de súbito temor. Quiso volverse, pero ya no era tiempo: Ignacio venía á su encuentro.

«La pobre niña, como si presintiera algún peligro, quedó inmóvil, confusa, sobresaltada, al acercarse aquel hom-

bre, que allí mismo le había hablado en otra ocasión, pero sin infundirle miedo.

«—Fernanda, le dijo, aquí me despido de tí; aquí muerde cruelmente todas mis esperanzas. No quiero hacerte la pregunta que entonces te hice, porque sería ya inútil, inútil completamente!.... Puedes tú haber cambiado como ha sucedido conmigo; nada me importa. Yo soy ahora otro, y debo prevenirte [que la hora de mi venganza ha llegado. Pronto volverémos á vernos.

«Y se fué, dejando á la infeliz muchacha más confusa, más sobresaltada que ántes. ¿Qué le había querido indicarle con aquellas palabras vagas? ¿Qué significaban aquellos recuerdos? ¿Por qué esas amenazas? Fernanda regresó á su casa, invocando el nombre de la Virgen y diciéndose interiormente:

«—¡Dios mío! Bien me lo decía yo. ¡No sería el mismo cuando volviera!

«Al día siguiente los principales vecinos de la comarca fueron llamados á presenciar del jefe de la guerrilla: se les intimó que entregaran diferentes objetos para el sostenimiento de la tropa, y á algunos se les pidió dinero, amenazando á todos con castigos terribles si no cumplían. Don Miguel fué de los últimos: á él se le señaló una cantidad, superior indudablemente á la que el honrado propietario podía tener, y no pudo entregarla.

«—Se irá V, entonces con nosotros, le dijo secamente el guerrillero.

«Y los empeños que para evitarlo se hicieron fueron del todo inútiles: la familia se echó á los pies de aquel soldado inconsiderado; y ni los ruegos de la esposa, ni las lágrimas de las inocentes hijas, fueron bastantes á quebrantar su resolución, la cual había tomado también respecto de otros infelices vecinos que no pudieron cumplir tampoco las órdenes que recibieron. ¡Todo era llanto y confusión! Entonces se comprendió que si aquella gente había comenzado por infundir confianza, lo había hecho con el fin únicamente de que fuesen más seguros los golpes que se proponía descargar sobre los habitantes del lugar. Se le habló á Ignacio y se le suplicó que tomara la defensa de sus amigos cerca del comandante; pero también fué inútil, porque él se excusaba de una manera que claramente indicaba que no quería comprometerse ni provocar el desagrado de su jefe. Por lo que sucedió después se conoció la verdadera causa de esta abstención.

«Fernanda, ¡pobrecilla! creyendo que algún ascendiente tendría todavía sobre Ignacio, lo buscó y procuró hablarle, para interesarlo en favor de su padre; el muchacho, sin embargo, no se dejó ver de ella.

«No hubo remedio: D. Miguel y sus compañeros de infortunio engrosaron las filas de la guerrilla, no ya como prisioneros, sino como soldados sujetos á la disciplina militar y á la más severa y estricta vigilancia. ¿A dónde iban á llevarlos? ¿Cuándo terminaría aquella cautividad? ¿Qué harían y cómo vivirían, en medio de temores continuos, de asechanzas, de sobresaltos y de penas y congojas para ellos desconocidas?

«A la caída de la tarde salió del lugar la tropa, oyendo por todas partes lamentos, imprecaciones, quejas y llantos amarguísimos de las familias ofendidas. Ignacio no iba en la formación. ¿Dónde estaba?

V.

«Estaba oculto en el bosque, esperando que Fernanda bajara al arroyo, para seducirla con mentidas promesas y engañarla y perderla. ¡Hasta este grado de perversidad había llegado el que ántes había sido generoso y honrado! ¡Esta era la infame venganza que la tarde anterior había anunciado á la pobre niña!

«Fernanda, en efecto, triste y llorosa todavía, salió ya al oscurecer de su casa, donde su madre y sus hermanas

procuraban consolarse mutuamente de la desventura que había caído sobre ellas. El conocido cantar llegó á sus oídos; ella fijó su atención, pero creyó que se engañaba. Volvió á oír, se aseguró bien de que era la voz de Ignacio, y no dudando más, corrió en su busca, con la ansiedad de la cruz que ha descubierto la fuente que ha de apagar su sed. Era Ignacio, sí: allí estaba, reclinado tranquilamente sobre el tronco de un árbol. A pocos pasos, su caballo, perfectamente enjaezado, esperaba impaciente.

»Fernanda se echó á los pies del alto soldado, y cubierto el bello rostro de lágrimas, que se caían gotas de lluvia sobre una rosa de los campos, le dijo con suplicante acento:

»— Te he buscado, Ignacio, para que salves á mi padre. ¿Dónde lo llevan? ¿Por qué hacen eso con una familia infeliz que ningun mal les ha buscado?

»— ¿Qué dices? preguntó á su vez el militar fingiendo profunda extrañeza. ¿Se han ido? ¿Se llevan á tu padre?

»— Sí, se lo llevan, porque no ha podido darles lo que querían: pero tú sabes bien que somos pobres; ¡sálvalo, Ignacio! devuélvenos á mi padre, y Dios te dará la salvación!

»Los lamentos de la montañesa habrían conmovido á una roca; mas Ignacio solo pensó en aprovecharse de ellos para ejecutar más fácilmente sus perversos planes. Mostróse indignado, dió señales de fiero interés por D. Miguel, y se preparó á montar. Luego se detuvo pensativo, como si una idea repentina lo hubiera asaltado en aquel momento.

»— ¿Quieres ir conmigo? dijo á Fernanda volviéndose á ella. — Te llevaré á la presencia del capitán; tus lágrimas y tu llanto se mirán á mis ruegos, y tu padre te será devuelto; podrás volverte con él después.

»Fernanda pareció vacilar; pero por un sentimiento de amor filial, olvidándose de los peligros, de las amenazas de Ignacio, y concibiendo sólo dulces esperanzas, exclamó entre risueña y resuelta:

»— Sí, vamos. Aun no han de ir lejos. ¿Qué bueno eres! ¿Pero no debo avisar á mi madre?

»— No hay tiempo que perder, advirtió el astuto raptor, turbado ante aquella prevision de la inocencia. — Además, quizá ella se opondría, y tú no podrías darles el gusto de una sorpresa.

»— En marcha entónces.

»Ignacio tomó á la gentil doncella en sus brazos, la colocó cuidadosamente en el caballo, y ufano éste con su preciosa carga, partió con la velocidad del rayo por el sendero del bosque.

»Pero este camino no era el mismo que había seguido la guerrilla. Los fugitivos se internaron por las selvas que cubren los collados de estas montañas, y buscando siempre las extraviadas veredas de la sierra, fueron en una dirección que acaso el mismo Ignacio ignoraba adónde conducía. Así continuaron toda la noche, sin que la fatiga, ni el cansancio, ni los rigores de la intemperie los obligasen á detenerse un momento. A Fernanda la sostenía su anhelo de alcanzar y recobrar á su padre; á Ignacio (ya habrá V. comprendido que su intención no era unirse á la guerrilla, sino huir de ella con su codiciada conquista) lo animaba el deseo de llegar pronto á lugar seguro donde pudiera ocultarla.

»No amanecía aún, cuando los dos viajeros comenzaron á divisar en el oriente la tenue claridad del alba: el aire era más frío á aquella hora, y estaba impregnado de un aroma exquisito y penetrante, como si acabaran de abrirse los secretos perfumeros de una estancia misteriosa. A trechos, la espesa niebla de la mañana impedía ver los contornos de los peñascos y de los árboles, y del fondo de los valles subían nubes blanquitas como jirones de gasa que se arrastraban perezosamente por las faldas de los montes, ó como incienso que la naturaleza enviaba en homenaje á los cielos....

»Iban descuidados los dos fugitivos, pensando cada uno sin duda en la extraña causa que los obligaba á recoger en tan inoportuna hora aquellos lugares, cuando á un lado del

camino, y recatándose entre las sombras, les pareció descubrir á un hombre.... En seguida, un grito espantoso, terrible, hijo de la más honda y tremenda indignación, resonó en la soledad, y de entre las hierbas y los árboles salió con una rapidez y una agilidad pasmosas el mismo que lo había lanzado, blandiendo en sus manos un arma agudísima.... Era D. Miguel, que habiendo logrado burlar la vigilancia de sus enemigos la noche anterior, se había escapado de ellos, y volvía á su casa caminando por sitios no conocidos ni frecuentados.

»Ignacio y Fernanda, ante aquella súbita aparición, prorrumpieron á su vez en agudos gritos, el uno de confusión y de espanto, y la otra de infinita alegría.... El caballo se lanzó á galope, amedrentado como su dueño, y furiosamente acosado por él; pero era ya tarde. En aquel terreno era imposible que pudiera sacar ventaja á D. Miguel, aun cuando éste no hubiera obrado en su seguimiento con la violencia que era necesaria. Fernanda cayó á un lado, arrojada quizá de propósito por su raptor para quedar más libre, y todavía Ignacio intentó huir. Era la peor prueba que podía dar de su culpabilidad. Don Miguel le dió alcance en un instante, y el infeliz cayó herido de muerte....

»La muchacha, desmayada por la fatiga, trémula todavía por la sorpresa y por el espantoso desenlace de aquel drama, pasado todo en un momento, quiso ir al encuentro de su padre; mas no pudo, porque su debilidad era excesiva y el golpe de la caída la había postrado. Don Miguel se acercó á ella, y lanzándole una mirada terrible de indignación, le dijo:

»— ¡Infame! ¡infame!.... Así llorabas mi desgracia, huyendo con mis verdugos. ¡También tú mereces la muerte!.... ¿Dónde ibas?....

»— ¡Padre! gimió la desdichada, ¿soy inocente; iba en busca tuya.... Ignacio me había ofrecido....

»— Sí, ¡el desertor infame, que habría recibido la muerte de manos de sus compañeros si yo no se la hubiese dado ya!.... Ahí queda.... ¿Y tú....

»Don Miguel no pudo seguir: se le arrasaron los ojos de lágrimas, sintió una angustia infinita en el alma, faltó respiración á su pecho.... y no pudo hacer otra cosa que abrazar á la abandonada niña....

»— ¡Dios sabe si eres inocente! le dijo después. ¿Cómo he de abandonarte aquí para que mueras de dolor?....

¡Yo te perdono, hija mía, si hay culpa en tí!....

»Algunos días después, los amigos de Ignacio levantaban esa cruz en la montaña.»

VI.

Tal fué la tristísima historia que Bernardo me refirió en el teatro mismo de los sucesos de esta leyenda, cerca de aquella cruz que recuerda la culpa de Ignacio y la muerte que recibió de manos de un padre justamente ofendido.

La religión en aquel lugar ampara una tumba solitaria; y lejos de olvidar al que pereció trágicamente por haber querido ajar el candor virginal de una niña inocente, solicita para él de todo viajero los sufragos de una piedad sincera. ¡Cuánto dice al corazón creyente una cruz levantada en el seno de las montañas! Su vista mueve todos los afectos, aviva la fe, enciende nuestro fervor, y nos inclina á rogar por el que descansa bajo su sombra, pues aun sin saber su nombre, ese signo nos revela que fué nuestro hermano. ¿Y qué importa que haya sido justo ó pecador, si la tumba del hombre necesita siempre del rocío de la oración?....

Yo, desde entónces, al encontrar en mis viajes por la sierra esos sencillos monumentos campestres, como los llamó Bernardo, no puedo dejar de conmovirme, pensando que tal vez recuerdan una historia triste como la de Ignacio. La oración bruta espontánea de mis labios, y en lo ínfimo de mi alma adoro y bendigo la cruz de la montaña, que así hace sentir y meditar.

VICTORIANO AGÜEROS.



Á GABRIEL JASSARA.

«Y ahora, ¿qué es de Dios?—Dios está ausente.»
Así finalizaba el gran poema,
De tu madura edad aurea dialema,
Que aún custodiabas en si tu inclita mente,
Recitábase tú con imponente
Voz de irritada potestad suprema:
Retemblar, al oír el anatema,
Vi el templo angusto que se alzaba enfrente,
Yá que al asilo de la paz subiste,
Implora del Señor, que te inspiraba,
Revoación del vaticinio triste.
Nóuvo un día, con humilde queja,
De inminente rigor se libertaba:
¿Qué del mundo será, si Dios le deja?

JUAN EUGENIO HARTZENBÜSCH.

LOS TRES PERROS.

I.

En el Mediterráneo, el Atlántico, el Pacífico, ó en otro mar cualquiera, que para mí cuento es igual, hubo una isla grande, muy grande; poblada, muy poblada, y regida por un monarca tonto, pero muy tonto. Lo de *regida* no es exacto, pues quien todo lo disponía y manejaba, haciendo y deshaciendo á troche y moche, sin otra ley ni regla que su voluntad, era el señor Ministro, peine y trujaman de siete suelas, muy capaz de tragar toda la monarquía, para lo cual con suma eficacia y amor le ayudaba la numerosa tribu de sus paniaguados y parientes. Descapñaban, quiero decir, cobraban éstos los principales empleos en el ejército, la magistratura y la iglesia: donde había turrón, allí estaban ellos con las fauces abiertas para devorarlo. Inútilmente el saber, la probidad, la experiencia en los negocios sollicitaban algún puesto: como fuese de regular importancia, quedábase para la ministerial fidalgo, más temible y apretada que la macedónica. En cambio de favoritismo tan dañoso, el señor Ministro, fuese por afecto á la justicia ó por celos y rivalidad del oficio, perseguía con rigor á los ladrones; á los de manita y trabuco se entiende, que los de fraje y venera andaban pavoneándose muy seguros, orondos y lozanos. Hasta formaban clase, y para conocerse y distinguirse mutuamente habían dado en la flor de apellidarse ilustrísimos, excelentísimos y gloriosos, al modo que los masones tienen para su inteligencia la palabra de orden y el signo cabalístico.

Así andaba la nación entregada á un puñado de ambiciosos que la explotaban: la clase media en la escasez, y tan hambriento el pueblo, que parecía un pueblo de maestros de escuela. Como todo tiene su compensación, para consolarse los perjudicados y exprimidos podían gozar gratis el agradable espectáculo de las bardados vestidos y lujosos trenes de sus expoliadores, leer en los periódicos sus bailes y festines, y hasta el número y calidad de los platos servidos en sus espléndidas mesas. El que no se consuela en este mundo es porque no quiere. Pues ¿hay mayor gusto para el despojado que presenciar el rumbo y los *gaudeamus* de sus despojadores? Y si no le basta, abra la *Imitación* del Padre Kempis, y allí verá que los gozos mundanos son verdaderos perjuicios en el orden espiritual, y que las riquezas, lujo, pompas y hasta el llenar el estómago diariamente es tentación diabólica y vanidad de vanidades.

Entre tanto, el Rey se divertía de lo lindo. Cuidábase de sus vasallos como de los montes de la luna, y con tal de vestir, comer, beber y vivir á su gusto, abandonaba el timón á su Ministro, como lo hubiese abandonado al moro Muza para sacudirse de las obligaciones, compromisos y demasés tramantojos del gobierno. ¡Pues no faltaba más que para atender á las menudencias del país desatendiese sus propios é importantísimos recreos! Y de todos ellos, el que más embobecía su real ánimo era la caza, viva imagen de la guerra, según mil y mil escritores cinegéticos la apellidan. Mi señor Monarca era un cazador apasionadísimo y omnívoro. Con esto de omnívoro quiero decir que el mismo corría liebres á caballo, que acechaba con la escopeta armada al venado ó al ciervo, ó mataba pajarillos con munición,

ó los aprisionaba con liga; ó empuñando una interminable caña, hacía plantones de siete y ocho horas con singular paciencia, para ver si se dignaba de tragar el real anzuelo algún barbo, trucha ó anguila. Y en los pocos días que no cazaba entreténtase en hablar de la caza y de sus varios lances, contando y oyendo contar á sus cortesanos las más estupendas mentiras, pues ya en aquella época no eran muy verídicos los cazadores, cuya reputación de embusteros creo que data desde el famoso Nembrod, citado por la Biblia.

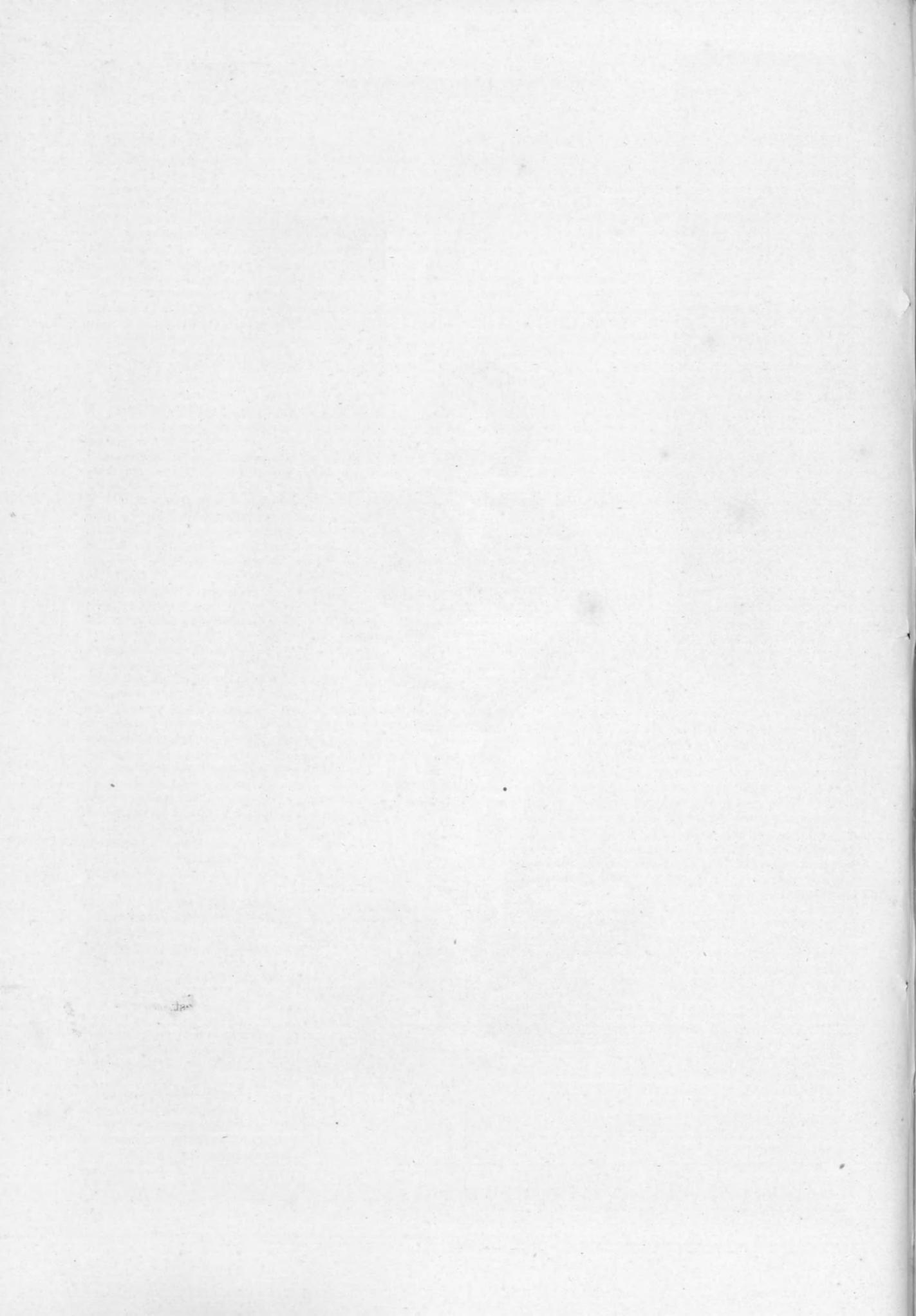
En lo que perdía pié, haciéndose interminable y molesto, era en ponderar las glorias y excelencias de la caza; y tenía mucha, muchísima razón. Pues ¿hay algo tan excelente y glorioso en el universo mundo como emboscarse y estar en acecho horas y horas con la escopeta en la mano y el dedo en el gatillo para asesinar á un pobre conejo? ¿Y el tender la caña y hundir el traidor anzuelo bajo las aguas tranquilas y engañar á los peces, fingiendo darles de comer para atravesarles las fauces y quitarles la vida entre dolorosas convulsiones? No cabe duda; esto es archi-splendente, y el señor Monarca discurrea y platicaba como un sabio. Y aunque así no fuera, y aunque discursiese como un zambombo, no por eso aplaudirían ménos los cortesanos cualquier tontería que dijese; pues ellos sabían su oficio, y como el acólito al celebrante, á todo respondían *amen*. Seguro método para no equivocarse en palacio.

Pero el demonio, que ni duerme ni descansa, hizo que mientras vagaba el Rey por montes y valles, seguido de perros y con su escopeta al hombro, se le antojase á la señora reina cazar también sin más aparejo, pólvora ni reclamo que la dulce luz de sus azules ojos y sus formas desenvueltas y rozagantes; y como era ya algo jamona, y las jamonas deliran por los pollos, y los pollos no suelen tener marmóreas entrañas, sino blandas y azuz agradecidas, resultó cazado y preso en la cariñosa red un cierto pajarillo barbapiente, lindo como los ameres y tuno como buscado de encargo. No recuerdo si se llamaba A ó B, ni para el caso importa su nombre; baste saber que en alas del favor de su señora creció como la espuma, pasó á mayores vuelos y hasta llegó á ser uno de los figurones más importantes y encopetados de la monarquía. Y como los palacios tienen paredes de cristal y ecos misteriosos que recogen y repiten las palabras todas con notable aumento y retumbancia, no quedó al poco tiempo en la isla entera quien ignorase las culpables relaciones entre paje y señora. Digo mal, pues el Rey no supo ni aun vislumbró nada, y siguió tan afano disparando tiros contra los ciervos, que era como fusilarse en efigie.

Yendo y viniendo los días, llegó uno, ó dicho con mayor exactitud, una noche, en que tuvo cierta visión extraña y singular el Monarca de mi cuento. Aunque fatigado el cuerpo y molidos los huesos de corretear por montes y llanos, y aunque había cenado bien y reposaba en blando lecho de plumas, todo se le volvía cambiar de postura, estirarse, encogarse, echarse de un lado y otro, y nada.... no conseguía dormirse. Oía el tic, tac monótono del reloj de sobremesa, oía el alerta de los soldados que vigilaban su palacio y el rumor temeroso del viento azotando los muros y torreones del inmenso edificio, y la respiración tranquila, compasada y suave de su esposa; pues áun no había inventado



EL VENDEDOR DE BOQUERONES DE MÁLAGA. — (CUADRO DE LEONCIO TALAVERA.)



la etiqueta el separar los regios consortes como si fueran perra y gato, y no personas humanas unidas por el vínculo del matrimonio. Después de larga vigilia, y cuando ya claraban las primeras luces del alba, cayó el Rey en una especie de profundo letargo, quedando sin mover pié ni mano como un difunto, mientras que desligado su espíritu del tosco barro en que vegetaba cautivo, lanzábase á no sé qué vagas regiones metafísicas y ultramundanas, á que jamás alcanzan despiertos nuestros mortales ojos.

Para más claridad y ménos conversacion, digo que el Rey tuvo un sueño, y se halló en un campo donde no había estado nunca, y vió delante de sí brotar de entre una niebla pardusca y espesa tres animalejos, que al principio le parecieron tres gazapillos ó ratas, y despues tres gatos, y luego tres carneros, y en seguida tres burros, hasta que finalmente llegaron á su mayor crecimiento, y entónces quedaron así como bueyes. ¿Y eran bueyes en efecto? No, señor. Atento el Rey á tan singular fantasmagoría, vió con asombro que los susodichos bueyes no eran tales bueyes sino en la corpulencia, pues en lo demás eran verdaderos perros, aunque perros desmesurados y colosales, capaz cualquiera de ellos de tragarse en dos bocados á una persona humana. Poco á poco fué disipándose la delgada niebla que como nube los envolvía, y aparecieron claros y distintos, no ménos que si los rayos del sol en pleno día los alumbraban.

Y era el primero de ellos de lustrosa piel y fina estructura: lo que llamamos un perro de buena casta. Mas ¿cosa extraña! tenía puesto un vendaje por la cabeza y sobre ambos ojos, tan ceñido y espeso, que, temiendo sin duda el animal tropezar á cada paso, no osaba moverse, y puesto allí de planton como una estátua, parecía un perro pintado.

Era el segundo un perrazo basto y de ordinaria catadura: llevaba collar dorado con muchos cascabeles; tenía una panza y un lomo descomunal; pasaba con gravedad de un lado á otro, y parecía extremadamente satisfecho de su gordura y corpulencia. Se daba cierto aire á cualquier importante palaciego en día de ceremonia.

Para formar idea del tercero, que era mastín, basta imaginarse un gran esporton de huesos, pues ya tendría que estudiar y tirar líneas el mejor carnicero para sacar dos onzas de grasa de aquel amazon extenuado y consunto. El lomo tenía filo, y de trecho en trecho nudos y volandrones; la barriga, de sumidos fíjares, mostraba las costillas de alto relieve como si se hubiera tragado un barril y se le vieran los aros, y andaba montado al aire como los diamantes, pues las patas eran cuatro palitroques. Pero en el tamaño de la osamenta, en el dibujo de los secos músculos, en la hechura de la cabeza y en el vivo fulgor de la micula conocíase bien que este pobre can debía de ser por naturaleza más grande, más fuerte y más brioso que sus dos compañeros, y que sólo el no comer podía explicar su miserable estado. Róido por el hambre, erizaba sus pelos con furor, lanzaba miradas amenazantes al perro gordo, y le enseñaba dos lileras de dientes capaces de dar envidia á un cocodrilo. Y cuando fue á embestir casi rubioso, despertó el Monarca, ya entrado el día, recordó con puntualidad la escena, y murmuró con dolorosamente:

—Me parece que tengo algo pesado el estómago. ¿Si me habrá hecho daño el pavo trufado que cené anoche? ¿Qué tonterías se sueñan!

Pero la tontería se repitió una vez, y otra, y otra, hasta siete veces consecutivas en siete noches, siempre igual, como si fuese un mismo drama representado en el propio escenario y por los mismos cómicos. Claro está que el monarca llegó á tomar por lo serio tan repetida vision, y de tal modo cavilaba en ella, que dejó de ir á caza, y de casquivano y risueño se hizo meditabundo y sombrío, y no cenaba ya un pavo trufado, ni aun siquiera hubiese podido con dos pajarillos trigueros. Y finalmente, una tarde, hallándose solo en su estancia, de puro embobido con las perrunas visiones, sin reparar en ello ni saber cómo, puso las veinte uñas en

el suelo, y anduvo á gatas por la alfombra, y áun empezó á ladrar con tono plañidero hasta que su misma voz le hizo volver en sí todo apesadumbrado y confuso.

—¿Carambolitas! ¿Será cosa de ir á convertirme en perro? ¿Estaré loco, ó me faltará poco? No, pues esto no ha de quedar así. Afortunadamente recuerdo haber oído ó leído que allá en tiempos de Mari-Castana, cuando Moises y Julio César andaban por el mundo, hubo un tal Sanson, ó Salomon, ó Farao que era arzobispo del Egipto, ó algo por el estilo, y tuvo un sueño muy famoso, y vino un sabio y se lo explicó y se quedó tan contento. Esto, esto haré, que, á Dios gracias, hay en mi reino una plaga de sabios; y mirándolo bien, yo mismo soy un pozo de sabiduría, pues me ha ocurrido á mí solo tan luminoso pensamiento.

II.

Muy pagado el Monarca de su propósito de consulta, comenzó á serenarse del temor que tenía de perder el juicio; temor infundado y absurdo, pues nadie pierde lo que no tuvo jamás; fuera de que no podía volverse loco, por ser ya toutó de remate ó un puntito ménos. Sin embargo, como apunté en su sitio, cada vez que el Rey soltaba una barbaridad, los cortesanos y mece-sillas y latigo-platos de la real casa improvisaban un coro de exclamaciones de asombro y pumso, cual si escucharan las más profundas sentencias de los mayores filósofos del mundo. ¿Qué extraño es que el Soberano siendo un topó se creyera un águila? Y hacia muy bien creyéndolo; de lo contrario, hubiera tenido un pesar grande, aunque por el hecho de advertirlo habría remediado su necedad; que las enfermedades del ánimo suelen curarse con sólo conocerlas. Pero basta de reflexiones y vamos al asunto.

Como pino entre matas silvestres, ó como campanario de aldea entre ruines chozas, descollaba sobre todas las sociedades científicas y literarias del país la Academia Real, corporacion insigne, donde se hallaba reunido lo mejor de lo mejor en materia de estudio, gravedad y peregrinos conocimientos. Académicos tenía en su seno que, á fuerza de improbables tareas y continuadas vigiliass, habían llegado á saber y averiguar si la reina Cleopatra fué rubia ó pelinegra y cuántos pares de medias hizo con la aguja de su nombre; si Atila falleció á los cincuenta y tres años ó á los cincuenta y cuatro y medio; cuántas veces Homero llama «el de los ágiles piés» á su héroe Aquiles, y cuál era la prosodia de la lengua del Paraíso. Como en vez de mirar adelante, miraban siempre hacia atrás y avanzaban poco, el vulgo iliterato y nada respetuoso dió en la flor de llamarles *galápagos*, y á la casa donde se reunían, la *galapaguera*.

A la galapaguera, pues, acudió el Monarca en demanda de explicacion para su repetido sueño; y llegados siete de los más sabihondos galápagos á la real presencia, oyeron atentos y sin pestañear la soberana consulta. Nada respondieron de sustancia, sino que era de todo punto indispensable acudir á las luces de sus colegas, claros taroles y esplendorosos quinqués de la ciencia, que no dejarían de alumbrar con vivos rayos tan oscuro suceso y tan capendias apariciones.

Agujoneados por el Rey, volvieron á palacio despues de cinco semanas, en cuyo breve tiempo, segun manifestaron, muy complacidos de su propia actividad y agudo caletre, habían nombrado una Comisión de doce sabios en memoria de los doce Apostoles y de los doce signos zodiacales; cuya Comisión, reunida diariamente por espacio de doce horas, empezaba sus tareas rezando con fervor el rosario y despues el trisagio de San Antonio de Pádua y unos cuantos padre-nuestros por las benditas ánimas del Purgatorio, más algunos otros por los navegantes que navegan por el mar y los arrieros que andan por la tierra, con varias antifonas y jaculatorias muy devotas y oportunas; y en se-

guía abordaban el asunto en cuestion, tomándolo y analizándolo *ab oco*; esto es, desde su fundamento, causa y origen. Para lo cual, y para proceder con orden y método y no extraviarse en disquisiciones ociosas y acudir á la explicacion definitiva con la brevedad requerida por el caso, habiáanse convenido, *nomine discrepante*, en dilucidar doscientos cincuenta y nueve puntos capitales, por el orden que sigue:

1.º Escribir circunstanciadamente la historia de todos los sueños famosos, desde el de nuestro padre Adán, cuando sin sentir le sacaron una costilla.

Segun dictámen de la Academia, soñaba entónces Adán que se había comido él una manzana y que se nos había indigestado á nosotros.

2.º Averiguar si el sueño es hermano de la muerte, como dicen, ó si sólo es primo, cuñado ó suegro, y formar su árbol genealógico.

3.º Esperar á que algun miembro de la comision nombrada tuviese un sueño notable, y al despertar se acordara bien de él, para estudiarlo y analizarlo cualitativa y cuantitativamente en sí mismo, redactando luego una Memoria, que sería remitida, impresa, á las corporaciones científicas de Europa y Ultramar, á fin de asesorarse con las opiniones de otros sabios.

Al llegar aquí, agotóse la paciencia del Monarca, pues aunque poco avisado, conoció desde luego que ni las nietos de sus nietos podrían ver acabada semejante fienda, por lo cual envió nomada á los galápagos, y resolvió consultar á un famoso adivino que de paso para el Japon hallábase en su corte.

Seguramente no era un adivino de los de tres al cuarto este que ahora se presentaba, y á quien llamó con toda urgencia el Rey para lograr la explicacion de su sueño. El tal adivino se hallaba muy por cima de todo zóhori de naipe y varita, pues era hechicero, mágico y brujo por principios, sabiendo y conociendo á fondo de estas artes cuanto en el remoto Oriente y la Tesalia supieron y conocieron los antiguos, con más las doctrinas y enseñanzas de los hierofantes griegos, de los augures romanos, de los sagas y valkirias germánicas, de las hadas árabes y toda la ciencia oculta de Nostradamus y Raimundo Lulio. Poscia la nigromancia, quironancia, piramancia, hidromancia, aeromancia y geomancia; era astrologo y alquimista, y ni el P. Martin del Rio, en su *Disquisitionum magicarum*, había alcanzado la cuarta parte que él en magia natural, artificial y diabólica; ni le igualaba nadie en lanzar evocacion, preparar ligamento, ni levantar figura. Tenia en la uña la *Biblioteca mágica* de Hamber, y burlábase del *Malleus malficorum*, pues hasta entónces ninguna autoridad civil ni religiosa le persiguió ni molestó nunca, aunque en varias ocasiones había visto más demonios grandes, medianos y chicos que el inglés Pordage en 1651. En suma, era un águila en el oficio, y sin lisonja, podía llamársele *magnum magister cavomagorum*. A más de esto, usaba unos vestidos extravagantes y simbólicos, asemejábase en lo largo y flacucho á un palo de berlinga, y hablaba poco y con misteriosa retumbancia. No era menester tanto para exaltar las imaginaciones y pasar por archi-astrologo, archi-brujo y archi-nigromante.

Llegado á la augusta presencia del Monarca, hizo, sin hablar palabra, tres profundas zalemas al estilo oriental, y quedose inmóvil como una estátua. Admirado el Rey de ver aquella pavorosa estantigua, dijo entre sí: «Ya tengo lo que necesitaba; de seguro éste en un dos por tres me explica mi sueño.» Y se lo refirió sin omitir cosa de sustancia. Y el astrologo dijo:

—Señor, vuestro sueño es claro como la luz del día, y ahora mismo pudiera en su mayor parte explicarlo y traducirlo; mas yo lo haré por entero, sin ninguna clase de oscuridad ó incertidumbre. Y pues V. M. se dignó de esperar en vano y por largo tiempo á los sabios de la Academia, no me parece mucho pedir el plazo de una semana y algun oró

para los ensayos de crisoles y retortas, y para componer el astrolabio simbólico-oriental con que suelo leer en el gran libro de las estrellas.

Concedió benigno el Monarca el plazo y metálicos pedidos, y al cumplirse la semana, ordenó llamar al prodigioso astrologo, á quien de ningún modo y en parte ninguna pudo encontrarse jamás. Se conoce que al agarrar los dineros le salieron alas, con que hizo la procesion del Niño perdido; ó más claro, tomó las de Villadiego, eclipsándose de tal manera, que ni los más poderosos telescopios le alcanzaban.

Aburrido ya el Monarca de bromar con tentos y pillos, mandó fijar á la puerta de su palacio un cartelón con cada letra del tamaño de una alpargata, prometiendo recompensar espléndidamente al que le diera satisfactoria explicacion de su sueño. El premio era magnifico y muchos lo codiciaban; pero no siendo adivinos y temiendo incurrir en el enojo del Saberrano, excusaban de presentarse; y así pasaron algunos dias y aun semanas, y ya iba el Rey á mandar que descolgasen el cartel y no se hablara más del asunto, cuando los guardias de palacio llevaron á la régia cámara á un viejo palurdo, de aspecto sagaz, aunque tosco; de esos, en fin, que parece que se enen y con piés y manos se agarran. Ignoro de dónde era natural el viejo; mas en los campos y aldeas de mi patria Andalucía he conocido muchos que deben de ser sus similares ó descendientes; cualquiera los juzga torpes, y son capaces de partir á lo largo un pelo en el aire.

No querian al principio los guardias dejar entrada franca al viejo; mas viendo su insistencia y la seguridad que manifestaba de resolver el problema, acordáronse de que debajo de una mala capa suele hallarse un buen bebedor, y le llevaron, como dije, ante el propio Rey. Lo mismo que sus guardias y cortesanos, extrañó éste la torquedad y pobres hábitos del viejecito, y viéndole que no quería ó no acertaba á pronunciar palabra delante de tanta gente, mandó que los dejasen solos, y solos quedaron ambos en la augusta cámara. Despues de contarle el caso, díjole el Monarca:

—Hombre, parece cosa increíble que despues de haber consultado yo inútilmente á los individuos de mi Real Academia que, fuera de su notoria inutilidad, son los sabios más sabios de toda la isla, y á otros muchos doctísimos varones, venga ahora tú, que eres un rudo campesino, con tus manos lavadas ó sin lavar, á resolver en un periquete el osento problema deste rapísimo sueño mio, que me trae quitadas las ganas de comer y devanados los sesos de la cabeza. Así, pues, ten cuidado con lo que digas, y no me salgas con una putochada, porque, vive Dios, que te mande sumir en un calabozo y no vuelvas á ver la luz del día.

—Señor, no se figure V. M. que he venido desde mi pueblo, que no está muy cerca, para dispararle un par de coeces. Yo no soy letrado, ni sé escribir más que unos palotes tan gordos como los dedos de mi mano; pero cuando hablo, sé muy bien la que digo. Y si nó, vamos al caso: ¿No ha soñado varias noches seguidas V. M. con tres perros, uno fino y con venda en los ojos, otro ordinario y revoltando de gordo y otro más grande, pero flaquísimo y hambriento? Pues éste, Rey mio, es el puclida, empobrecido y extenuado á fuerza de contribuciones y gabelas y todo género de injusticias y atrocidades; el perro gordo es vuestro primer ministro; y el perro vendado y ciego es V. M., en cuyo nombre se hacen todas las infamias sin que las vea, ni las conozca, ni las remedie, cuando todas y yo tambien, que soy un rústico de alpargatas y manta al hombro, las vemos, las conocemos y sabemos de sobra cómo se remedian. Y si V. M. se ha enfadado con firme, mande echarme un lazo al pescuezo, que ya estoy harto de servir y no comer, y hé querido, aunque sea pagando con el pellejo, decir la pura verdad.

Toda esta rociada la soltó el viejo de una vez, sin ponerse colorado ni amarillo, con la estoica tranquilidad de quien

está cansado de vivir y no teme que le aprieten el traguero. Los ojos negros, bajo las blancas cejas, le brillaban como faroles encendidos; la voz era firme y segura, y en su acento y ademanes la misma verdad había puesto su sello.

Al pronto el Rey se quedó boquiabierto y estupefacto; mas luego sintió como si alumbrase con una antorcha las oscuras cavidades de su cerebro; como si su conciencia, por largo tiempo flaca y adormecida, se levantara de súbito imperiosa y formidable diciéndole: «Ya lo sabes: tú eras el ciego; mas ahora ves claro, y sólo puedes hoy cumplir tu deber ó ser un infame. Elige.»

III.

Aquel Rey ¡loado sea Dios! eligió bien. No se enfadó contra su brusco y anciano consejero; antes le envió á su aldea con ricas dádivas y ámplia licencia para volver á la corte y entrar en palacio cuándo y cómo quisiera. Sólo le encargó reservase la plática que ambos habían tenido hasta ver las consecuencias. De este modo no se espantaba la caza y podía proceder la justicia con mayor seguridad y acierto.

Como si la Providencia intentara recompensar el excelente corazón y honrados propósitos del Rey, infundióle de pronto la claridad de entendimiento y la energía que necesitaba. Puede ser quizá que tan repentino cambio fuera debido sólo á su buena intención y á las palabras reveladoras del anciano; mas, sea como quiera, el Rey se sintió convertido en otro hombre; las mil y mil cosas que antes había visto sin reparar en ellas, ahora se le presentaban de bulto y relieve, con toda su importancia y su propio y verdadero significado. No es tan raro esto en la vida como parece; al hombre poco avisado suelen pasársele por alto muchas y graves cosas; pero si un solo rayo de luz ilumina á tiempo la nube, entonces vé de golpe lo grande y lo pequeño, lo manifiesto y lo escondido. El que parecía la víspera ciego y tonto es al día siguiente un lince y tiene la intención y recámara de los siete sabios de la Grecia. Los que le conocían antes, le desconocen ahora; y no sabiendo la causa de cambio tan brusco, suelen atribuirle á influencias sobrenaturales.

Aquella noche durmió el Rey con la tranquilidad del justo; pero á la madrugada se le repitió el sueño, con la particularidad de que, fijándose bien en la aparición, vió clara y distintamente que al perro vendado se le alojó la venta y se le cayó á los pies, y en seguida abrió un ojo y luego el compañero, y cuando tuvo abiertos los dos, que parecían dos huevos medianos, el perro gordo comenzó á enflaquecer y el flaco á engordar, hasta que el uno quedó extenuado y consumido, y con regulares curvas el otro. Despues fué tendiéndose por cima de los tres una densa nube, y poco á poco, envueltos en ella, se desvanecieron para siempre.

Consideró el Rey esta vision como complemento explicativo de las anteriores, y firme en su propósito, comenzó á indagar antecedentes de la conducta de cuantos le rodeaban, y muy en particular de su primer Ministro. Nada al principio descubria, pues los que pudieran revelar algo temian más al omnipotente favorito que al propio Monarca; pero cuando, á fuerza de maña, logró éste asir un cabo del hilo y tiró de él, empezaron á salir tantas y tales cosas, que cuasi, cuasi se arrepintió de haberlas descubierto. La administración y gobierno de la monarquía, y aun su palacio mismo, eran un cenagal inmundado, lleno de sapos y culebras. Fraudes, cohechos, estafas, malversaciones de caudales, engaños de todo género, la justicia vendida, el trabajador honrado, en la miseria; el criminal farsante, en altos empleos; la tiranía y la prostitucion arriba, la servidumbre abajo, y la ignorancia.... éste fué el cuadro abominable descubierto por el Rey al abrir los ojos y tenderlos sobre su pueblo. Y como en no soltando el cabo y signien-

dolo con paciencia llegamos á desenredar toda la maraña, de uno en otro descubrimiento llegó á traslucir y averiguar el Rey la pesada burla que con el barbilindo palaciego le jugaba su esposa y consorte.

¿Necesitaré añadir que, descubierta y comprobado el daño, se le puso enérgico remedio? ¿Que, confiscados los mal adquiridos bienes, fué el primer Ministro, en compañía de numerosos parientes y paniguados, á componer caminos y calzadas, con un grillete al pié y un azadon en la mano? ¿Que el paje adúltero desapareció en no sé cuál mazmorra, y que entonces la Reina se murió de la pena ó del susto? ¿Que fueron nombrados para ministros de la nacion hombres entendidos y probos, y que en adelante marchó todo á las mil maravillas? Pues sí, esto fué lo que sucedió; que no hay mal que cien años dura, ni enfermo que lo resista; y como el Rey viudo estaba todavía en la plenitud y vigor de su edad, y no tenía legítimo heredero, pensó en casarse de segundas nupcias, y como lo pensó lo hizo; y, en mi concepto, hizo muy bien, porque supo elegir mujer honrada y hermosa, y tan fecunda, que le soltó quince hijos, que parecían quince canónigos, segun lo lustrosos y corpulentos que eran. ¡Dios los bendiga!

Remediado eficazmente los antiguos males, orientada y guiada con acierto la nave del Estado, tranquila y próspera la isla entera, sólo un pesar el Rey experimentaba, y era no tener quince coronas que legar á sus quince hijos, y áun algunas otras coronitas de reserva, por sí á su esposa se le antojaba todavía darle nuevos príncipes herederos. Esto le traía un tanto inquieto y caviloso, así como el ver que su consorte era poco versada en la ortografía; que en tan fútiles motivos suele buscarse disgustos el hombre más venturoso. Dándole vueltas al asunto, y tratando de poner enmienda á estos males, como áun le quedaba algo de su necesidad primitiva, imaginó levantar numerosas tropas, aprestar cañones y balas, y meterse á conquistador de repúblicas, imperios y monarquías, y también tomar un buen maestro que enseñase á la Reina los preceptos ortográficos y alguna cosa de prosodia.

Tal vez lo hubiera hecho como lo imaginaba, revolviendo la isla entera por un capricho, y trastornándolo todo, á no haberse presentado en la corte como llovido del cielo aquel mismo ingenioso palurdo que le interpretó y declaró su sueño, y á quien originariamente eran debidas tanta prosperidad y abundancia. El tal palurdo no era ya un misero destripa-terrones, sino un señor muy acomodado y bienquisto, merced á la proteccion y dádivas recibidas de la régia munificencia; y con la holgada vida y el comediano y caliente, sin fatigas ni apuros, hasta se le había puntiguado el ingenio, que ya de antes no era romo por la divina misericordia. Recibiólo el Monarca de la manera más afectuosa, le dió cuenta de sus propósitos, y el campesino le aconsejó lo siguiente, palabra más ó palabra ménos:

—Señor: verdad es que tenéis muchos hijos; pero en vez de apesadumbraros por esto, lo deberíais considerar como grandísima ventura, viendo perpetuado en ellos vuestro linaje y nombre. Debeis alegraros tambien, pues podéis mantenerlos y educarlos sin que nada les falte, y sobre todo, porque Dios, que sabe lo que hace, os los envía. Yo he tenido, quiero decir mi mujer ha tenido bastantes hijos, y aunque pobre trabajador, jamas me alligé de ello. Si todos vuestros príncipes no logran ceñir corona, que no la ceñan, y en paz. No hay bien tan estimable como la paz. ¿Le parecería justo á V. M. que, porque otro Rey necesitase una corona, viniese con violencia á despojarle de la suya? Pues lo que no quieras para tí, no quieras para tu prójimo. Señor: esta es la verdad. Los que conquistan tierras ajenas faltan á la justicia, y sólo por miedo no se les llama ladrones. Fuera de que nadie lleva la victoria metida en el bolsillo; y tal podría venir el rumbo y la corriente de las cosas, que pensando ganar algo, se perdiera todo; y á muchos aconteció el ir por lana y volver trasquilados. Esto

digo; y en enanto á la ignorancia de la señora Reina, ni á un merced el trabajo de mentarla; que ni su merced va á poner cátedra de teología y *tiquis miquis*, ni junto á una hembra que sabe y puede soltar un enjambre de chiquillos sanos y hermosos valen un camino todas las ortografías y prosodias del mundo.

Sin pestañear escuchó el Rey las advertencias de aquel rudo consejero, que se iba derecho al bulto, y en pocas y mal aliñadas frases decía más verdades y de mayor calibre que el mismo Ciceron en sus floridas arengas. A medida que las palabras del anciano iban penetrando en las soberanas orejas se disipaban insensiblemente los pujos batalladores y gramaticales del Rey, quedando, por fin, su ánimo tranquilo y sosegado como una balsa de aceite. Miraba á su consejero con cierto afán supersticioso, creyéndolo, no un campesino ni hombre mortal de carne y hueso, sino un ángel bajado del empleo y disfrazado bajo vulgar apariencia. Confirmábase en tal sospecha la observacion de que habian pasado ya diez y seis años desde que conoció al viejo, quien estaba ahora ménos viejo que ántes, como si hubiera retrocedido en el sendero en que nadie retrocede. Así se lo manifestó, y le respondió el anciano:

— Cuando me presenté á V. M. tenía yo cincuenta años y aparentaba sesenta y seis; tal me habian puesto los trabajos, el hambre y los pesares. Ahora tengo sesenta y seis, y sólo aparento cincuenta ó pocos más; de donde saco en limpio que el coner y dormir bien y el no tener manchas y agujeros en la ropa ni en la conciencia son cosas que rejuvenecen al hombre y le alargan los días de la vida. Por lo demás, no soy ángel; pero siempre hay un ángel al lado de quien dice la verdad, y otro al lado de quien sabe escucharla.

— Tienes mucha razon — le contestó el Rey.

Y prosiguieron su plática, y despues se despidió el anciano para su aldea, en cuyo humilde cementerio quería depositar su esqueleto cuando le llegase la última hora.

A los pocos días hallábase el gran patio de Palacio cercado por sus cuatro frentes de unos anchísimos lienzos, á manera de telones, y en el centro de esta especie de tienda de campaña olíase el golpear del martillo, el áspero vaiven de la sierra y el rumor confuso de un enjambre de trabajadores. ¿Qué hacía toda aquella gente? Cuando se quitaron los lienzos, las andamias y demas aparatos de la obra, pudieron contemplar los curiosos con asombro tres altos pedestales de piedra, y encima de cada uno de ellos un perro de piedra tambien y del tamaño de un buey. Tenía el primero una venda sobre los ojos, y

á los piés este letrero: VERÁ. El segundo, que era gordísimo, ostentaba igualmente su rótulo, y decía: ENFLAQUECERA. Y el tercero, que estaba en los propios huesos: ENGORDARA.

Escribió el Rey una breve relacion de su sueño, y encargó al mejor poeta de sus Estados que la pusiera en versos muy sonoros, y al mejor músico, que la armonizase para el canto. Ya arreglada la historia, hizo que todos sus hijos la aprendieran y cantasen á coro muy á menudo, con lo que el Palacio se asemejaba mucho á un teatro de ópera. Con la historia cantada cien y cien veces y la continua vista de las estatuas perrunas, aquella colmena de principillos se despidió de tal suerte, que no hubo ya favorito ni engaño posible para ellos; y el que, por muerte de su padre, gobernó, gobernó bien; y sus hermanos, que le aconsejaban, le aconsejaban lo mejor; y entre otras cosas excelentes, determinaron que en lo sucesivo no pudiera subir al trono quien no supiese de memoria letra y música de la *Cancion del Sueño*. Fue tan acertadísima esta providencia, que hubo seguidos muchos reinados de ordenada administracion y buen gobierno, llegando á ser la prosperidad y ventura de aquellos insulares una cosa tan comun y natural como el tener narices. Pero en este pícaro mundo nada hay exento de algunos inconvenientes y quiebras, y al cabo y postre de tamaña bienandanza los pobladores de la isla reventaron todos de puro satisfechos y felices, y hasta la isla misma se hundió en el mar, ó quizá, llenos de envidia, se la llevaron los demonios por la region de los vientos.

IV.

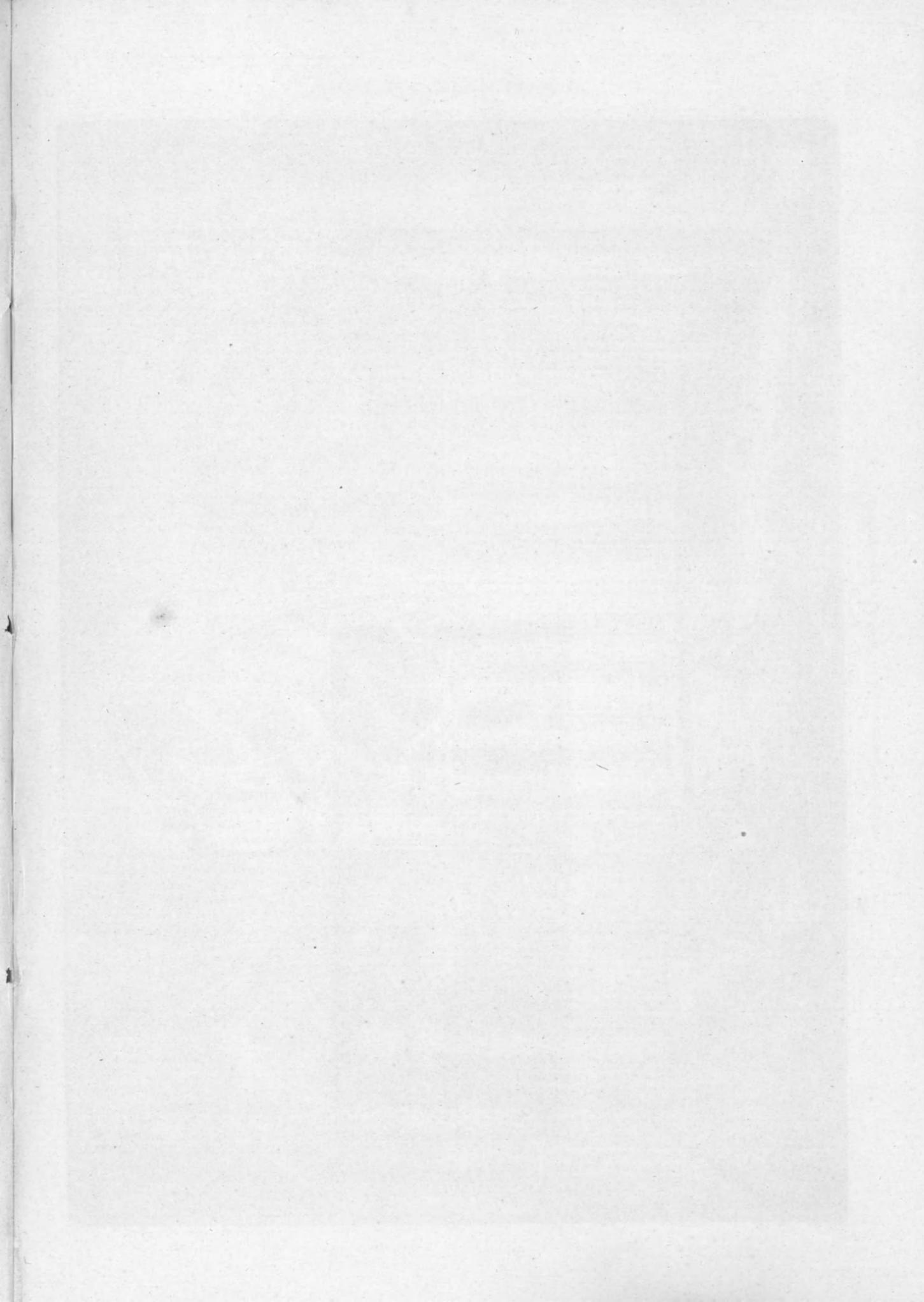
Y ahora digo yo: ¿á qué viene esta historia? Todos los relatos, verdaderos ó fingidos, han de tener cierta médula y sustancia; esto es, cierta oportunidad y aplicacion al país en que se escriben; y tamaños desafueros y enormidades como referidos quedan, sólo se ven algunas veces entre salvajes y en las incultas regiones de la Guínea y la Senegalambia. Pero en Europa, y muy singularmente en nuestra católica España, no hubo jamás reyes ciegos, ni reinas antojadizas, ni favoritos de alcoba, ni gordos ministros devoradores, ni ilacos pueblos devorados, ni nada parecido á esta máquina que he ido forjando en mi mollera y poniendo en castiza y corriente prosa. De modo que, como suele decirse, he trabajado para el obispo. Lo siento. En otra ocasion elegiré mejor asunto. Vale.

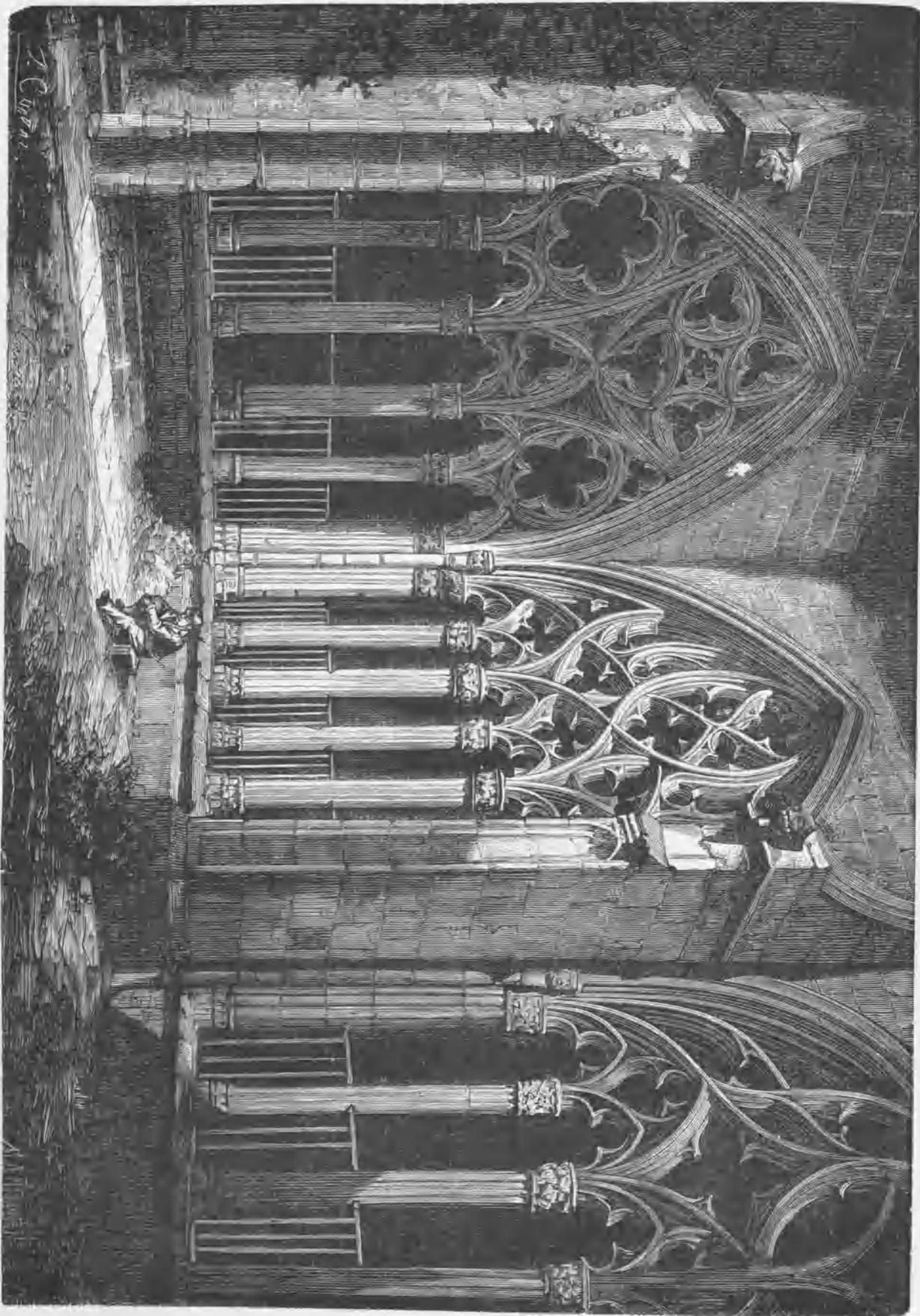
NARCISO CAMPILLO.

1880



HEBE. — ESTATUA EN MARMOL. POR CANOVA, EXISTENTE EN EL MUSEO BRITÁNICO.





EXTERIOR DEL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE OVIEDO.

LA PREVISION DEL TIEMPO.

Qué tiempo hará? Hé aquí una pregunta que el hombre empezó á hacerse cuando observaba los grandes espectáculos de la Naturaleza, desde las pintorescas llanuras de Senaar, junto á la cuna misma de la humanidad. Si desde el origen de las sociedades los pueblos todos se han sentido impulsados á escribir los arcanos del porvenir, la prevision de las revoluciones atmosféricas ha debido llamarles la atención, cuando ménos, bajo el punto de vista de la curiosidad, del temor ó de los intereses agrícolas. «¿Saldrá mañana el sol? ¿Volverá á brillar la aurora? ¿Serán vencidos por el dios del día los poderes de la noche?», rezan los libros sagrados más antiguos del Indostan. «Consultemos el almanaque», dicen todavía los habitantes sencillos de nuestros campos, y una buena parte de los que se dan los aires de ilustrados en nuestras ciudades. Y es que, desde la más remota antigüedad, la superstición y la ignorancia, al abordar el Universo, han tratado de explicarlo, bien ó mal, dejando sentir la influencia del sentimiento educado en las primitivas esencias de la espontaneidad, sobre la razon, en la infancia todavía, y refiriendo, en último término, todas las explicaciones físicas al influjo misterioso de los astros.

Dase hoy el nombre de *Meteorología* á aquella parte de los conocimientos humanos que trata de los fenómenos cuyo asiento reside principalmente en la atmósfera. Preciso es reconocer que, á pesar de que el estudio de la Meteorología arranca de los albores de la historia, lo propio que el de la Astronomía, no han marchado ambos paralelos; pues mientras la segunda ha ido haciéndose matemática y conquistándose el rango de ciencia exacta, la primera no ha conseguido conquistas equivalentes, reduciéndose á acumular un rico caudal de hechos perfectamente observados. No quiere esto significar que no cuente con un cuerpo de doctrina de incuestionable valor; mucho se sabe, y muchísimo más, sin duda, de lo que el lector profano se imagina; pero con esto y todo, no han llegado á descubrirse ni un conjunto de leyes inmutables, ni siquiera una aplicacion feliz del cálculo matemático, de esas que imprimen carácter á una ciencia y forman época en su historia.

Deslindados de esta suerte los campos, entre la ciencia de los cuerpos y de los movimientos celestes, y el estudio de los meteoros, muy útil será condensar aquí cuanto de importante se conoce en tal materia, en lo que hace relación á nuestro asunto, á fin de popularizar este género de conocimientos, y hacer comprender las fecundas y racionales aplicaciones que de los mismos derivan.

Casi todo el mundo sabe ya que la *atmósfera* es la masa gaseosa que envuelve por todos lados al globo terrestre, y que no es otra cosa que el aire que respiramos. Compónese de oxígeno y de ázoe, mezclados en la proporción de 21 volúmenes del primero por 79 del segundo, de una pequeña cantidad de ácido carbónico, y de una cantidad variable de vapor de agua. Que una porción de esta masa, ó la region de la tierra sobre la cual reposa, se calientan más que las que las rodean, en virtud de la acción calorífica del sol; inmediatamente la masa de aire se dilata, resulta más ligera y se eleva; al mismo tiempo, para restablecer el equilibrio, el aire de las regiones más frías situadas sensiblemente al

mismo nivel se precipita hácia la region calentada y ocupa el lugar del que ha sido desalojada. El viento debe, pues, soplar, en la superficie de la tierra, de la region fría á la caliente, en tanto que en las altas regiones de la atmósfera soplará en direccion contraria, en virtud tambien de las leyes de equilibrio. Para hacer tangible esta explicacion no hay más que observar lo que sucede cuando se abre la puerta de comunicacion entre dos habitaciones que se hallan á temperaturas diferentes; reconocese en la parte superior de la comunicacion la existencia de una corriente de aire, que va del recinto caliente al frío, y que la llama de una buja pondrá de manifiesto por la inclinacion que la imprime; en la parte inferior, la llama acusa una corriente en direccion contraria.

Distinguese en el viento la *direccion* y la *velocidad*. La primera está indicada por el *anemómetro*, ó simplemente por una veleta ordinaria bien sensible, y se refiere á los puntos cardinales del horizonte; en las regiones elevadas de la atmósfera, la direccion del viento se conoce por la de las nubes, observando siempre las que corren junto al zenit, pues en las que se hallan más léjos la direccion observada es distinta de la verdadera, por un efecto de perspectiva. La velocidad se mide con el *anemómetro*, instrumento que da el camino recorrido por el viento en un intervalo de tiempo dado, ó el tiempo que invierte en recorrer una distancia determinada. Segun sea esta velocidad, así se la clasifica en diferentes términos, llamándose: *brisa*, *viento moderado*, *fuerte*, *muy fuerte*, *tempestad*, *huracán*, *huracán violento*, cuando recorre, por segundo, respectivamente: un metro, 2^m, 10^m, 20^m, 32^m, 36^m, 45^m. Sin embargo, hay huracanes en que el viento alcanza una velocidad de 73 metros. Para comprender mejor lo que estos números significan, basta decir que, si se coloca un plano rígido, de un metro cuadrado de superficie, en direccion perpendicular á la de un viento cuya velocidad sea de 32 metros por segundo, sería precisa, para contrarrestar el empuje del viento sobre dicha superficie, oponer otra fuerza representada por 136 kilogramos. Hay países en que los vientos impetuosos predominan en ciertas épocas del año; el célebre *mistral* de la Provenza, que barra durante el invierno la cuenca del Ródano y todo el litoral del Mediodía de Francia, es un viento de gran violencia. Las observaciones anemométricas que efectuó en Uzès, durante el invierno de 1873 á 74, dieron por resultado que desde el 10 de Noviembre, en que el *mistral* empezó á dejarse sentir, hasta mediados de Mayo, ó sea en un transcurso de ciento cincuenta y siete días, hubo ochenta y nueve días en que reinó dicho viento. Cuando llega á ser extremada su violencia, no es raro ver arrancadas de cuajo las grandes acacias de los jardines, en el interior de la poblacion, aun al abrigo de grandes edificios; y el *Boletín Meteorológico Internacional* del Observatorio de Paris, de aquella época, citaba, como ejemplo de extraordinaria impetuosidad del *mistral*, el haber hecho descarrilar y volcar dos largos trenes de mercancías entre Perpignan y Narbonne.

Afortunadamente, en nuestros países los vientos impetuosos ni alcanzan esta fuerza sino en casos muy excepcionales, ni se distinguen por su frecuencia. No obstante, el viento del N. y del NNO., que en invierno predomina en la comarca en que escribo, en donde lo designan con el nombre

de *tramontana*, y en todas las comarcas limítrofes del litoral, es bastante fuerte y suele revestir algunas veces todos los caracteres de verdadero huracán. Su origen es, en mi concepto, manifiesto, y la explicación, bien sencilla por cierto, puede ser aplicable á los vientos que se establecen en otros países de orografía análoga. La cuenca terminal del Ebro comprende, de una parte, una región montañosa, elevada y de gran extensión; de otra, una vasta llanura, que no es otra cosa que el antiguo fondo del lago mioceno, que he descrito en LA ILUSTRACION, á cuyo extremo inferior se extiende otra llanura, también muy vasta, que comprende el álveo antiguo y moderno del río, y toda la superficie de su delta. El aire que se halla sobre los llanos, especialmente sobre el delta, cuyos terrenos son pantanosos ó abundantes en agua á corta profundidad, está siempre cargado de humedad, se calienta más que el de las regiones montañosas, porque el suelo sobre que se apoya es más bajo y ménos accidentado, y se eleva, en consecuencia, á grande altura, conservando una temperatura superior á la del aire circunvecino, á causa de la condensación del vapor de agua que contiene; su fuerza ascensional va, pues, aumentando, se establece un verdadero tiro, que llama hacia este punto al aire inferior y más frío de las montañas, que de esta suerte le va reemplazando, y da así lugar á la corriente observada. Cuando la diferencia de temperatura entre el llano y la montaña no es muy grande, la corriente es débil, y su dirección del N. al S., ó sea la que le imprime la configuración misma de la cuenca. Cuando la diferencia es mayor, la intensidad aumenta, y la dirección tiende á ser del NO., en cuyo caso la proximidad del viento va generalmente precedida de una baja muy notable del barómetro.

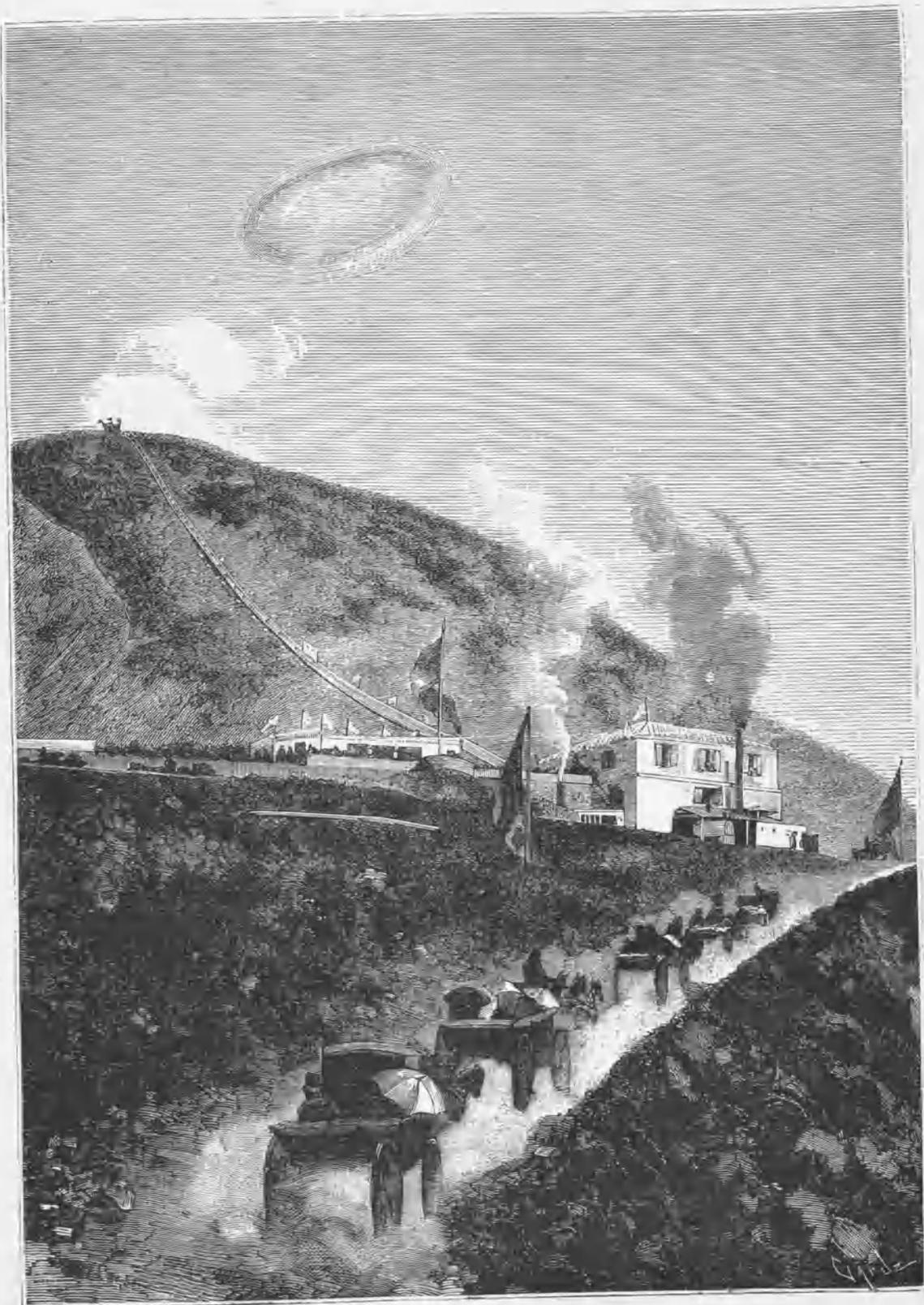
Los vientos son *regulares ó irregulares*. Estos lo son tanto más cuanto más léjos de la zona tórrida se les considera. En dicha zona existen constantemente los vientos llamados *alisios*, que soplan del NE. en el hemisferio boreal, y del SE. en el austral; direcciones ambas que provienen de la causa general ántes apuntada, relativa á la acción del calor solar, combinada con el movimiento de rotación de la Tierra. En nuestras latitudes predominan, por regla general, los vientos de la segunda categoría, observándose en medio de esta irregularidad que su dirección tiende á dar una vuelta completa en el sentido del Norte, Este, Sur, Oeste, y otra vez Norte, en un trascurso que puede variar de un día á muchos meses. En el hemisferio Sur la variación se efectúa en sentido contrario. Esta regla sobre la rotación de los vientos ha dado en llamarse *ley de Dove*, del nombre del físico que la ha descubierto; pero son tantas las excepciones que sufre, que apenas merece ser considerada como verdadera ley. Además de estos movimientos generales de la atmósfera, existen también, en espacios circunscritos, vientos que soplan con regularidad en determinadas estaciones; tales son las brisas de mar y de tierra, que soplan respectivamente del mar hacia la tierra durante el día, alcanzando su máxima intensidad ántes de la mitad de la tarde; y de la tierra hacia el mar durante la noche, y alcanzan en mayor fuerza poco ántes de la salida del sol. En nuestro litoral, el régimen de las brisas es más sensible en primavera y verano que en otoño é invierno, y su influencia se deja sentir hasta muy léjos de la costa. En todo el Maestrago, y más aún en las altas montañas de las provincias de Castellán y Tarragona, la Sierra de Espadán, Peñagolosa, Morsellá, Montsiá, la brisa de mar suele ser un viento de gran fuerza.

Independientemente de la regularidad de los vientos alisios, producense en la zona tórrida fenómenos de transporte de la masa de aire, que afectan carácter particular, y vienen á ser las grandes tempestades tropicales ó *ciclones*. El aire, en momentos dados, se halla animado, en un espacio considerable, de un movimiento giratorio alrededor de un eje más ó ménos inclinado, al propio tiempo que toda la masa gaseosa se traslada en una dirección determinada. El sentido de la rotación es bastante constante, del Este al Oeste, y

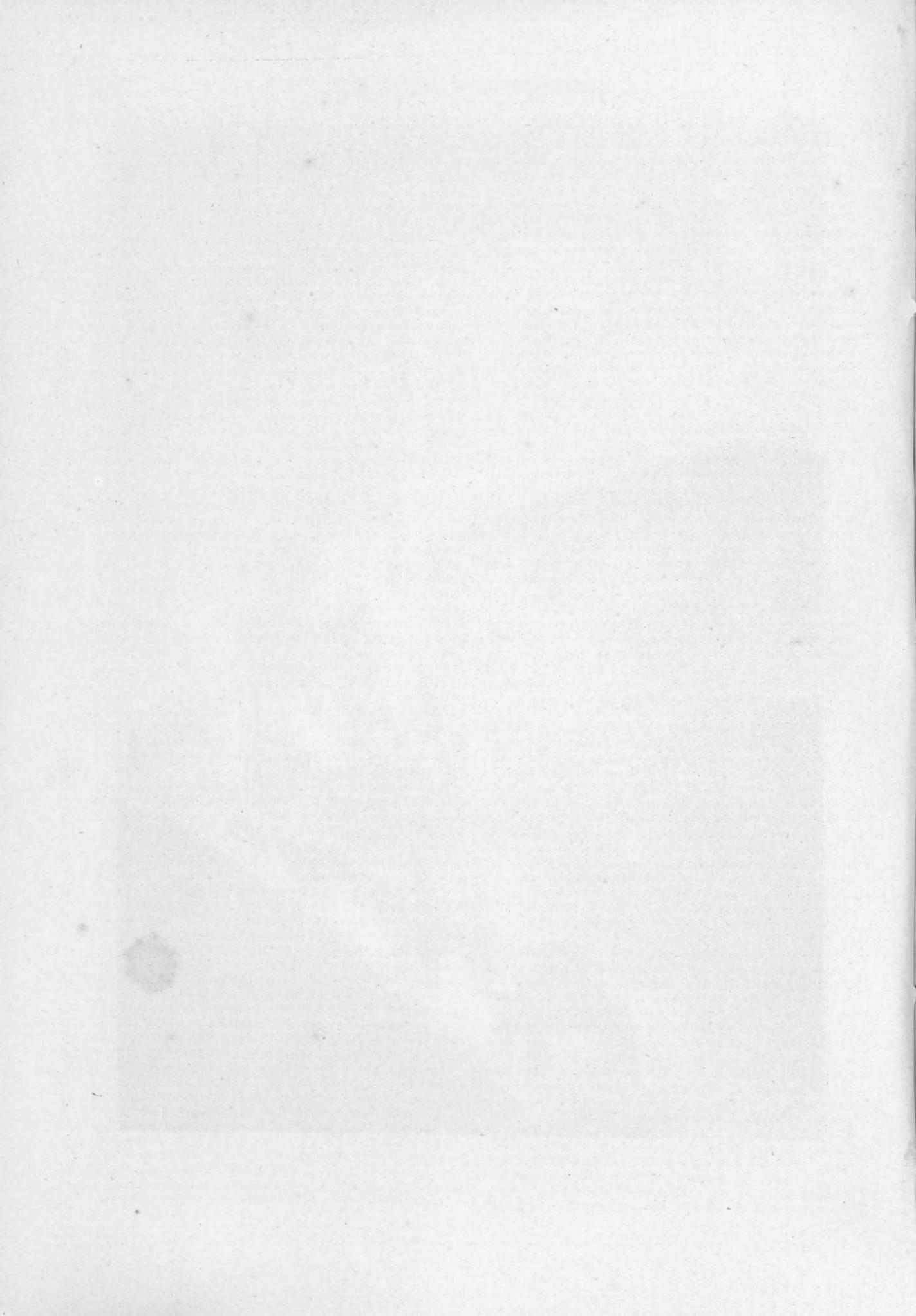
pasando por el Norte, en el hemisferio boreal, y en sentido contrario en el otro hemisferio. En el centro del ciclón el aire se mantiene relativamente tranquilo, y el barómetro experimenta una baja considerable, acusando, por consecuencia, una especie de vacío (y no de aspiración, como generalmente se cree), producido en el eje mismo del remolino en virtud del movimiento giratorio. La amplitud de los ciclones es muy variable, aunque siempre vasta, y va aumentando durante su movimiento de traslación, citándose ejemplos en que el meteco ha empezado por tener un ancho de 50 leguas, y al fin de su excursión media más de 500. En algunos puntos del ciclón la velocidad de rotación del viento ha llegado á ser de 40 leguas por hora, ó lo que es lo mismo, la del más violento huracán. Es digno de notarse que en todo ciclón que se propaga sobre el mar hay siempre una mitad en que la violencia del viento es mayor, y se llama por esta razón *semicírculo peligroso*, porque el buque que en él se encuentre corre gravísimo riesgo; y otra mitad en que la fuerza del viento es mucho menor, y se llama *semicírculo manejable*, porque hasta puede servir para navegar con ventaja, bajo la dirección de un marino experto. Si suponemos que un observador, colocado en el centro del ciclón, se traslada en la dirección del mismo, es una regla general que el círculo peligroso está siempre situado á su derecha.

Desde que el servicio meteorológico ha sido instalado de una manera regular en los Observatorios de la Europa occidental, con todos los elementos de que la ciencia puede hoy disponer, han podido descubrirse dos hechos importantes, á saber: la marcha progresiva de las tempestades del Océano hacia el interior de Europa, y la forma rotatoria de estas tempestades; lo cual denota que entrañan todos los caracteres esenciales de los ciclones. Según el sabio meteorologista norteamericano Elias Loomis, la velocidad media de traslación de los ciclones es de 42 kilómetros por hora en los Estados Unidos, de 23 kilómetros sobre el Atlántico, y de 26 kilómetros en Europa. Si, por otra parte, se examina cuál es la fuerza media del viento sobre estas tres grandes regiones del globo, encuéntrase que es mayor en el Océano que en Europa y los Estados Unidos, y menor en este país que en Europa; de donde resulta que las velocidades de traslación de los centros ciclónicos y las fuerzas de los vientos son inversas. En vista de tales hechos, ocurre pensar si el frotamiento del aire en la superficie del suelo produce una influencia sobre la velocidad de propagación de los movimientos ciclónicos. Loomis cree que estos hechos deben ser atribuidos á los caracteres esencialmente distintos de las tempestades americanas y europeas, y aduce la consideración de que, en tanto que las primeras caminan desde una atmósfera seca, cual es la de las Montañas Peñascosas, á una atmósfera húmeda, cual es la del Océano, las segundas van desde la atmósfera húmeda del Océano á la atmósfera seca del centro de Europa ó de Asia; pues bien, él mismo ha demostrado igualmente que todo centro ciclónico que se dirige hacia el Este tendrá un movimiento de traslación más rápido si encuentra por delante regiones atmosféricas ricas en vapor acuoso en grande escala.

Gracias á la creación del servicio meteorológico, la Oficina Central Meteorológica de Francia, instalada en el Observatorio de Paris, y encargada hoy de cuanto á este ramo concierne, recibe, en las primeras horas de la mañana, las observaciones que le son transmitidas telegráficamente desde todas las estaciones análogas del continente, las discute, y á mediodía trasmite por telégrafo el resultado á todos los puertos, anticipándose de uno á dos días á la llegada del mal tiempo, y evitando de esta suerte incalculables siniestros marítimos. Hacia las cinco de la tarde un segundo despacho confirma, modifica ó amplía el anterior, con arreglo al resultado que arroja la discusión de las nuevas noticias adquiridas. Con arreglo á todos los datos recibidos, publica además diariamente en el *Boletín Meteorológico In-*



CAMINO DE HIERRO FUNICULAR QUE CONDUCE AL CRÁTER DEL VESUVIO, INAUGURADO EN JUNIO DE 1880.



ternacional el estado de la atmósfera, trazando sobre un mapa de Europa las líneas *isobaras* ó de igual presión, ó sea las que enlazan los diferentes puntos en que la altura barométrica, reducida al nivel del mar, es la misma. Tratándose de un país como Francia, en que el servicio de correos está montado á la perfección, casi todas las poblaciones pueden recibir á tiempo el *Buletin*, y enterarse con bastante antelación, sin necesidad de telegramas directos, del estado de la atmósfera y de las probabilidades sobre cambios próximos que del mismo pueden deducirse. En Inglaterra, donde el Estado no tiene el monopolio del servicio telegráfico, la Oficina Meteorológica subvenciona la transmisión de las telegramas, los cuales sólo son transmitidos á los puertos cuando el mal tiempo amenaza. Idéntico sistema se sigue en los Estados-Unidos.

A esto se reduce hasta ahora la prevision racional de los cambios atmosféricos, anticipada por medio del telégrafo. Estamos, sin embargo, acostumbrados á leer en la mayor parte de nuestros diarios que tal periódico neoyorkino anuncia una tempestad que ha de llegar tal día á las costas de Europa, impresionando favorablemente esta lectura el ánimo de más de un lector poco iniciado en saber apreciar la racionalidad del vaticinio. En cambio, acostumbrados estamos también á ver, en más de una ocasión, hasta qué punto se frustran los itinerarios marcados por la prensa nort-americana. Y es que aqueude el Atlántico suele no tenerse en cuenta, entre otras cosas, que para que el régimen ciclónico logre alcanzar las costas de Inglaterra ó del continente es condición indispensable que no tropiece con ningún obstáculo en su trayecto, de suerte que si, como sucede muchas veces, predomina á la sazón en Europa el régimen anticiclónico, ó sea de grandes presiones, el ciclón, ó se desvía á un lado, ó se resuelve. Es de advertir, para mayor ilustración del asunto, que el régimen anticiclónico es más persistente y más estable que el ciclónico.

Cuando de la prevision del tiempo se trata, no debe prescindirse de ninguno de los factores que en tan complejo estudio intervienen. La observación de las nubes es, á este propósito, muy interesante, pues está fuera de duda que las evoluciones de la atmósfera coexisten casi siempre con una evolución correspondiente de las nubes. Hasta una época muy reciente la clasificación de las nubes, hecha por el físico inglés Howard, ha sido casi la única admitida; mas de poco tiempo á esta parte la crítica tan razonada como luminosa que de ella ha hecho D. Andres Poey, Director del Observatorio Meteorológico de la Habana, ha ido poniendo de relieve los defectos más culminantes de que adolece. De día en día va ganando prosélitos la que dicho señor ha expuesto en su tratado titulado *Las Nubes*, del que, dicho sea de paso, van ya hechas tres ediciones en el extranjero, pero ninguna, que yo sepa, en España, es decir, ninguna en la propia patria del autor, sin duda porque en dicho libro no encuentra representación la ciencia de los Cúchures y de los Pepe Hillo.

De la clasificación de Howard conserva el Sr. Poey los dos principales tipos: *cirrus* y *cúmulus*. Los primeros se distinguen por su blancura y por su aspecto de filamentos, desleídos, sinuosos ó entrecruzados, semejanado lana cardada, y consisten en una aglomeración de cristallitos de hielo ó de nieve. Estas son las nubes más elevadas, variando su altura entre 4.000 y 20.000 metros. En la zona tórrida los cirrus acentúan una corriente atmosférica del S. O., y lo propio acontece en algunos parajes muy septentrionales. En Tortosa y en el Maestrazgo se observa también con alguna frecuencia esta corriente elevada, aunque de ordinario predomina la del O. y NO., según la atestiguan la dirección de los cirrus. A veces los cirrus constituyen una capa tan delgada, que apenas es visible. Si esto acontece en las noches de luna, fuera del verano, sobre todo en las proximidades del cuarto creciente, suele formarse alrededor del astro una gran circunferencia, blanca ó ligeramente coloreada en el borde inter-

tanto más vivos, en general, cuanto más densa es la capa de cirrus, sin perder la transparencia, y cuyo radio, tomando como unidad de medida el disco de la luna, equivale próximamente á 42. En casos bastante raros se forma además otra circunferencia exterior, concéntrica, cuyo radio es de 84 discos lunares. No hay que confundir los halones con las coronas coloreadas de que la luna se halla á menudo circuida á corta distancia, pues la causa de éstas es completamente distinta, y su aparición ocurre en cualquiera época de la lunación. Los principales derivados del tipo cirrus son: el *cirro-cúmulus*, ó nubes aborregadas, y el *pallio-cirrus*, ó capa neyosa.

Los cúmulus son nubes apelonadas, de formas redondeadas, blancas y muy bien definidas, sobre todo en los bordes superiores, y de color ceniciento ó violeta sucio hacia el centro y los bordes inferiores. Están constituidas por pequeñísimas vesículas acuosas, huecas ó llenas, y su posición en el espacio es siempre inferior á las más bajas del tipo cirrus. Los principales derivados son: los *pallio-cúmulus*, ó capa lluviosa, y los *fracto-cúmulus*, ó nube ventosa. Cuando los cúmulus aparecen en grandes masas coronadas por cirrus, son presagio muy seguro de lluvia. En nuestras provincias de Levante los cúmulus toman nacimiento, en verano, sobre las moles montañosas, y cuando se aglomeran en cantidad considerable dan origen á las tronadas y á las manifestaciones eléctricas en grande escala. Durante los dos ó tres días que preceden á los grandes temporales de primavera y otoño se les ve pasar procedentes del Mediterráneo, mencionarse en los países elevados, y establecer así el régimen de las lluvias, que en Noviembre se termina generalmente por una tronada, la última de la estación, pues en invierno no truena casi nunca.

En la antigua clasificación se admitían además otros dos tipos: *stratus* y *nimbus*. Al primero se referían las nubes largas y estrechas, paralelas, que suelen dejarse ver hacia el horizonte. Al segundo, las nubes lluviosas, negras y de contornos mal definidos. El Sr. Poey rechaza ambos términos, fundándose en que los stratus no son, de ordinario, sino simples cirrus ó cirro-cúmulus, que toman la apariencia de bandas paralelas por un efecto de perspectiva, y en que los nimbus no tienen existencia propia, puesto que se reducen en último resultado á una doble capa constituida por cirrus y cúmulus.

A las importantes indicaciones que se deducen de la observación del viento y de las nubes se añaden las no ménos importantes que pueden proporcionar los instrumentos meteorológicos, sobre todo el barómetro; pues es un hecho que las variaciones de la altura barométrica se hallan en íntima conexión con el modo de estar de la masa de aire que gravita sobre el instrumento, y, por consiguiente, con las perturbaciones que la masa toda experimenta en un vasto espacio. Mas para que estas indicaciones entrañen verdadero valor en una localidad determinada, es necesario que reposen sobre una larga serie de observaciones metódicas, pues de otra suerte de nada servirían, toda vez que la experiencia enseña que las oscilaciones de la columna barométrica no coinciden con las mismas variaciones atmosféricas en todos los parajes del globo. De no tener presente esta circunstancia se sigue el error tan general de ir á consultar, no el barómetro, sino las indicaciones que llevan escritas estos instrumentos, la mayor parte de los cuales están rotulados para el clima de París y regiones circunvecinas. Así es que mientras en París una baja notable del barómetro suele ser precursora de grandes lluvias, en la cuenca del Ebro ocurren intensas lluvias con barómetro alto, precisamente cuando marca *variable ó buen tiempo*, y en cambio las grandes bajas son signo casi siempre infalible de los fuertes vientos del NO. Para que las indicaciones generales del barómetro sean comparables bajo este punto de vista es necesario, además, que se refieran todas al nivel del mar, bastando para ello llevar en consideración que por cada aumento de 11 metros en la altura sobre dicho nivel hay

que añadir un milímetro á la altura barométrica. Por ejemplo, si en un pueblo cuya altura sobre el nivel del mar es de 180 metros marca el barómetro, en un momento dado, 757 milímetros, hay que añadir 16 milímetros; de suerte que la altura resulta ser 773. El resultado, para ser exacto, reclama el empleo de una fórmula matemática; pero el medio indicado lo da con la suficiente aproximación.

Digna es también de ocupar lugar preferente en este estudio la observación del *centelleo* de los astros, fenómeno que, objetivamente, se verifica en el seno mismo de la atmósfera, y cuyas manifestaciones se hallan en íntima dependencia del estado de densidad, de humedad y de agitación del aire. Consiste en las variaciones incessantes de brillo, que en apariencia experimenta todo cuerpo luminoso ó muy iluminado mirado desde gran distancia, como, por ejemplo, las estrellas, cuya luz ofrece esas rápidas alternativas de vivacidad y de extinción, y á veces hasta de color, que son tan manifiestas, aun á la simple vista, especialmente en invierno. Es tanto más sensible cuanto mas pequeño, ó más iluminado ó luminoso es el cuerpo, y tratándose de los astros, cuanto menor es su altura sobre el horizonte, haciéndose todavía mucho más apreciable cuando se observa con un anteojó, con cuyo auxilio es fácil percibir el movimiento ondulatorio de los bordes del Sol y de la Luna, cuando á la simple vista parecen completamente tranquilos.

Un meteorologista belga, Mr. Montigny, que ha hecho en estos últimos tiempos interesantes estudios sobre el centelleo, habiendo merecido por ello, no há mucho, la honrosa distinción de ser nombrado *astrónomo correspondiente* del Observatorio de Bruselas, ha formulado, como regla general, que el centelleo es siempre más marcado bajo la influencia de la lluvia que de la sequedad, aumentando progresivamente á la aproximación de este meteoró y de las tempestades. Según él, el agua que existe en la atmósfera, ya sea bajo la forma de vapor, de nieve ó al estado líquido, juega un papel preponderante en la producción del fenómeno.

Ocasión oportuna se me presenta aquí para dar á conocer de un modo sumario el resultado de mis observaciones sobre el centelleo, que llevo continuadas desde hace algunos años, y que, en lo concerniente á ciertas condiciones físicas del fenómeno y á su relación con los cambios atmosféricos, me conducen á conclusiones diametralmente opuestas á las que Mr. Montigny formula. En Tortosa, lo propio que en Morella, Castellón y San Mateo, por consiguiente, á altitudes que varían de 10 metros, como Tortosa, á 930 metros, como Morella; en localidades comprendidas en una extensa zona y sometidas sensiblemente al mismo régimen meteorológico, el centelleo es incomparablemente mayor bajo la influencia de la sequedad que acompaña á los vientos del O. y del NO. que en la humedad de los tiempos lluviosos y de las fuertes tormentas del este, cuya aproximación se señala siempre por la disminución ó anulación completa del centelleo. En la cuenca del Ebro es un hecho habitual que, con un aire seco y tranquilo en la superficie de la tierra, basta que una débil corriente del O. ó del NO. exista en las grandes alturas para que el centelleo sea muy apreciable. En este país ningún signo se manifiesta con más constancia, para la previsión del tiempo, que las variaciones del centelleo en el sentido que indico. Gran centelleo anuncia viento seco del NO. y de las tormentas que suelen acompañarle en Febrero y Marzo; poco ó ningún centelleo es precursor del buen tiempo del Este, de los grandes temporales de Levante, que nos llegan poco después de los equinoccios, y de las fuertes tronadas del verano, es decir, en los tres casos, del tiempo húmedo del Este. Nunca, como en los momentos que preceden á las grandes lluvias, pueden aquí observarse los astros en mejores condiciones atmosféricas; y á la inversa, con un cielo completamente despejado, basta que la más ligera influencia del O. ó del NO. se insinúe en la región de los cirrus, para que toda observación astronómica delicada sea imposible. Tengo cal-

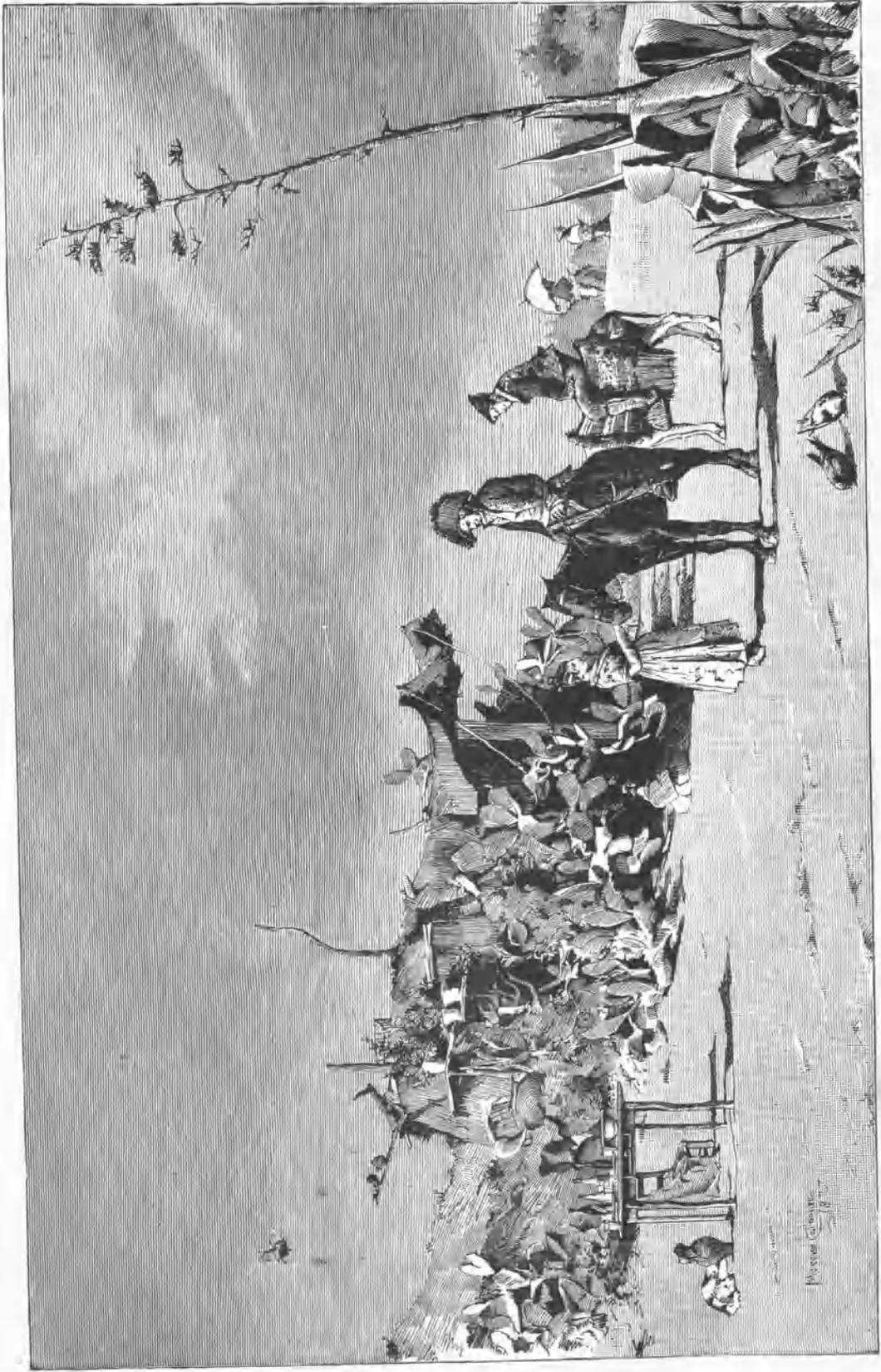
culado que durante el año sólo hay cuarenta y siete días, por término medio, en que la observación del cielo pueda efectuarse en condiciones favorables. Por lo dicho comprenderá el lector, con mayor copia de razones, lo que ya he iniciado más atrás, á saber: que para el pronóstico del tiempo importa, ante todo, atender al carácter local ó regional que afectan los fenómenos meteorológicos, y á la interpretación que en cada país hay que darles.

Sólo así es posible abordar con fruto el estudio de la Naturaleza con el fin á que este escrito se contrae. Y sin embargo, todavía se prescinde de lo razonable y se encuentra más fácil rendir culto á lo absurdo, y á lo inverosímil; todavía encuentra representantes la idea de hacer intervenir en la cuestión las influencias cósmicas, desde el influjo misterioso y absolutamente desprovisto de fundamento, que en otro tiempo imperó con el nombre de *Astrología*, y ante cuyas aras quemá aun incienso el vulgo alto y bajo que nos es contemporáneo, hasta la influencia un tanto razonada que sobre nuestro mundo pueden ejercer la mayor ó menor proximidad del astro de la noche, su luz ó su calor, la situación particular de ciertos planetas, y las mutaciones que experimenta la capa luminosa del astro del día, de cuyo calor dependen, en suma, las vicisitudes atmosféricas.

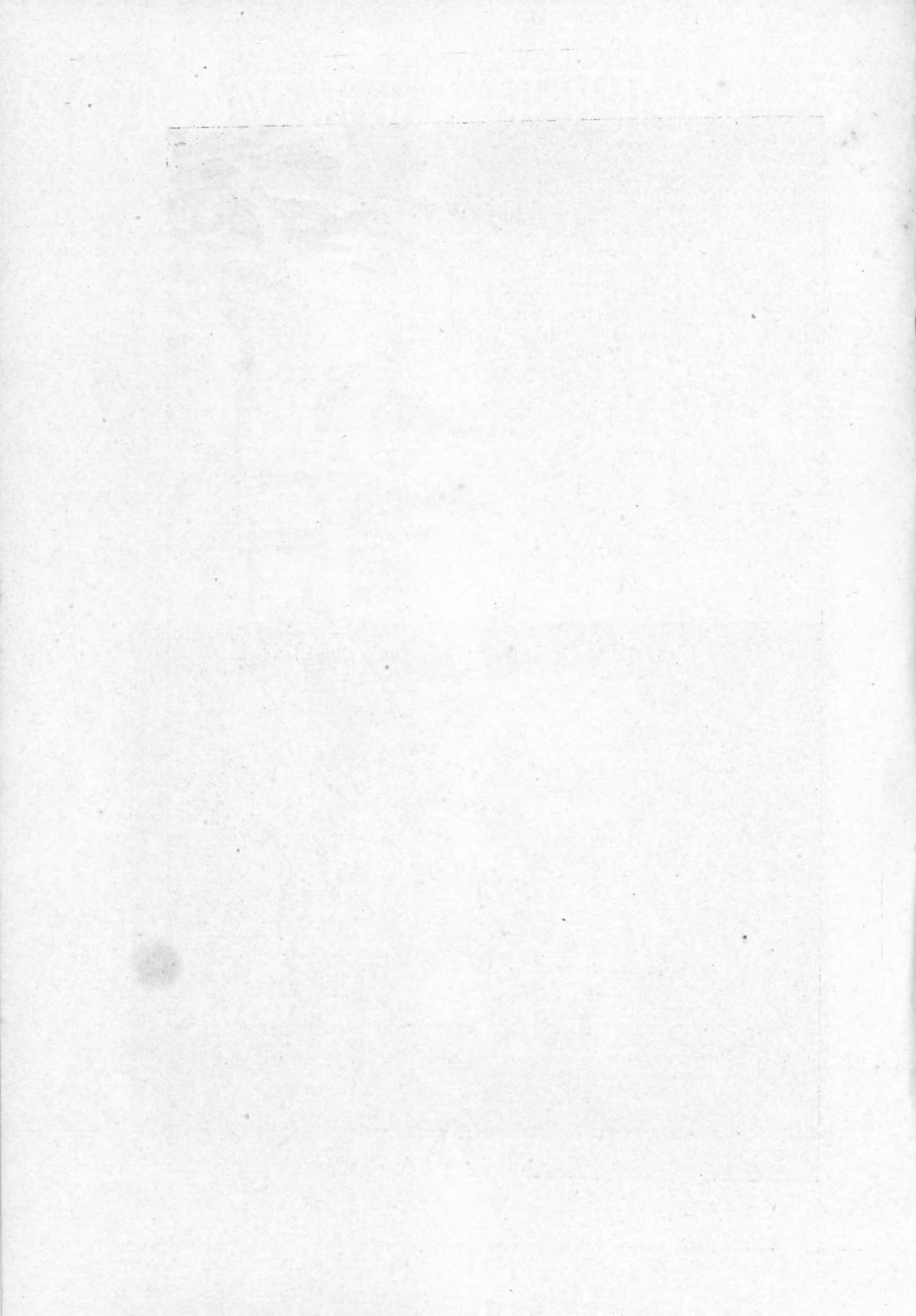
Para combatir la creencia vulgar del influjo de los astros, singularmente de la Luna, no tengo sino referirme á lo que en breves términos he dicho en mi estudio sobre nuestro satélite, que publiqué en LA ILUSTRACION. Esta cuestión, si tal nombre merece, ha sido resuelta en nuestro siglo de una manera definitiva por la ciencia, y victoriosamente combatida bajo todas las formas imaginables, contra todas las ignorancias y contra esos factores de almanaques, tan abundantes en nuestro país, que andan buscando coincidencias entre los cuartos de la Luna y la credulidad de los lectores. La supuesta influencia ya no llama hoy la atención de ningún espíritu medianamente cultivado. El problema de las influencias cósmicas, bajo el segundo punto de vista ántes apuntado, tiene, por el contrario, todo el aspecto de un problema serio, puesto que para resolverlo se invocan causas conocidas que parecen eficaces. No obstante, fácil es demostrar, estudiando la acción física que cada astro produce ó puede producir, de un modo directo ó indirecto, sobre la atmósfera terrestre, que esa influencia es igualmente ilusoria.

Puesto que, por una parte, la Luna es capaz de elevar las aguas del Océano y causar el fenómeno de las mareas, y, por otra, es evidente que la luz y el calor que recibe del Sol son transmitidos hasta nosotros, ¿por qué, se preguntan algunas personas, no podrá ejercer una acción semejante sobre la envoltura gaseosa del globo, siendo así que la atracción sola interviene en ambos casos? Y ¿por qué ese calor, que varía con las fases del astro, no representará también su papel en los cambios atmosféricos? A lo primero puede responderse haciendo ver que la atracción de la Luna produce, realmente, una marea en el aire, pero tan insignificante, que apenas hace oscilar *sólo centésimas* de milímetro á la columna barométrica. Respecto al calor lunar que á la Tierra llega, basta dejar consignado que no puede elevar la temperatura de su superficie ni aun de *cuatro diezmilésimas* de grado, cantidad visiblemente tan pequeña, que equivale á cero. Y no se diga que por *ser algo* esta cantidad ha de intervenir, al fin, en los efectos, pues no sólo su orden ínfimo la hace despreciable, sino que, no tratándose en estos efectos más que de una suma ó de una resta, su influencia en el resultado es á todas veces nula.

Hay quien cree haber notado, y el Sr. Pöy lo asevera como resultado de observación propia, que durante el plenilunio, cuando algunas nubes pequeñas pasan por delante del disco de la Luna, se disipan, como si efectivamente fuesen vaporizadas por la acción del calor lunar. No pueda creer que sean numerosas las observaciones que han servido para fundar este aserto; pero es indudable que, aunque lo fueran, el fenómeno dependería de cualquiera otra causa



ALTO EN UNA ALQUERÍA. — (CUADRO DE MORENO CARBONERO.)



antes que de la mencionada, y la razon es, en mi sentir, muy obvia, pues tanto antes como en el momento y despues de pasar la nube por delante de la Luna, la *distancia* entre nube y astro es siempre la misma, y para el caso, infinita. El error es grave, pero simplemente astronómico; é hijo, sin duda, de una preocupacion que en nada aminora el mérito del libro del Sr. Poey.

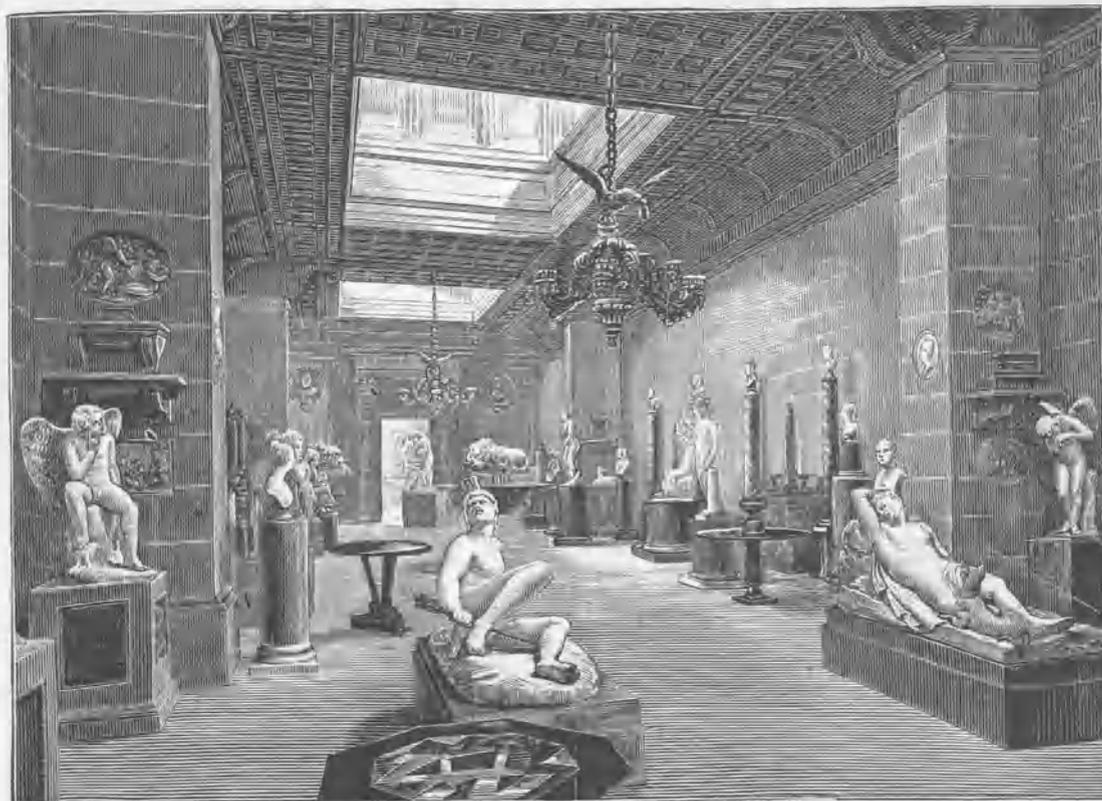
Eliminada la intervencion del calor y de la atraccion de la Luna, no ha de costar más trabajo hacer otro tanto con las demas influencias cósmicas. Ha sido general hasta hace poco la creencia de que entre las manchas del Sol y el magnetismo terrestre existia estrecho lazo, á juzgar por la concordancia, al parecer perfecta, entre el período de dichas manchas y el de las variaciones de dirección de la aguja imantada; pero estas ideas se van modificando desde que Mr. Faye ha demostrado, con toda la fuerza de los números, que estos dos fenómenos no tienen entre sí ninguna conexión. El mismo sabio demuestra tambien que la presencia de las manchas y de las fáculas ó porciones muy brillantes que las preceden ó acompañan, aun en los períodos del *máximum*, no aumenta ni en *cinco diezmilésimas* el valor medio de la radiación calorífica del Sol, y por consecuencia, que el efecto producido sobre la temperatura de la superficie de la Tierra no llega á *media centésima* de grado. Si tal resultado arroja la discusion de las causas que pueden parecer más influyentes, por radicar en los centros más cercanos, ¿qué debe razonablemente pensarse de aquellas que proceden de centros inertes, como los planetas, ó

aunque activos, situados á distancias que exceden á toda ponderacion, como las estrellas, sino que la accion de unas y otras sobre nuestro globo es totalmente nula?

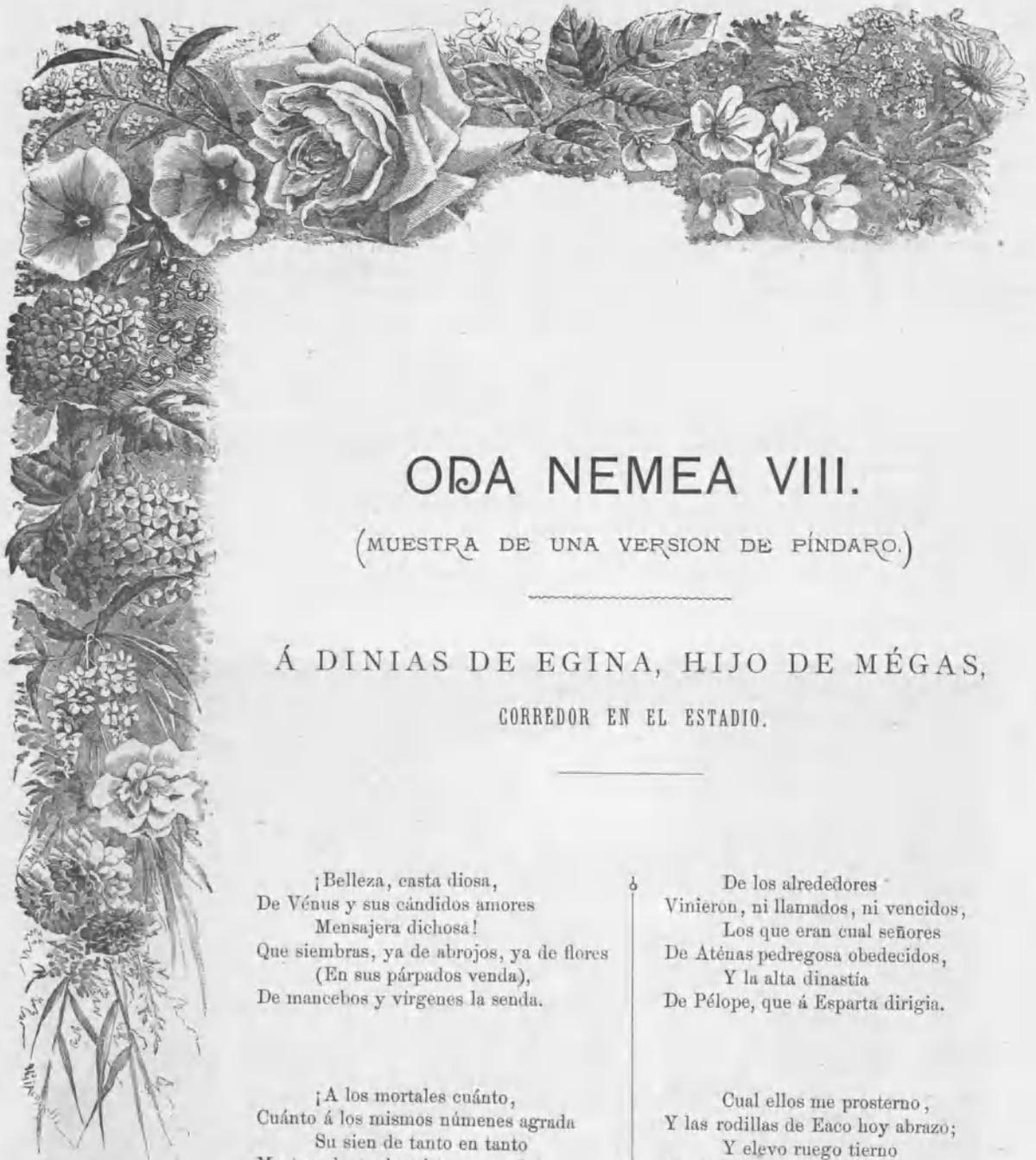
Si el lector me ha seguido paso á paso en este estudio, que he procurado presentar con todos los atractivos de la vulgarizacion de que he podido disponer, se habrá ciertamente convencido de la importancia que hoy reviste la observacion de los fenómenos de la atmósfera, y se hallará á la vez preparado para iniciarse en la investigacion de las causas que á estos fenómenos presiden. En este estudio, como en todos los que á las ciencias físicas y naturales atañen, el objetivo final se reduce sencillamente á educar el criterio de la induccion, para saber apreciar la índole de las causas, la magnitud posible de sus efectos, y la relacion que une á unas con otras. Todo en la Naturaleza se enlaza con una trabazon de simplicidad suma, por más que parezca complicada á nuestro modo tan limitado de concebir y de razonar; y lo mismo en el movimiento vibratorio de amplitud infinitésima de la molécula etérea, que en el del Sol esplendoroso sobre su órbita de incalculables dimensiones, se revela admirable unidad de fuerzas y de leyes, síntesis de la ciencia, y subordinada desde el principio de las cosas, á la *UNIDAD* necesaria, en cuya mano descansa la existencia de los mundos y en quien reside la razon suprema del Cósmos.

JOSÉ J. LANDERER.

Tortosa, 1880.



UNA SALA DE ESCULTURA EN EL REAL MUSEO BRITÁNICO.



ODA NEMEA VIII.

(MUESTRA DE UNA VERSION DE PÍNDARO.)

Á DINIAS DE EGINA, HIJO DE MÉGAS,
CORREDOR EN EL ESTADIO.

¡Belleza, casta diosa,
De Vénus y sus cándidos amores
Mensajera dichosa!
Que siembras, ya de abrojos, ya de flores
(En sus párpados venda),
De mancebos y virgenes la senda.

¡A los mortales cuánto,
Cuánto á los mismos númenes agrada
Su sien de tanto en tanto
Mostrar de verde mirto coronada!
A Júpiter y á Egina
Así sus dones prodigó Ciprina.

De tal amor el fruto
Fué de prudencia y de valor prodigio;
Universal tributo
De admiracion le atrajo su prestigio,
Y al monarca de Enona
Mil héroes ofrecieron su corona.

De los alrededores
Vinieron, ni llamados, ni vencidos,
Los que eran cual señores
De Aténas pedregosa obedecidos,
Y la alta dinastía
De Pélope, que á Esparta dirigía.

Cual ellos me prosterno,
Y las rodillas de Eaco hoy abrazo;
Y elevo ruego tierno
Por la amada ciudad, cuyo regazo
Nutre lo mismo que ántes
Heroicos y robustos habitantes.

Lidia corona tejo
Con himnos, en carrera prolongada
Por Mégas, noble viejo,
Y por Dinias dos veces alcanzada.
Espléndida presea
Que ofrece á tronco y vástago Nemea.

Fortuna que no el dolo,
Sino Dios aumentó, y en Dios se funda,
Es durable tan sólo.
La bella Chipre, que la mar circunda,
Así en su rey Cínira
Riquezas dadas por el cielo admira.

¿Dó me lleva imprudente
Mi rauda pié con impetu insensato?
¡Musa mia, detente!
Inútil es, si viejo, mi relato;
Y si algo nuevo invento,
Riesgo y envidia tráera mi cuento.

¡Envidia abominable!
Al grande pierde, al inferior olvida;
Ella su propio sable
Contra Ajax Telamon volvió homicida:
Si no nació elocuente,
Siempre humillado se verá el valiente.

Premiamos á menudo
La astuta falsedad. La gente griega
A Ulises el escudo
Con fraudulenta votacion entrega:
Sin armas ni esperanza
En brazos de la muerte Ajax se lanza.

¡Cuán diferente el porte
De entrambos, al vibrar asta y alfanje,
Cuando el feroz Mavorte
Agitaba de Troya la falange,
Luchando de Pelides
Por el cadáver, ó en las otras lides.

Cual hoy, se conocía
La blanda adulacion, la artera maña,
El chisme, la falsia
Y la calunnia vil, que el brillo empaña
Del mérito sublime,
Alza al cobarde, y el valor deprime.

Que nunca tal mancilla
¡Oh Jove salvador! cubra mi pecho.
Pueda yo la sencilla
Senda de la verdad seguir derecho:
Así á mi descendencia
Nombre sin mancha legaré en herencia.

Unos, de oro montones
Piden al cielo, y otros de terreno
Inmensas posesiones.
Hiriendo al malo y ensalzando al bueno
Viva yo, nunca odioso;
Baje llorado al eternal reposo.

Como el robusto pino
Crece gigante, gracias al suave
Rocio matutino,
Del poeta imparcial el canto grave
Así de la victoria
Eleva al cielo la brillante gloria.

¡Cuán variados favores
A los mortales la amistad prodiga!
Sin duda los mayores
Presta en la adversidad y en la fatiga;
Tambien la bienandanza
Del vate necesita la alabanza.

Al Orco arrebatarte
Es ¡oh Mégas insigne! empeño inútil.
Si allá no alcanza mi arte,
¿Para qué fomentar deseo fútil?
A tu familia intento
Con las Musas alzar un monumento.

De la doble carrera
En honra cederá. Dolencia y llanto
El cántico aligera,
Y yo á los dos, cual mereccis, os canto.
Ya sonaban las odas
Antes que Adrasto y las Tebanas bodas.

IPANDRO ACAICO.

Tula de Tumuligás, 1889.



HISTORIA DEL ALMANAQUE.

I.



A ingratitude es una ley general de las almas. Adán fué ingrato con Dios; Eva con Adán; Caín con Eva, y así sucesivamente, hasta llegar á nosotros, que lo hemos sido con nuestros mayores, como nuestros herederos lo serán con nosotros. — No parece sino que el hombre necesita desentenderse de los beneficios y atenciones que debe á sus antepasados, para considerarse más libre, más suelto, más dueño de sí, á como si dijéramos, más autónomo!.... — Pero ¿qué digo el hombre? ¿Hasta los ángeles son desagradecidos! Y si no, recuérdese la famosa insurrección de Luzbel y de los numerosísimas falanges de rebeldes que lo siguieron, con artillería y todo, según que asegura Milton en su inmortal poema....

Mas no se trata aquí de sublevaciones, ni de ninguna otra especie de ingratitudes *activas*. Trátase de una feroz ingratitud pasiva, tan irritante como todos los olvidos y descasamientos: trátase de la cruel indiferencia y pasmosa frescura con que los individuos de cada generación, no bien aparecen en este mundo, se ponen á disfrutar de cuanto encuentran inventado y establecido en él, sin detenerse á pedir licencia ni á dar las gracias á persona alguna, como si nada se debiera á los trabajos de nadie, como si todo hubiera existido siempre sobre la tierra, como si, v. gr., los barcos de vapor, los fósforos, los ferro-carriles, los telégrafos eléctricos, el gas, la fotografía, el Canal del Lozoya y el *restaurant* de Pornos fuesen cosas tan antiguas y naturales como el sol, como la lluvia, como la hierba ó como las perlas crudas....; No saben esos señoritos recién nacidos, ó recién puestos de pantalones, ó recién afeitados (y, si lo saben, no lo recuerdan; y si lo recuerdan, proceden como si no lo recordáran), que ayer mismo, hace poquísimos lustros, cuando ya vivíamos nosotros (que somos tan hijos de Dios como ellos), no había sobre la tierra, ó por lo ménos en España, ninguna de esas maravillas!; No saben, ó aparentan ignorar, que en aquellos tiempos, los que hoy peinamos canas, ó no tenemos ya necesidad de peine, sólo podíamos ir á Filipinas en barco de vela y por el Cabo de Buena Esperanza, ¡lo cual era una desesperación! nos veíamos obligados á echar yescas cada vez que encendíamos un cigarro, y hubimos de recorrer la Península, desde Cádiz hasta el Bidasoa y desde Valencia hasta Santander, no en coche-salon y en un verbo, como ellos hacen ahora, sino prensados días y días en apesadumosa diligencia y sujetos al capricho y la ordinariaz de aquellos autócratas que se llamaban *majordomos*!; No tienen en cuenta que nosotros hemos vivido largo tiempo sin telégrafo alguno, y luchado largo con las *nieblas*, cuando se construyeron las torres ópticas, y pagado, en fin, doce reales por cinco palabrillas, al establecerse los alambres eléctricos; que, en la niñez, pasamos años y años sin ningún alumbrado público, ó con alumbrado de aceite de olivas, gracias esto último á ciertos faralillos llamados *prisioneros*, cuya periódica aparición y desaparición marcaba la paz ó la guerra entre *pegras* y *verdes*; que, después de habernos gastado un mineral en retratos al óleo y miniaturas sin ningún parecido ni aire de familia, nos creímos trasportados

al sétimo cielo el día que, á fuerza de desojarnos, logramos percibir algo semejante á la fotografía en los vislumbres y tornasoles del daguerreotipo; y que, hasta 1858, en que presenciámos la entrada triunfal del Lozoya por la calle Ancha de San Bernardo, estuvimos muchas canículas puestos á *vaclos de agua*, teniendo que contar con la protección del aguador y con la indulgencia del ama de huéspedes para lavarnos algo más que la punta de los dedos y de las narices.... En fin, no tienen presente esos ingratos que nosotros, sus padres, sus maestros, sus bienhechores, hemos conocido unos tiempos en que los grandes banquetes políticos, militares ó literarios, presididos por un divino Argüelles, por un invicto Espartero ó por un laureado Quintana, se celebraban en el entónces *non-plus-ultra* de las fondas matritenses, en la fonda de Perona, donde cada cubierto, con pepinillos, rábanos y todo, valía dos pesetas, y donde, por una peseteja de plus, daban hasta *ponche á la romana* y *pavo en galantina*, y (lo que era más elegante que todo) *espagnole*!.... cuya perfumada agua tibia solían beberse algunos bienaventurados!....

II.

Pues esto mismo ocurre en materia de *almanagues*. No bien comienza á barruntarse la llegada de un nuevo año, todos los jóvenes de ambos sexos piden á sus padres que les compren, ó compran por sí y ante sí, el *almanaque ilustrado* que mejor se acomoda á sus gustos y aficiones, pareciéndoles lo más natural del mundo el que en España se publiquen anualmente discentos ó trescientos calendarios distintos, con sus grabados, sus versos, sus novelillas y sus noticias de todo orden, y el que lleven títulos tan variados y apetitosos como *Almanaque de las flores*, *Almanaque del elector*, *Almanaque del gastrónomo*, *Almanaque del empleado*, *Almanaque del olbèitar*, *Almanaque de las señoritas*, *Almanaque de Venus*, *Almanaque de los niños*, *Almanaque democrático*, *Almanaque religioso*, *Almanaque del toro*, *Almanaque de las musas*, *Almanaque de las madres*, *Almanaque de los bufos*, etc., etc. Llévase, pues, cada uno á su casa el calendario que prefiere, y al hallar en él, por tan poco dinero, tantas cosas buenas ó malas (pero todas agradables) que repasar durante un año entero, maldito si se les ocurre considerar que no siempre habrá habido *almanagues ilustrados*; que alguno sería el primero que se publicó en España; que álguien lo discurriría y escribiría, y que á este *alguien*, más que á los maravedises dados al librero, deben aquel placer que experimentan y de que no disfrutó Adán en el Paraíso....

Sobre todo, si el *almanaque* tan fácilmente logrado es el que dedica el Excmo. Sr. D. Abelardo de Carlos á los habituales lectores de LA ILUSTRACION; si es este calendario-rey, acerca del cual ha dado un autorizadísimo periódico de Berlín (*El Magazin fuer die Literatur des Auslandes*): «Entre todos los *almanagues* que han sido remitidos á esta redacción en el presente año, no hay ninguno que aventaje al publicado por LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA de Madrid, no solo por su elegante forma, sino por lo selecto de su contenido....»; si es, en suma, el mismo, mismísimo *almanaque* en que tengo la inmerecida honra de escribir

estos mal pergeñados renglones, entonces.... ¡oh! entonces raya en sacrilega y escandalosa la ingratitud de la generación actual, al no rendir un homenaje de veneración y reconocimiento á los varones ilustres (¡yo soy uno!) que publicaron en España el primer *almanaque ilustrado*.

Reivindicar tan pura gloria; distribuirla equitativamente entre los dignos patriotas á quienes correspondía; referir cómo y cuándo y por qué se llevó á término aquella alta empresa, es la tarea que me propongo desempeñar en el día de hoy, contando para ello con la indulgente y fina atención de mis antiguos amigos los lectores. Entro, pues, en materia sin más requirimientos.

III.

Antiguamente (quiero decir, hace veinticinco años) no había, ni podía haber en España, más que un *almanaque*; como no había, ni hoy sigue habiendo, más que una *Gaceta oficial*. Redactábase el Observatorio Astronómico de San Fernando; publicábase el Gobierno, mediante subasta en forma; producía al Estado, por término medio, ciento ochenta mil reales, y había obligación de venderlo á dos cuartos (entonces no se contaba por *perros*) en toda la Península é islas adyacentes. Las posesiones de Ultramar no sé cómo se regían en este punto. Supongo que por leyes especiales.

Constaba el *almanaque* de 16 páginas en octavo, impresas á dos columnas, sobre un papel moreno y estoposo, que bien podía confundirse con el papel de estraza. No tenía cubierta. La primera hoja contenía: por un lado, la portada, y por el otro, todo lo referente al *cómputo*, á las *temporas*, á las *fiestas móviles*, á los *días en que se saca ánima*, etc. La segunda hoja ostentaba en su primera página el infalible *juicio del año*, que era chistosa lección de Mitología y Astrología, en romance octosílabo, terminada con el indispensable, y aún hoy usual, Dios sonar todo; y en la página posterior leíanse curiosas noticias sobre los *signos del Zodiaco*, la *creación del mundo*, el *diluvio universal*, la *caída de los moros*, la *promulgación de la Constitución* y demás cosas de importancia. Las seis hojas restantes estaban destinadas al santoral, á las ferias, á las *galas con uniformes*, y á las fases de la luna; estas últimas, con su pronóstico meteorológico oficial. Finalmente, los *días de misa* (que entonces eran muchos más que ahora) *traían unmo*.

Elé aquí todo lo que encerraba el único *almanaque* existente y posible del lado acá de los Pirineos, aún en aquellos días (*diebus illis*) en que, terminada la *ominosa emboscada*, y triunfante la revolución de 1854, deslizábase alegremente por la montaña rusa del tiempo los dos divertidísimos años que, por autonotiasia, se llaman todavía el *blenio*.

Otros se quejen de él.... Pero los que entonces penetrábanos por las puertas de la juventud cantando el *himno de Riego* y hasta la *Marsellesa*, sin perjuicio de frecuentar de noche tertulias muy *palacas*; los que entonces «no temíamos ni debíamos», como suele decirse, y sólo buscábanos en las cosas el lado artístico ó poético, ya fuese trágico, ya cómico, muy más ganosos de llorar ó de reír todos los días que de la paz y la prosperidad pública; nosotros recordáramos siempre con amor *aquellas circunstancias*, aunque no sea más que por la sencilla razón de que no se vive dos veces....

Llegó, pues, muy en buen hora (tomando á nuestro asunto) el memorable 2 de Julio de 1855, y las Cortes Constituyentes oyeron leer con gran complacencia (entonces se complacía la gente con facilidad) una *proposición de ley*, enserita por dos celosos diputados, que hubo al cabo de convertirse, no sin dar antes ocasion á prolijos debates, en la siguiente ley del Reino, promulgada el 28 de Noviembre del mismo año:

«Artículo 1.º La confección é impresion de los *Calendarios*

serán libres en toda España desde el año inmediato de 1856, con sujeción á las leyes de Imprenta.

»Artículo 2.º Sin embargo de lo dispuesto en el artículo anterior, todos los editores de *Calendarios* están obligados á consignar en ellos las observaciones astronómicas del Observatorio Nacional, el cual las publicará al efecto en el mes de Setiembre del año anterior al que aquéllas correspondan.»

Impeñada y solemne por todo extremo fué la discusión de tan grave asunto, que ocupó varios días á aquella Asamblea soberana; pero mucho más interesante que los discursos allí pronunciados resultó la lectura dada, á petición de la *izquierda*, de una Exposición dirigida á las Cortes por algunos buenos liberales, en la cual (¡áun me parece estarlo oyendo!) se decían cosas tan patéticas y conmovedoras como las siguientes.... que copió al pie de la letra del *Diario de Sesiones* de aquel inolvidable día:

«Los infrascritos han visto con el más profundo dolor que se anuncia nuevamente en España el privilegio exclusivo para la publicación del *Calendario*.

»Este corto libro es el más terrible elemento con que ha contado siempre el genio del mal para mantener sumidos los pueblos en la ignorancia. Se imprimen anualmente y se venden en toda España más de dos millones de ejemplares. Es el único libro que todo el mundo compra. Y ¿para qué sirve? ¿Qué nociones difunde? ¿Qué descubrimientos, qué inventos son los que populariza? ¿Cuál es la instrucción que lo debemos y los consejos que da á las familias?....

»Principia el *calendario* hablando de todas las obras de Dios. Los astros, en boca del poeta, no son más que un objeto de risa: la creación no despierta en su pecho ningún sentimiento generoso. ¿Qué enseñamiento nos da para cada día del año? Una árida nomenclatura, incompleta é inexacta, y una serie de extrañas y soñadas profecías sobre el buen ó mal tiempo. ¿Faltan acaso recuerdos históricos en nuestra patria para cada día del año? ¿No tenemos glorias para llenar las páginas de un *calendario*?

»¿Ceso ese exclusivismo injusto, opresor é innoble! ¿Pues qué! ¿Es acaso un secreto la confección de un *calendario*, y es justo dar privilegio exclusivo para decirnos que en el verano hace calor y en el invierno frío? ¿Hasta cuándo durará entre nosotros semejante contrasentido? ¿Hasta cuándo (¡Cierro puro!) una nación que proclama por principio la emisión libre del pensamiento monopolizará y estancará en la práctica las únicas publicaciones verdaderamente populares?

»Los infrascritos, pues, piden encarecidamente á las Cortes un remedio para este grave mal, que paraliza el desarrollo de la instrucción en España, que se opone al principio proclamado de libertad de Imprenta, y que es una rémora para la civilización....» (*Siguen las firmas.*)

Tan sentidos acentos, que causarían risa á los escépticos políticos de ahora, no pudieron menos de conmovér á aquellos insignes legisladores, y atrevíome á asegurar que semejante emoción entró por mucho para que fuese tomado en consideración el proyecto de ley, en apoyo del cual uno de sus autores proclamó, lleno de noble ira, que el odio privilegio databa de tiempo de Godoy; que el Gobierno rendía tres millones de ejemplares de su *Almanaque*, y que éste aun contenía más que unas ridículas profecías y un *juicio* mucho más ridículo, todavía del año, sin que luego apareza en él otra cosa más que si es tal día San Crispín, el otro San Pedro ó San Pascasio....»

Tomada en consideración el asunto, dióse cuenta de la muerte, por enfermedad, de Lord Raglan, delante de los muros de Sebastopol, y las Cortes acordaron declarar «que la habían oído con el más profundo sentimiento....» Pero este otro acento no tiene nada que ver con el presente artículo, bien que sirva como nuevo testimonio de la exquisita sensibilidad y suma diligencia de aquellos eruditísimos Padres de la Patria, dado que Lord Raglan había sido en su ju-

ventud nada ménos que secretario de Lord Wellington durante aquella denominada guerra de la Independencia española, en que los ingleses no nos devolvieron á Gibraltar.... Tornemos, pues, á nuestros calendarios, dejando para otro día el hablar seriamente de este maldito Peñon, que debiera quitar ó disminuir el sueño á todos los partidos políticos en esta tierra de los Alfonsos y de los Gravinas!....

IV.

Desamortizado, desvinculado, manumitido el *Almanaque*, no era cosa de que nosotros, los escritores y artistas que entonces, á fuer de mozos, nos fogueábamos en la vanguardia de la cultura y de la moda, dejásemos de publicar un *Almanaque ilustrado* para el año de 1856, por el estilo de aquellos que solian llegaros de París y de otros pueblos finos. ¡Había, si, que ejecutar prácticamente la civilizadora ley recién decretada por nuestras Cortes, á fin de que la Nación entrase desde luego en el disfrute de los grandes adelantamientos morales é intelectuales que se habían anunciado como consecuencia de la libertad del Almanaque!....

Pero ¿cómo? ¡Faltaba sólo un mes para el comienzo del año nuevo! No teníamos nada pensado, escrito ni dibujado; ni editor que cargase con el negocio, ni dinero para realizarlo por nosotros mismos!

Doce éramos los escritores y tres los dibujantes decididos á la empresa. De los doce escritores han muerto ya seis, á saber: Agustín Bonnat, Antonio Flores, Luis Eguilaz, Narciso Serra, José Joaquín Villanueva y Javier Ramírez. Los que aún vivimos (si puede llamarse vida la vejez, con sus cañas, sus calvas, sus desengaños, sus hinchazones ó gorduras, y otros achaques y cuidados que no hay para qué enumerar) somos Vicente Barrantes, Enrique Cisneros, Manuel del Palacio, Ivon (José Fernandez Jimenez), Rafael Garcia Santisteban y mi humilde persona. Los artistas se llamaban Baude (cuya muerte, ocurrida muy luego, fué inseparable desgracia para la Pintura), Cecilio Pizarro, digno también de mejores destinos, y Ricardo Ribera, á quien he podido citar á la vez entre los escritores, supuesto que entonces *hacía á pluma y á pelo*, como soliamos decirle, llenos de admiración por sus dibujos y por sus epigramas.

Continuemos. Estábamos ya á 12 de Diciembre, y aún no habíamos arribado medio alguno de ejecutar nuestro designio.... ¡La desesperación nos roía el alma, como debió de roársela al ilustre genoves cuando no encontraba quien le proporcionase cuatro tablas y una vara de lona con que descubrir un nuevo mundo!....

En tal situación, presentósenos aquella mañana, como llovido del cielo, en el café Suizo, que era nuestro Parnaso, un queridísimo camarada de letras, á quien soliamos ver de tarde en tarde, por estar ya casado, aunque tenía nuestra misma edad (y que hoy es más viejo que todos nosotros,

pues que llora la muerte de la dulce compañera de su vida....); presentósenos, digo, Eduardo Gasset y Artime, que no era todavía millonario, ni mucho ménos, y nos dirigió la siguiente interpelación, arenga ó como quiera llamarse:

— Muchachos: estamos á 12.... ¿Os atreveis á que hagamos, para el 20, un *calendario* de doscientas páginas, en prosa y verso, con sus correspondientes caricaturas? ¡Tengo editor! ¡Suya será la responsabilidad! ¡Nuestra la gloria! En cuanto á ganancias materiales, estoy autorizado para ofrecerlos, y ofrecerme, un gran festín con *champagne* y todo....

— ¡Viva Gasset! — fué nuestra contestación.

É inmediatamente buscamos á los compañeros que no estaban allí en aquel instante, y pusimos manos á la obra. Diez dias después la obra estaba escrita, impresa y encuadernada.

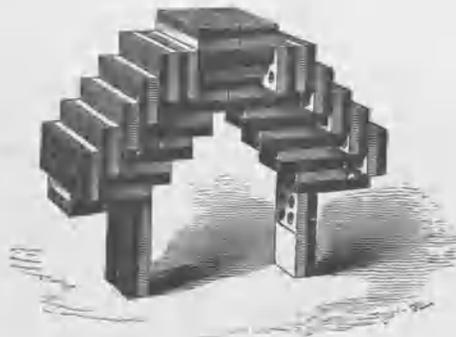
El editor perdió en el negocio; pues su objeto era regalar, como regalo, el *Almanaque* á los suscritores de no sé qué Semanario, y el Semanario murió al poco tiempo, no obstante tan espléndido regalo.... Pero nosotros habiamos hecho un libro delicioso (salvo mi parte), lleno de gracia, originalidad y *humorismo*, en que se iniciaron muchas travesuras literarias desconocidas hasta entonces en nuestro país, y que, si no correspondió á las esperanzas y pronósticos de las Cortes Constituyentes, nos divirtió muchísimo á los mismos que lo redactamos y á todas las personas de buen gusto.

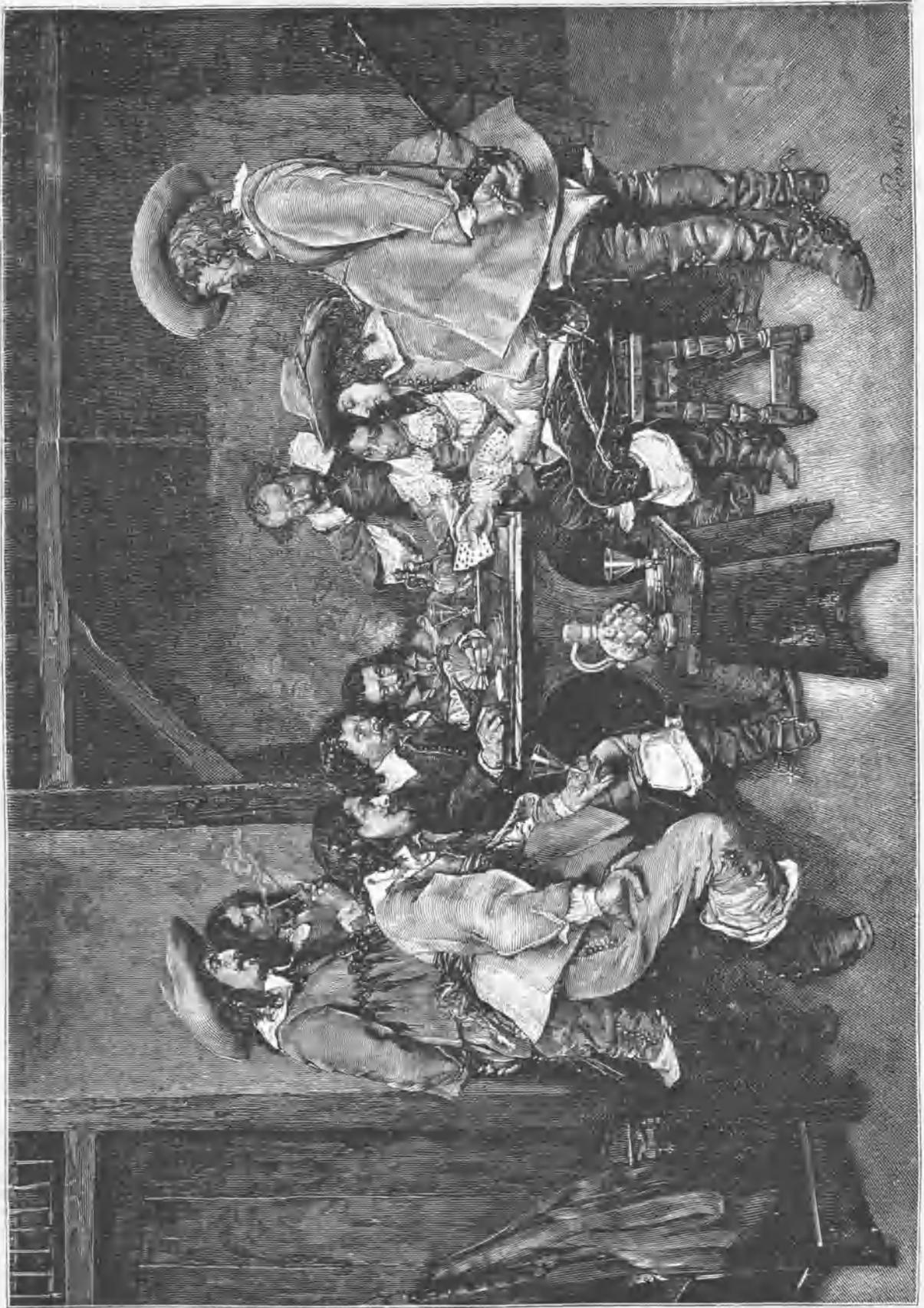
Pusimosle por nombre ALMANAQUE-ÓMNIBUS, y sus fábulas, sus recetas, sus novelillas, sus máximas supra-morales, sus bufonadas de todo género fueron copiadas por toda la imprenta periódica, pasaron al caudal de los chascarrillos populares, grabáronse indeleblemente en la memoria del público, y aún hoy, después de tanto como ha progresado la *almanaque*, son imitadas en cuantos calendarios y periódicos festivos se imprimen en lengua española....

¡Loor eterno, pues, á los autores de aquella obra inmortal! ¡Inmortal, si, por sus resultados y derivaciones, aunque haya sido olvidada en sí misma! ¡Loor eterno á los fundadores de los *almanaques ilustrados* de la antigua Hesperia!.... Y cuando hojeéis este que anualmente publica LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA; cuando hayais admirado todos los prodigios literarios y artísticos, pagados á peso de oro, que sus páginas contienen y que le dan universal renombre; cuando os solaceis con tantos otros amenísimos calendarios científicos ó jocosos, estadísticos ó poéticos, administrativos ó morales, políticos ó amorosos como aparecen cada año en Madrid y en provincias, tributad un sufragio de amor y de respeto á la memoria del ALMANAQUE-ÓMNIBUS!

P. A. DE ALARCON.

1880.





EL CUERPO DE GUARDIA.—(CUADRO DE MEISSONNIER.)

RETRATOS HISTÓRICOS.

PENITENTE.—MONARCA.—PONTÍFICE.

En la última década del siglo decimotercero la unidad pontificia se quebranta, como se quebranta la unidad imperial. Estas dos unidades se parecen á dos líneas paralelas, en que extendiéndose la una junto á la otra, y marchando en la misma dirección, ¡ah! no se encuentran ni siquiera en lo infinito. El poder de los papas logra desorganizar al poder de los emperadores. Desde el día en que la casa de Suabia sube al trono de Sicilia, cogida la autoridad temporal de los papas entre el Norte y el Mediodía, como entre el martillo y el yunque, no le queda respiro alguno y combatida con crueldad y ensañamiento á sus rivales en gloria y en poder. El triunfo de los papas sobre los Suabias no puede ser más resuelto ni más definitivo. La gran dinastía se extingue; sus hermanos y gloriosísimos vástagos, que cada cual naciera con su corona respectiva en la frente, sucumben ó en la lucha ó en el cadalso; y el imperio pasa por anárquicos interregnos, ó cae como vil mercancía en las almonedas y en las subastas, cedido por electores viles, no al príncipe más glorioso ó más legítimo, sino al que ofrece mayor cantidad de corruptor dinero. Así como un alma vicia sin remedio, si viciosa al cuerpo que la lleva, y un cuerpo hace enfermar, si enfermo, al ánimo que encierra, el Pontificado destruye al Imperio, y el Imperio al Pontificado en esta gravísima crisis de los dos fundamentales poderes. A fines del siglo decimotercero, si los Enriquez de Inglaterra y los Alonsos de Castilla luchan allá en la capital de Alemania por la corona imperial, los Orsinos y los Colonnas luchan en la capital del mundo por la corona pontificia. Dos cardenales se habian puesto á la cabeza de estas dos facciones, como para enardecer sus ánimos y agravar en este enardecimiento sus mutuos é implacables rencores. Imposible, en tal estado de los ánimos, la tranquila elección de los Pontífices. Corría el año 1263, y el cardenal decano del Sacro Colegio reunía sus cofrades, ya en Santa María la Mayor, ya en la Minerva, ya en el Aventino, sin lograr de ellos que vinieran á un acuerdo ni que tomaran una resolución. Echóse en esto el verano encima, insoportable en Roma, especialmente para los extranjeros, y los cardenales no romanos se guardaron en Rieti, y los cardenales romanos se quedaron en la Ciudad Eterna; mientras el más ambicioso y el menos disciplinado de todos ellos, el célebre Benito Guetani, se fué á su ciudad natal, teatro de tragedias que referiremos más tarde, y conocida en la Geografía y en la Historia con el inolvidable nombre de Anagni, por siempre ligado á una tremenda y pavorosa catástrofe.

Estado terrible el estado de Roma en aquella angustiosísima sazón. Las dos facciones pontificias, irreconciliables entre sí, como los güelfos y los gibelinos, combatían por la tiara; sus respectivos jefes fluvian de sus almas enardecidas, como tonantes nubes, el odio y la venganza; sonaban los aires con el ruido de los aceros desnudos; temblaban las calles bajo el peso de los ejércitos combatientes; ardian los palacios con todas sus obras de arte; sufrían las iglesias la profanación y el saqueo; la arbitrariedad nepotista elegía los príncipes de la Iglesia, y la guerra feudal los príncipes de la ciudad; y mientras tanto, por espacio de seis largos y tormentosos meses quedábanse los ciudadanos de Roma sin jefes civiles, y sin pastores los fieles de todo el mundo. Así

pasó el verano, y al otoño pudo rehacerse la paz civil, como quien rehace una tregua en medio de cruentísima guerra; pero no pudo rehacerse la paz religiosa. Los cardenales se congregaron en Perusa, y la congregación aquella no dió resultado alguno. En vano el rey de Nápoles Carlos II y su hijo Carlos Martel, rey pretendiente de Hungría, rogaron á los príncipes de la Iglesia que no dejarán al mundo en esta orfandad, y que aperebieran prontamente un Pontífice; trascorrió el invierno sin resultado alguno, continuando vacía la Sede pontificia. El 5 de Julio la elección recayó en lo más pavoroso, porque era también la más desconocido. Estas altas instituciones no pueden librarse al acaso sin perderse sin remedio. Si llegan á ellas hombres improvisados, podrán sostenerlas ó salvarlas por la virtud del genio; pero el genio tiene siempre carácter excepcional en la Historia. Y es más fácil hallar hombres expertos, instruidos, alicionados en la vida, que hombres llenos de luces sobrenaturales y de inspiraciones súbitas, concedidas por la naturaleza escasamente á ciertos privilegiados mortales. Y lo peor de aquella resolución estaba en que el lanzarse á lo desconocido provenía de lo mucho que entre sí mismos se conocieran los competidores y los rivales, empeñados en abierta guerra por la codiciadísima tiara. Perdida debía estar la autoridad de aquellos cardenales, cuando sentían unos respecto de otros tal enemistad ó tal desconfianza. Uno de ellos, el capellan latino, dijo conocer allá en apartada tierra una especie de salvaje penitente, vestido de sayal, acostumbrado al cilicio, habitante de inaccesibles montañas, puesto sobre sus rodillas como un árbol sobre sus raíces, sin comunicacion ninguna con la sociedad, fantor de milagros, tannaturgo de leyendas, jefe de solitarios, que acaso pudiera, por revelaciones robadas al cielo y recogidas en su alma, rehacer la quebrantada y casi perdida autoridad pontificia.

Error de los errores aquésta. Un Papa no pertenecía solamente á la estirpe de los sacerdotes y de los santos, sino también á la estirpe de los políticos y de los estadistas. Un Papa no necesitaba tan sólo pensar en su ministerio religioso; necesitaba pensar al mismo tiempo en su ministerio civil. Un Papa no era sólo pastor espiritual que lleváta las almas á paecer en los campos místicos el pasto de la doctrina teológica, sino un monarca temporal, que regia los hombres por medio de humana autoridad y que los enfrenaba por medio de leyes coercitivas. En la situación á que lo habian elevado los movimientos naturales de la sociedad, necesitaba tanto de la ciencia como de la práctica, de la virtud como de la fuerza, del conocimiento de la idea como del conocimiento de la vida, de la realidad como del ideal. Cuando áun estaba el poder pontificio en todo su auge, y el civil en toda su imprescindible sumisión; cuando el Papa presidía el Consejo de los reyes europeos y daba en Derecho canónico bases al Derecho civil; cuando investía y despojaba por su voluntad soberana aun á los príncipes; cuando debía atender con reconcentrada atención al Imperio de Oriente, que vacilaba entre el catolicismo y el bizantinismo, y se veía de muerte amenazado por la cimitarra de los turcos; cuando debía ocurrir á las inmensas dificultades suscitadas por el desorden y el interregno en el imperio germánico; cuando necesitaba mirar la consolidación de las monarquías láicas, que empezaban ya manifestamente á di-

hojarse como una atonaza terrible á la autoridad y á la jurisdicción de la Iglesia; cuando las Universidades forjaban una semi-tiara en las sienes de los reyes con la idea del derecho divino, deducida del antiguo derecho romano; en esta situación extraordinaria, entregar á un penitente, á un solitario, á un asceta, sin más trato que el de las alimañas selváticas y sin más estudio que la contemplación mística de la Naturaleza, equivalía ciertamente á entregar inmensa nave cargada de innumerables riquezas; entregar la brújula, el libro de á bordo, los instrumentos náuticos, el timón, á ignorante campesino, que nunca en su vida hubiera visto el Océano ni sus procelosas turbulencias.

El 5 de Julio eligieron al apacoreta, y á las pocas horas tres obispos se encaminaron al monte Murrone para notificarle su elección. Hijo único de un ignorante campesino, sujeto á enfermedades continuas, asaltado por visiones, á veces extravagantes y á veces beatíficas, entró en el Orden benedictino, y no permitiéndole asaz severa ni rígida para sus aspiraciones, exageróla, fundando en apartado monte, donde profesaban la pobreza y el retiro, no como cánones de su disciplina, sino como necesidades de su existencia. Alguna vez descendió de sus grutas y se entró por la corte pontificia, mas tan sólo para pedir á los Papas la confirmación de la Regla que había ideado y de la comunidad que había establecido, consagradas una y otra al culto severísimo del Espíritu Santo. Y aun se dice que, en estas rápidas bajadas del monte y en estas breves idas al mundo, verificaba frecuentemente alguno que otro milagro, á guisa del antiguo Elias encerrado en la misteriosa montaña del Carmelo. Entregar á un hombre así la dirección del orbe católico era tanto como entregar á un muerto la dirección de la vida universal.

Y los mensajeros llegaron, y apenas pudieron acercarse al sitio donde habitaba el penitente. Su calcera montaña, sin rutas ni senderos, apenas aparecía practicable sino á las águilas que bajaban del aire y á las cabras que subieran del valle. No había medio de cabalgar por aquella tierra movediza, ni por aquellas pendientes abruptas, pues hasta los peatones se caían á cada paso, viéndose obligados á tenderse en unos puntos y á marchar á gatas en otros, como si de especies meramente animales, y no de seres humanos, fuera aquel monte asilo y vivienda. Por fin llegaron, y descubrieron groserísima cabaña, construída como una madri-guera, más lúca que como un hogar, sin otra comunicación para recibir la luz que toscas puerta hecha de ramaje seco, y triste ventanilla dura por plomiza pizarra. Extraño debía parecer á los solitarios aquel concurso de príncipes de la Iglesia infortunadamente ataviados, seguidos de su vistosísima corte, acompañados de muchos señores del tránsito, á quienes aguijonaba la natural curiosidad, en aquellos parajes que sólo habían presenciado hasta entonces la penitencia de los ascetas y sólo habían oído el susurro místico de las oraciones mezclado con el estridente grito de las águilas. Pero más extraño debía parecer aún á los mismos embajadores la entrega de Roma, la ciudad política por excelencia, y de la tiara, la corona cesárea por antonomasia, tanto como el gobierno del mundo y de las almas, al hombre que apareció en aquella ocasión solemne con la barba crecida é inculta, el cabello cayéndole sobre la espalda como á los antiguos reyes bárbaros, los ojos hundidos en sus huecos á guisa de fuegos fatuos ó de volcanes encendidos; los pómulos, á los que se pegaba rugosa y apergaminada piel, un tanto rojos por la fiebre; las manos trémulas, como si extraña electricidad las agitase; las vestiduras de esparto, las carnes maceradas, mudo y nervioso á un mismo tiempo, cual ciervo sorprendido por el cazador en su carrera; mirando á todas partes con extraña mirada, que lanzaba relámpagos y lluvia lágrimas. En cuanto le vieron, desdoblados naturalmente por su extraña figura, desalcáronse todos la cabeza, hincaron la rodilla en tierra, y dirigieron á una hácia él sus manos suplicantes, cual si hubieran visto bajar un santo de los cielos. Y en efecto; nada tan extraño en aquella selvática y

soledad, entre las grietas del monte, á la puerta de las pobres cabañas, sobre el teatro de la naturaleza completamente inculta, como la púrpura y los pectorales de pedrería, y los brocados y los plumajes de colores, y las ataudas, que reflejaban los rayos del sol, y las dalmáticas, que ofrecían los tímbrs del orgullo aristocrático, en contraste abierto con aquella especie de cadáver ambulante, el cual había realizado ya con sus compañeros de ayuno y de maceración la terrible igualdad que guarda en sus senos la muerte. Ninguna de sus visiones beatíficas, ninguno de sus presentimientos, ni siquiera esos animales extraños que anuncian á los santos del calendario sibílicos oráculos, le dijeron la suerte que le reservaba tan solemne hora, su conversión súbita de triste solitario en prelado de los prelados y en rey de los reyes. Así, en cuanto supo la nueva, que para otros hubiera sido tan plácida y para él tan nefasta, comovóse, cual si le tentara alguna de aquellas visiones diabólicas que interrumpen el sueño y turban la meditación de los ascetas. Erizósele el cabello, flagearóndole las piernas, lanzó agudos gritos su pecho, y apartando de sí las ofertas que le presentaban y los títulos que le traían, dióse á correr, creído sin duda de que solamente podía estar su salvación en la fuga. No corriera un ave sorprendida en su nido, no gamo sorprendido en su caverna, como corrió aquel hombre, resuelto á esquivarse al brillo deslumbrador de las glorias y de las grandezas de este mundo. Desapareciera ciertamente, ocultándose en las entrañas de la tierra, si no le detienen los propios hermanos de su Orden y le amonestan por la gravedad de aquella fuga y sus terribles consecuencias. Entonces el pobre penitente, fiado por completo á sus prácticas espirituales, poniendo en Dios y en lo invisible toda su confianza, creído de que le bastaba lo sobrenatural para sumergirse en la naturaleza, y los abismos del cielo para salvarse de las sirtes del mundo, cayó de hinojos en tierra, y dirigiendo una oración á las alturas, aceptó el abrumador gobierno de los hombres. El solitario fué nombrado Papa y tomó la denominación de Celestino V.

Corría por aquel tiempo, en las órdenes mendicantes, acreditada una idea muy en consonancia con el sentimiento progresivo de nuestro tiempo, y muy en desacuerdo con la doctrina ortodoxa de la Iglesia católica. Esta idea, fundándose en los números, que no sólo servían á la saxon para las Matemáticas y para la cábala, sino tambien para las operaciones del espíritu, fundaba todas las ideas y todas las cosas en el número tres, y decía que así como el tiempo tiene tres fases, pasado, presente y porvenir; el cuerpo tres dimensiones, longitud, latitud y profundidad; el silogismo tres términos, premisa, nexa y consecuencia; Dios tres personas, la Iglesia tendría tres revelaciones: la del Hijo en el Calvario, que trae el amor, la caridad, el Verbo; y la del Espíritu Santo en otro monte designado por la Historia, y que traerá la revelación sublime de la ciencia. Quizás alguna de estas ideas sobrecogía por completo á los que rodeaban al santo cenóbita en aquella hora de su transfiguración milagrosa, viendo cómo todos los poderes y todas las grandezas de la tierra se aglomeraban á una sobre las sienes heridas de un prior oscuro de la Orden recién fundada del Espíritu Santo. Consueles necesitó traer ciertamente el paraceto para que aquel hombre se resolviese á cambiar su montaña por el trono, su capullo por la tiara, su vestidura, que la naturaleza le tejiera, como á las aves del cielo y como á los lirios del valle, por el brocado y la pedería; su cabaña sencilla por los palacios resplandecientes, su trato con las alimañas de la naturaleza por el trato con los aduladores de la corte, sus éxtasis místicos y sus aerobos celestiales, que sólo demandaban la expansión del alma y la fuerza del sentimiento, por la difícil gobernación de los hombres, que piden el disimulo, la reserva, el juicio frío, el cálculo premeditado, la sumisión de los afectos á los desmudos y desarmados consejos de la severa inteligencia; cualidades todas incompatibles con la efusión de un alma enamorada de Dios y ansiosa por recibir la santa visita de la muerte.



¡Maravilloso espectáculo! El penitente desconocido é ignorado dirigiese como Papa á la ciudad más próxima, á la ciudad Aquina. Arrodiábanse las muchedumbres á su paso en los dos lados del camino. Precedíanle heraldos, sonando instrumentos varios y haciendo múltiples diviseas; acompañábanle, como cortejo lúico, los señores jurisdiccionales de todas las comarcas vecinas, vestidos con sus lujosos arreos y sus varias y nobilísimas preesas; cantábanle alabanzas en armoniosos himnos eclesiásticos multitud de clérigos que por doquier le circunían, ofreciéndole la mira y el incienso como en los tiempos evangélicos; dos reyes, el de Hungría y el de Nápoles, servíanle de palafreneros, tanto más humillados y humildes, cuanto que el Papa no había querido ninguna blanca lacanea, ningún brioso palafren, ninguna cabalgadura noble, sino la que sirvió á Cristo el día de la Pascua judaica para entrar en la Ciudad Santa, entre los ramos de olivo y las vibrantes palmas, el modesto asno, sobre el cual iba en su triste y sencillo traje de esparto, como si aquel espectáculo de la suprema miseria hourada por la suprema riqueza indicase un cambio total en el mundo, la victoria de los pobres y de los humildes sobre todas las soberbias potestades de la tierra.

Trascurrido el primer instante de tamaña fantasmagoría, la realidad se impuso con su incontrastable imposición. El cardenal latino, de quien fuera la extraña idea de aquel nombramiento, murió, afortunadamente para él, pues así no llegó á tocar las fatales consecuencias de su obra. El rey Carlos se apoderó del Papa, como de un dócil instrumento, para sus planes políticos. El primero en comprender la insania de aquella elección fué tambien el primero en codiciar su herencia, el célebre cardenal Gaetani. Muchas príncipes de la Iglesia, ahñados por la recentísima primavera del Renacimiento, que comenzaba á dar ya su calor, tenían grandes inclinaciones á las artes plásticas, á las ciencias, á las letras antiguas, á las enteras; y se dolían, ellos tan elocuentes, tan pulcros, tan instruídos en el latín, tan deseosos del progreso de los conocimientos humanos, se dolían de que la corona recayese en solitario é ignorado sacerdote, tarde en el pensar, incierto en el resolver, indócil á las conveniencias del mundo, instrumento, por inexperto, de las ambiciones régias; incapaz de negarse á ninguna pretensión, ignorante de la tierra que hollaba, sin energía de voluntad ni energía de pensamiento, sombra, fantasma, símbolo, entelequia, todo ménos el hombre que pedía á voces el estado de Europa y que reclamaba para mantener su autoridad la alta institución de los romanos Pontífices, necesitada de tanta fuerza, de tanta soberanía, de tanta majestad y grandeza, por lo mismo que sobre su frente se oscurecían todos los horizontes y bajo sus plantas se encrespaban todas las pasiones.

Fuera de los muros de Aquina recibió el solitario la consagración el día 24 de Agosto de 1294. A fin de que cupiese más gente, celebróse la grandiosa ceremonia en una iglesia externa á la ciudad. Doscientas mil personas dice Lucense que asistieron al acto. *Fueruntque in sum coronatione plusquam C.C. milia hominum et ego interfui.* La entrada tuvo todas las solemnidades de costumbre; la rasgada estameña se cambió en la roja púrpura; los punzantes cilicios, en rica pedrería; el asno de la primera salida, en caballo enjaezado con deslumbradores arneses. Pero toda esta riqueza artificial no pudo destruir su nativo natural ni cambiar siquiera su profunda complexion. Hijo de las selvas, tenía todos los instintos selváticos. El arte no pudo modificar en él á la naturaleza. Así, se asustaba sin motivo, le concedía todo sin necesidad, pasaba de un estado á otro sin causa, huía de las gentes sin rebozo, temblaba ante peligros imaginarios; en su desconocimiento de los peligros reales, tenía salidas de loco, ataques de epiléptico, alucinaciones de místico, fantasmagorías de bechicero, escrúpulos de penitente, todo ménos cualidades ni de monarca, ni de Papa. Nunca reinó ménos un obispo de Roma, ni reinó más el cortejo que le rodeaba. Cuantos cardenales pedía la ambición, otros

tantos otorgaba su insania. El sello pontificio se fijaba donde cualquiera de los allegados á él ponía su índice. Así, en vez de creerse rey de los reyes, se creía de los reyes criado. Así, en vez de irse á su propia capital, á Roma, se iba á Nápoles, á la capital del monarca que tenía más cerca. Así, entregaba los negocios eclesiásticos á tres cardenales, sin curarse absolutamente para nada del régimen y del gobierno de la Iglesia. Un solitario había visto en su coronación docientas mil personas; un hijo de las montañas había escuchado en las aparatosas ceremonias los estridentes clarines y las ruidosas trompetas de los castillos y de las córtes; un penitente que creyera la burda estameña sobrado fina para sus carnes maceradas, había vestido la púrpura y los encajes; un místico que sólo conversara con los ángeles del cielo, había departido con los ambiciosos del mundo; un anacoreta que apagaba su sed en el agua de las fuentes recogida en el hueco de las manos, y que hartaba su hambre en las bellotas sacudidas por los afanos encinares, había comido en los festines eclesiásticos, condiriéndose por tal manera de su servidumbre, que forcejeaba en ella como el águila presa en su jaula; y cuando se veía solo y abandonado á sí mismo por las alcobas de los regios palacios, apenabáse, porque creía oír voces extrahísimas, como eco de sus montañas, llamamientos de espíritus sobrenaturales, visiones piadosas que le conjuraban á huir prontamente del mundo y á entregarse de nuevo á la maceración y á la penitencia.

Comparad la vida sin accidentes del campo con la vida trágica de la corte; las grutas tranquilas con los palacios llenos de emboscadas y de girtes; la luz que despiden las estrellas con el calor que despiden las pasiones; la ingenuidad de sus hermanos en Dios con la doblez de los príncipes y de los monarcas; la fácil plegaria con el difícil cálculo; la expansión de un alma que se evapora en nubes de incienso y se deshace en himnos de alabanzas divinas, con las maledicidas tortuosidades del gobierno, y decidme si podía por mucho tiempo sostenerse la tiara, es decir, el peso de la tierra, sobre el débil cráneo de aquel exaltado fraile. Así, la idea de la abdicación le pasaba por las mentes á cada minuto; y como le pasaba por las mentes á cada minuto, declinaba con sencilla candor los labios, obedientes de antiguo á los imperiosos dictados de la idea. Y á mayor abundamiento, misteriosas conjuraciones le circunían; desasosegada ambición le acechaba; los varios cardenales que lo eligieran, sin saber á ciencia cierta lo que hacían, esperaban todos á una heredarle y sucederle. Pero ninguno lo esperaba tanto como aquel cardenal Gaetani, que ambicionara desde sus mocedades la tiara y no viera medio alguno de satisfacer su desapoderada ambición. Y conociendo todos los lados flacos del Papa, y huido en su cándida inocencia, no le dejaba vivir, ni descansar, ni conciliar el sueño con la fiecion continua de clamores, bramidos, voces discordantes demandando la aldi acción del pobre Celestino V, que tanta clemencia encontrara en el seno de los elementos, y tanta y tan sañuda inclemencia en el corazón de los hombres.

Por fin cumplió Celestino V su propósito, anunciando previamente que iba resuelto á renunciar la tiara. Muchas gentes se alegraron de tal propósito; pero otras muchas vieron en él un contrasentido incompatible de todo punto con la naturaleza íntima del Pontificado y con su ministerio en la tierra. ¿Cómo podía un Papa desasirse de dignidad completamente vitalicia? ¿Cómo el que sintiera el Espíritu Santo en su cabeza, la autoridad del vicario eclesiástico en su persona, podía descender de esas alturas, sino por un llamamiento de la muerte? Como Dios no abdica jamás la gobernación del universo, un Papa no puede abdicar jamás la gobernación de la Iglesia. El infalible no puede quedarse sujeto á error; el que ha ocupado las cimas del mundo mortal no puede convertirse voluntariamente en súbdito de ningún otro mortal. Luego dos Papas vivos encierran y contienen de grado ó por fuerza un cisma irremediable. Nadie, nadie puede arrancarle á un Papa la dignidad augusta

que le ha conferido una elección, porque en esa elección, & primera vista natural, Dios, por medios sobrenaturales, ha estado vivo y ha estado presente. Así, en cuanto supo Nápoles el propósito de Celestino V, se conmovió profundamente. Los ciudadanos acudieron en tropel á disuadirle; los mendicantes, á cuya religión pertenecía el Papa, le conjuraron á que no abandonase la Sede pontificia; los clamores eran tantos y tales, que se creía triunfante una revolución. Pero Celestino V sólo escuchaba las voces interiores de su alma, y sólo veía las interiores visiones que le impulsaban al apartamiento y al retiro. Mientras fué solitario, los aires del campo orecaban las lágrimas de sus mejillas; las aves del cielo se nutían á las cascadas de sus plegarias; los árboles de las selvas formaban como bóvedas para ofrecerle templo donde adorar á su Dios; las piedras de las montañas se erguían como aras sacras de altares gigantescos; el rucío de la mañana bajaba hasta su frente como lágrimas de ángeles invisibles; y en el mundo, el fragor de las pasiones le ensordecía, el puñal de la traición se le clavaba en el pecho, obstruíanle mil obstáculos todos los caminos del cielo; y si abría los oídos al llamamiento de voces sobrenaturales, sólo escuchaba el eco de infernal voajería salido del insombrable averno y disipado en los venenosos aires, empujándole con asustador empuje á la abdicación y al arrepentimiento. Tras cinco meses de proceloso reinado, el 13 de Diciembre de 1294, despues de leída una bula que declaraba válidas las abdicaciones y renunciaciones pontificias, desciñóse la púrpura y se vistió la estameña, dejó la corte y se lanzó en brazos de la naturaleza, arrancó á sus labios las vanas fórmulas del mundo para devolverles las ingenuas oraciones del éxtasis; y aquel ánimo imprudente en el sólo, aquella inteligencia inexperta en la política, aquel ingenio por la fortuna oscurecido, recobraron su calma en cuanto descendieron de las luminosas cimas del mundo al anticipado sepulcro de sus austeras penitencias.

Pero ¡ah! que no debía encontrar el infeliz tranquilidad alguna sino en el seno de la muerte. Sucedióle, como era natural, quien más lo había deseado y quien más medios había tenido para ello; el ambicioso cardenal Gaetano, que formaba con él un exagerado contraste. Era el uno humilde y el otro soberbio; el uno inexperto, y el otro expertísimo en las cosas del mundo; el uno ignorante, y el otro sabio; el uno dado á los éxtasis, y el otro dado á las ambiciones; el uno de bajo origen, y el otro de alta extracción; el uno todo misticismo, y el otro todo sentido práctico y vida puramente prosaica; el uno extraño á todos los lazos y relaciones del mundo, y el otro mundano y nepotista, al extremo de fundar con su familia una oligarquía feudal en torno del Pontificado. Notario apostólico en tiempo de Nicolas III, cardenal nombrado por Martin IV, nuncio en varias ocasiones, su conocimiento del mundo, su facilidad de palabras, su instrucción vastísima en los cánones, su habilidad sin igual en las competencias diplomáticas, su ingenio flexible y vario, sus aptitudes universales, la majestad augusta de su figura distinguidísima, la prestancia incomparable de su aristocrática persona, todas estas cualidades se hallaban contrastadas por un vicio irremediable, por un desprecio grandísimo á los hombres, que se acrecentó naturalmente al verlos desde las alturas del poder, desde esas eminencias que todo lo abdicaban, puestos de rodillas y hundidos en el miserable polvo de la abulación y de la servidumbre. Con sus altas cualidades, con su firmeza en el pensar, con su constancia en el querer, con su fiabilidad en el decir, acaso hubiese pertenecido á la estirpe de Gregorio VII y de Inocencio III, á no faltarle cierta fe superior, sin la cual no se conciben las grandes vocaciones, y de no sobrarle dos afectos feísicos que todo lo manchan y corrompen, á saber: la ambición y la envidia. Sobre todo, y ante todo, lo que le faltó para su grandeza fué el tiempo en que los otros habían trabajado, y las generaciones que los otros habían á su disposición tenido. Las catedrales góticas subían á las alturas con sus mani-

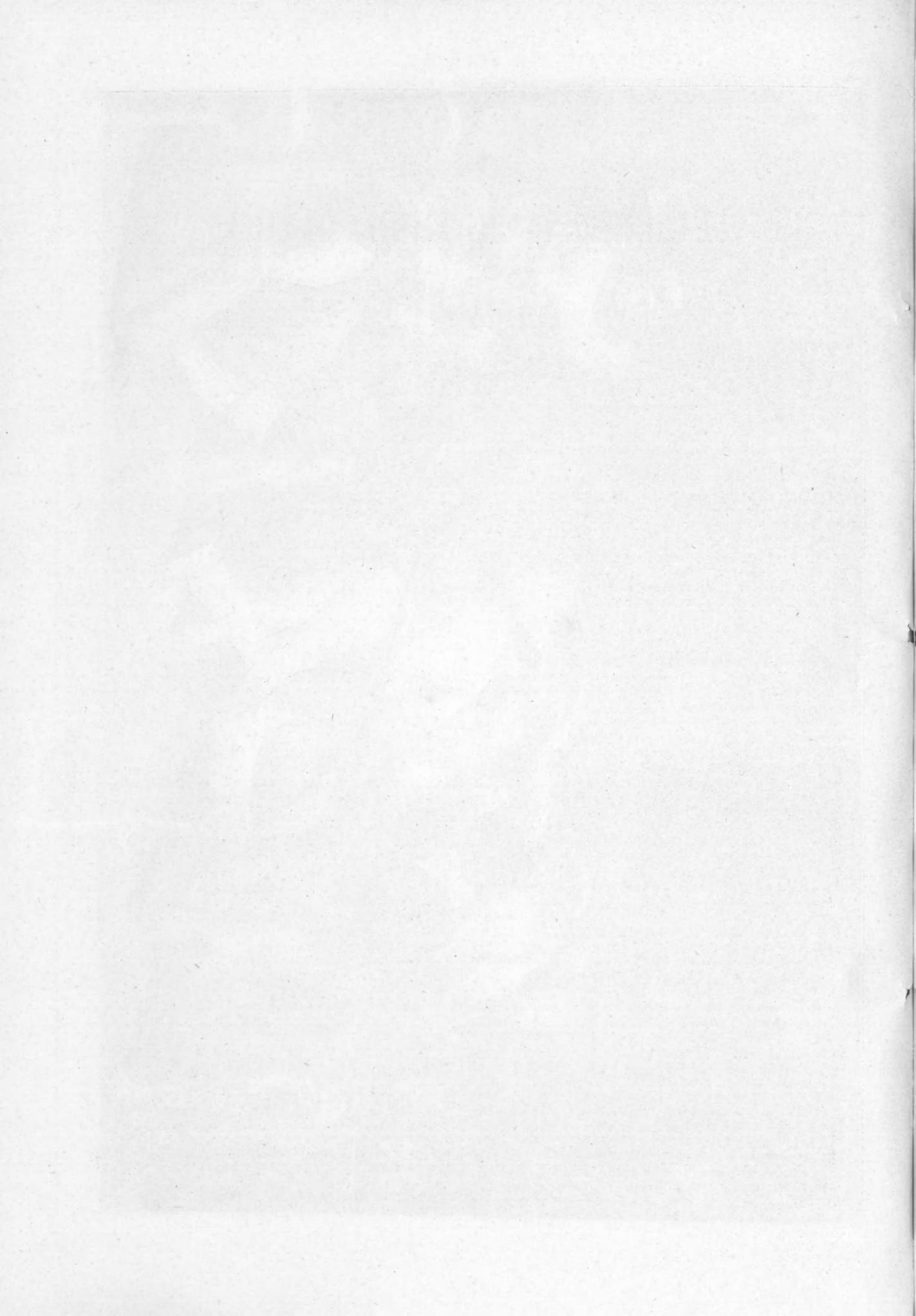
villosas ojivas, recogiendo la luz del cielo en los vidrios de colores; el órgano henchía de melodiosas cadencias los templos; la lira épica lanzaba aquellos sublimes tercetos en que hervían las inspiraciones teológicas; la pintura comenzaba á traer los bienaventurados del cielo á la tierra en místicos iris; las ciencias eclesiásticas daban con la suma teológica la más sublime síntesis á sus tradiciones y á sus pensamientos; caía el Imperio que ocupitiera tanto tiempo con el Pontificado; formábanse las monarquías amamantadas á los pechos de la Iglesia; y sin embargo, la nueva generación no tenía en el poder pontificio la renianza, ni á sus rayos y á sus excomuniones el miedo de las generaciones precedentes, por ese cambio de ideas tan frecuente en la humana historia, y tan propio también y tan peculiar de nuestra naturaleza.

Dióle apariencia cesarista al Pontificado para contrastar la pobreza de su antecesor, para argüir á los que creían renacientes los tiempos evangélicos, para hacer tocar á todos y á cada uno la realidad de que dentro del poder pontificio se encerraba siempre algo del Imperio romano; y celebró con gran pompa su coronación, precedido de los nobles romanos, que agotaron sus casas en la ostentación de asiático lujo; rodeado de las potestades eclesiásticas, que se excedieron á sí mismas en esplendores y en riquezas; caballero en bacmea blanca enjaezada con gualdrapas de plumas, cubierto con la tiara, en la cual resplandecían las coronas régias, hechas del oro más puro y enajadas de valiosísimos brillantes; vestido con los hábitos pontificios y armado con su báculo, que blandía como si fuera la espada de un emperador ó el rayo de un dios; acompañado de dos reyes envueltos en mantos de escarlata, que no solamente condujeron su calagadura por el freno como dos pajes, y le ayudaron á misa como dos acólitos, sino que también le sirvieron á la mesa como dos criados; que á tanta aparatosa majestad llegaba el Pontificado en los días tristesísimos del comienzo inevitable de su ruina y decadencia.

Bonifacio VIII no creyó segura la tiara en sus sienes como no tuviera seguro á Celestino V en su poder. Solamente la candidez del fraile era capaz de imaginar que le bastaba con deponer la tiara y revestir la cogulla para quedarse cual si nunca ejerciera la alta dignidad del Pontificado. Su precevido sucesor no lo creía, no, en su experiencia, y trataba por todos los medios imaginables de arrancar aquel dócil instrumento ó aquel fingido pretexto á las poderosas manos de sus mortales enemigos. Pocos días despues de su elección, y hallándose Bonifacio en los alrededores de Nápoles, supo con extrañeza que corrió súbita noticia de su muerte, por lo cual se alegraron todas las gentes populares, que amaban al Papa plebeyo, y todas las órdenes mendicantes, que amaban á su vez al Papa mendigo. Tal alegría tomóla por una revelación, y tal revelación obligóla á resoluciones supremas. Encargó al rey de Nápoles que le apresara al penitente, y una vez preso, condujolo consigo á triste encierro de Roma. Mas Celestino V, que sólo tenía una pasión, la pasión de su libertad individual, y que sólo deseaba el retiro y el apartamiento, encontró hábiles trazas de romper su prisión y de escaparse á su montaña. No se cansaba, como el que recobra su libertad, de respirar el aire libre, de recorrer la soledad inmensa, de departir con los objetos animados é inanimados que en otros días mejores acompañaban sus maceraciones y sus plegarias; pero el Papa-rey no podía permitirle en manera alguna la antigua autoridad ni desconocerle como tenible rival á la tiara. Mandóla una turba de cazadores, que le siguieran, le acedijaron y concluyeron por cazarle. Ya había bajado del monte, corrido á la playa, puéstose en cobre, alcanzado una barca que le condujera á Dalmacia, cuando le echaron mano y le recluyeron en estrecho calabozo, donde murió víctima de su propia humildad y de su irremediable impotencia.



COSTUMBRES DE CHILE. — EL BAILE POPULAR «LA CUECA».



EL CEMENTERIO DEL DIABLO.

I.

El antiguo convento de frailes benedictinos que, situado cerca de ¹⁰⁰⁰, fué á mediados del siglo XV uno de los más notables monumentos de Italia, es hoy una ruina que apenas da idea de la soberbia marada de aquellos siervos del Señor: informes murrallones, torres vacilantes sobre cimientos poco firmes, arcos rotos, columnas mal seguras, techos húmedos, puertas y ventanas desquiciadas y abiertas á todos los vientos es cuanto queda del edificio en otro tiempo destinado á lugar de meditación, holganza y rezo. Las piedras ennegrecidas por el tiempo, los mármoles dorados por el sol, las estatuas mutiladas por el rayo y enterradas entre robustas ortigas ó tenaces gramas, casi no pueden servir de datos al viajero para restaurar en su imaginación el convento arruinado, la iglesia derruida y el patio abandonado. Tal vez por un capricho de la suerte ésta es la única parte del monumento que se conserva más entera y que con más fuerza ha resistido á las tempestades de la Naturaleza y á la barbarie de los hombres.

Cuatro grandes claustros de igual longitud limitaban su recinto; de ellos sólo tres quedan en pié: los sillares del que miraba al Norte están hundidos en la tierra y, como eruido protestando contra su caída, sólo se conserva uno que sirve de gigantesco marco de granito á la pintoresca perspectiva que á su través se admira. Asidas á las labores de la piedra, rodeando los fustes de las columnas, han trepado las hiedras y las enredaderas, han brotado flores amarillentas entre las hojas del acanto que ornaba los altos capiteles, y doquiera se dirige la vista encuentra viva la fuerza de la Naturaleza reposada triunfante sobre las ruinas del esfuerzo del hombre. El tiempo, lento y seguro revolucionario, ha ido, año tras año y lluvia tras lluvia, trocando en artísticos escombros una de las más hermosas fábricas de Europa, y hoy los ganados que se apacientan en los prados vecinos vienen á protegerse de un sol de fuego entre aquellas piedras angostas, mientras el pastor duerme á la sombra de las paredes silenciosas que en otro tiempo á la hora del *Angelus* enviaban al cielo en cadencioso cántico un fervoroso himno de adoración á lo infinito.

Luégo que las guerras obligaron á los frailes á abandonar su cómodo asilo, algunos grandes y poderosos de la ciudad vecina convirtieron el patio en cementerio. Todavía se conservan en pié la mayor parte de los magníficos sepulcros que labraron de consuno para encerrar á los muertos la vanidad y el arte de los vivos. Y es que en ninguna parte lucha tanto el hombre contra el sagrado dogma de la igualdad humana como en los campos de la muerte. Allí se graban en duras piedras los títulos y honores de los que fueron; la ciencia, impotente para estudiar el alma, impide por algunos años la putrefacción del cuerpo, y el arte, que no sabe devolver á la forma muerta la belleza, esculpe el mármol y cincela el bronce para protestar con los prodigiosos engendros del genio de la invasión espantosa que todo lo destruye y aniquila.

De todos los lugares de descanso eterno, de todas las tierras en cuyas entrañas se pudren los cuerpos de los muertos, ninguna más hermoseada que aquel recinto del antiguo

patio del convento: en las paredes de los claustros que aún se mantienen firmes y como sostenidas por los vigorosos brazos de las figuras de los frescos, medio borrados y confusos, se agrupan hermosos sarcófagos de blanco mármol; rígidas é inmóviles las estatuas yacentes, oprimen con su peso las losas sepulcrales, pareciendo los frios rostros como orgullosos de los interminables epitafios, y seguros de la inmortalidad: en el piso están enterrados de intento los humildes que quisieron ver sus nombres borrados por las plantas de los vivos, y por bajo de los arcos, ávidos de luz y de aire, ceñido el casco y la mano en la espada, yacen los que en otro tiempo pusieron miedo en el corazón de los más esforzados y valientes. Luégo, en el patio, construidos al azar, de distinto aspecto, de forma diferente, de épocas diversas, de apuestos gustos, vense tumbas, tímulos, sepulcros y sarcófagos que, coronados por los rayos del sol ó ocultos en la sombra, ceñidos de verdura ó hundidos en la tierra, enteros y juntas las labradas piedras, ó desquiciada la base al empuje de las raíces de los árboles vecinos, parecen con sus inscripciones y sus símbolos, con sus letreros y sus fechas, protestar en nombre de sus habitadores silenciosos de aquel eterno y forzoso quietismo. Allí, como en el campo santo de Pisa, la arquitectura ha agotado la belleza de la línea y prodigado la escultura los encantos de la forma: todos los estilos, todas las tendencias están representadas; la sublime sencillez griega, la fastuosa decadencia romana, el pesado estilo románico, la lujosa ornamentación del bizantino, la ojiva gótica del católico, la mundanal arquitectura del árabe soñador é indolente, y luégo, como la hermosa síntesis de la historia del arte, las maravillas de aquel Renacimiento que casi llegó á la perfección por el estudio de la antigüedad y la Naturaleza.

Protegidos por robustos troncos y á la sombra de tupidas ramas, velados por las anchas hojas del nogal, y filtrándose la luz por entre las blancas flores de la acacia y los largos tallos del sauce, aquellos sepulcros, olvidados del mundo y combatidos por el tiempo, fueron en cierta ocasión teatro de un extraño suceso, que tiene, aunque fantástico, ribetes y puntas de verídico.

Hacia ya muchos años que el patio convertido en cementerio estaba completamente abandonado. La soledad reinaba sobre la hermosa ruina, que, olvidada del hombre, se iba haciendo de más solemne aspecto á medida que las aguas y los vientos oscurecían la piedra, como si en ella se infiltrasen las nieblas que los inviernos engendraban, cuando los aldeanos de la comarca, los pastores y algún que otro viajero á quien la repentina tormenta obligó á guarecerse bajo aquellos muros, observaron que estaban éstos habitados por un solo hombre, que, como huyendo de los vivos, había buscado la paz entre los muertos. Pronto corrió la noticia por los lugares vecinos, y no faltó quien se desviase de la senda que debía seguir para pasar junto á la ruina misteriosa, escudriñando con curiosa mirada, ávido de saber qué sér extraño era aquel que de tan medroso sitio había venido á hacerse habitación.

Fuó lo cierto que poco después de haber por los contornos corrido la noticia de aquella aparición, en la ardiente fantasía de los jóvenes, en la amortiguada imaginación de las viejas, en el ánimo de los crédulos y el pensamiento de los supersticiosos, fué el desconocido personaje aparecien-

do como ser fantástico ó quimérico engendro, cuyo misterioso incógnito aumentaba de día en día con los embustes y las suposiciones que de él se contaban, y en los que se creía como en realidades y certezas. Decíase que era un hombre alto y delgado, seco de carnes y abultado de huesos, largo de piernas y de brazos, de rostro enjuto, pelo rojizo y tieso, cejas arqueadas, orejas grandes y desmesurada boca; añadían los más enterados que al contacto de su mano se marchitaban las flores, y bajo su pie las hierbas; hubo vieja que dió por cosa cierta haberse secado en la pila el agua bendita de la iglesia cuando aquel hombre pasó una vez ante su puerta, y el diácono que afirmó haberle visto asempir una saliva que parecía hervir y oír á azufre; no faltó quien asegurase que en la oscuridad de la noche brillaban sus ojos con resplandores cárdenos, que eran sus uñas largas y encorvadas como garras de ave de rapina; hasta se dió que tenía en forma de rabo, horriblemente prolongada la columna dorsal. Créyóse, en fin, ver en aquel hombre, si no una encarnación del diablo mismo, al menos un íntimo amigo suyo ó un pariente cercano.

II.

Era una noche en que la luna iluminaba de lleno el patio y los claustros que le rodeaban, refractando su templada luz sobre el blanco mármol de las estatuas, que aparecían como sombras envueltas en sudarios esmaltando el fondo oscuro del frondoso ramaje; noche apacible en que apenas el viento agitaba las hojas de los árboles, y en que se escuchaban claros y distintos todos esos ruidos que únicamente en el seno de la soledad se escuchan, mientras la vista, fija en el cielo, intenta descifrar en vano las misteriosas frases que en el espacio escriben con fugitivos caracteres esas estrellas errantes que caen como piedras desprendidas de la rota corona de los dioses; noche angusta y poética en que lo incierto de los resplandores y lo intenso de las sombras puebla la fantasía de medrosas visiones, el corazón de vagos é insondables temores, y en que la muda contemplación del infinito inspira al hombre las eternas y sublimes dudas que son toda la vida, toda la gloria y todo el trabajo de la humanidad. Ocultas entre las hierbecillas, y brillando en lo más espeso de las tinieblas, como las ideas en el fondo del alma, aparecían las pequeñas luciérnagas su resplandor fosfórico; describían en el aire negras círculos las atezadas murciélagos; entonaban en las lagunas sus estridentes coros las desveladas ranas, y meciéndose en la copa de los árboles, ensayaban los tiernos y sencillos ruiseñores el dulce é intrincado gorjeo con que al clarear el día habían de saludar al sol y despertar á las dormidas hembras.

A tal hora y por tan medroso sitio vagaba el habitante misterioso de la desierta ruina, y al cruzar por entre las anchas calles de sepulcros, más parecía pavoroso fantasma que ser humano y vivo; era su paso incierto; de sus labios, sombríamente cántenos, como amortiguadas al principio, más claras y distintas luego, iban brotando extrañas é inteligibles palabras de sonido metálico, como formadas por el eco subterráneo de maldiciones rúnicas y satánicas; iban sus ojos ensalzándose por grados, y su faz primero, después todo su cuerpo, tomando un aspecto entre infernal y repugnante, que hubiera puesto indefinible espanto en el corazón del más osado. A medida que su excitación se hacía mayor, iban en progresivo aumento sus gestos y sus voces, y los que al principio fueron sonidos inarticulados y confusos gritos llegaron á convertirse en palabras claras de allí á poco.

« Muertos, decía, cuerpos enterrados entre los escombros de la destrucción y del olvido, volved á la vida, alzaos del sepulcro y corred al mundo; sacadid el polvo que cubre los descarnados huesos, haced memoria de lo que ántes fuisteis, id á continuar el drama ó el sainete de vuestra existencia; y si la gloria, el amor ó los placeres pueden con sus

coronas, sus triunfos y sus fiebres daros la felicidad ó la dicha, vivid eterna y perdurablemente; pero si os convenéis de que el amor, la juventud y la fe son, cuando huyen del corazón, aves que jamas vuelven al nido, si sucéis de los placeres embotada la sensibilidad y envejecido el cuerpo; si el ansia de vuestras almas no se sacia; si el vaso de vuestros deseos no se colma, entónces tornad á la tierra en que reposáis ahora, y aguardad en ella resignados la solución del gran problema »

Jamas humanos ojos vieron cuadro como el que siguió á estas frases, dichas con un acento entre satírico y solemne; por las aristas de los bronce y los perfiles de los mármoles corrieron llamaradas fosfóricas pálidamente azules ó débilmente violadas, que, brotando de entre las junturas de las piedras y las grietas del suelo, iluminaron tristemente los sepulcros, dejando asomar manos huesosas y crispadas, que con el ansia de la vida se agarrar al borde de las tumbas; como movida por subterráneo empuje hinchábase la tierra, y por entre sus negras hendiduras, asidos á las raíces de los árboles, iban trepando los blancos y pelados esqueletos, ahuyentando unos de las vacías órbitas los tenaces gusanos, colocando en ellas los ojos recogidos del suelo, mientras otros buscaban por los oscuros rincones de las tumbas los esparcidos miembros. De los nichos del muro bajaban sujetándose á las labores de las piedras, oculto el calvo cráneo por la parda cogulla, los frailes, antiguos habitadores del recinto; de entre los haces de columnas que sostenían las bóvedas del claustro se levantaban, dejando oír el chocar de las armas con los huesos, los guerreros que, siempre á pelear dispuestos, fueron enterrados vestida la lorica y empuñado el mandoble; las losas desgastadas por los pies de los vivos se alzaban silenciosas para dar paso á los muertos, que, como volviendo de un desmayo, estaban los entumecidos miembros, mientras alguno que otro dejaba ver en el prolongado hostezo las desiertas mandíbulas; por el ambiente, embalsamado con el aroma de la campestre mejorana, esparciéronse los fétidos alientos de las bocas sucias por la mentira, y el hedor y los miasmas que las conciencias despedían infestaron el aire. Quién revolviendo los escombros de su propio sepulcro se ceñía los rasgados firones de un manto que fué rojo; quién trataba de ajustarse en las desvenecadas coyunturas los deformados huesos; éste procuraba hurtar algunos dientes, y aquél andaba á caza de una espina dorsal ménos viciada que la suya, mientras en medio de tanta confusión de ruido se escuchaba la voz robusta del diabólico personaje, que repetía: « Id, respirad de nuevo, ocultense vuestros huesos entre músculos y cubralos la piel; surquen las venas vuestros cuerpos, vibren los nervios mensajeros de las sensaciones, pensad, sentid, amad, aborreced de nuevo, corred al mundo y encontradme todos como cada uno le dejó cuando llegó la hora de su muerte. » Dijo; y entónces, á aquel bullir, á aquella latente y sorda agitación de tantas fuerzas, fué sucediendo, creciente y como en invasión tremenda de voces, ayos, rezos, suspiros, maldiciones y gritos que usaban el espacio, la infernal hulfumba y el ronco hervir de un mundo muerto que despertaba á nueva vida.

Ya vacías las tumbas, solos y abandonados los sepulcros, oyóse primero el ruido que producían en la arena las huesosas plantas y el desgajarse de las ramas, dando paso á los que nacían entre la maleza y las ortigas; después, libres de tropiezos y vallas, á carrera tendida, como los griegos de las antiguas fiestas, como perros de caza tras abiyentado corzo, en legión desbaratada y fugitiva, en tanto que alguno saltando por entre las zarzas y apoyándose en trozos del despedazado muro iba á campo traviesa de aquel lugar mallito, corrieron los más á la pequeña puerta de salida, practicada en un ángulo del claustro, y que resguardaba una fuerte verja de la que sólo una mitad estaba abierta.

Como torrente humano, aquella masa compacta de fantasmas vivos ó animados muertos se abalanzó confusa y atropelladamente á la salida, con tal fuerza y tal ímpetu, con

tan desequilibrado empuje, que, cayendo unos, caían otros sobre ellos como piedras de huesos inapellidos por tempestad galvánica, sin que el crujir de los cráneos aplastados, el rechinar de los tronchados brazos, los ayes, las voces, las impresiones y lamentos detuvieran un momento la violencia de los que iban llegando sin querer darse punto de reposo en el asalto de aquella puerta, que desde el campo de la muerte parecía la brecha de la vida. Los fuertes subían sobre montones de caídos; los corpulentos derribados eran punto de apoyo para los ágiles y astutos; sobre los restos de los viejos encaramábanse los jóvenes; la dama servía de escabel al caballero; sobre la frente del soberbio apoyaba el humilde la planta ensangrentada; los prones del manto del magnate quedaban prendidos entre las uñas del envidioso; juntas la prostíbula y la señora, pugnaban por alzarse una en perjuicio de otra, y, envidiosas todas de sí mismas tan sólo, ni había quien á otro facilitara ayuda, ni quien pensara recibirla; ni amigo que ayudara al amigo, ni ministro de Dios que sostuviese al débil, ni padre que en sus hombros encaramase al pequeñuelo; en la salvaje fiebre de la vida nadie pensaba sino en la bárbara conquista del reducido espacio que iba quedando desahogado y libre en la puerta, casi cegada ya por la latente masa de vivos sepultados bajo muertos, y de quejidos acallados por maldiciones y blasfemias.

Una vez fuera del terrible recinto los que habían logrado trasponerle, caminaban en derechura y sin volver atrás los ojos, hacia la ciudad inmediata, cuyas altas torres, como gigantes silenciosos, parecían velar por los dormidos habitantes. Conforme andaban, á cada paso que iban dando, reconocían la forma que tuvieron en la vida, y juntamente con los accidentes físicos renacían en ellos los defectos y las cualidades morales. Continuaban la acelerada marcha como las fuerzas recién recobradas permitían, y cual nadie había querido ser el último en salir del cementerio, cada uno quería llegar primero á la ciudad fantástica.

Los altos muros, el oscuro ramaje que como espesa cinta de verdura rodeaba las casas bañadas por la luz de la luna; el gemir de las fuentes entre las apiñadas flores de los jardines inmediatos; los casi imperceptibles ruidos, que como respiración difícil se alzaban de la ciudad dormida, todo aumentaba lo extraño de la escena. Pero si al dejar en trópel el cementerio las turbas de esqueletos presentaban con sus blancas osamentas y sus despedazadas y carcomidas vestiduras un aspecto asqueroso, á medida que se iban acercando á las moradas de los vivos las ropas recobraban sus formas y colores, las armas su brillo, resplandecían los brocados, crujían las sedas, sonaban las espuelas, los velos de las mujeres y las plumas de los chambargos de los hombres se dilataban en el viento y en carnavalesca caravana, envueltos en el turbón de polvo que en su carrera alzaban, juntos corrían damas, pajes, magnates, soldados, meretrices, frailes, villanos y bufones, tronchando á su paso las erguidas nubes, sin cuidarse de los desgarrones y arañazos que se hacían en los abrojos del camino de la vida.

Por la misma influencia que era causa de aquella resurrección se abrieron las puertas de la ciudad, y primero en grandes pelotones, despues en numerosos grupos, luego en otros menores, fueron diseminándose todos, yendo unos á suspirar ante una reja ó vengar una injuria, á buscar aventuras ó llorar desgracias, á esperar fortunas ó placeres, á refugiarse en su hogar quien le tenía, y alguno acurrucándose en el umbral de una puerta á pedir con la limosna la incierta y vergonzosa renta del mendigo.

El enamorado adolescente que, henchida el alma de ilusiones y con la sonrisa en los labios, murió en un desafío, y al espirar por la que amaba le envió en el último movimiento de su brazo el último beso de su boca, corrió de nuevo ante las hierros que pretendió alandar en otro tiempo á fuerza de juramentos y ternezas, y apoyado en los mismos barrotes en que él se reclinaba cuando esperaba impaciente la anhelada cita, topó con otro galanteador afortunado, á

quien la misma voz, cuyos ecos él conservaba en los oídos, decía aún más enamorada y más sumisa: «A nadie amé sino á ti, engaño fué de la imaginación acalorada, capricho que yo misma no me explico, la inclinación que hacía otro he sentido.»

El avaro que á costa de hambres y desvelos juntó un tesoro y en el hueco del muro ó al extremo del huerto le ocultó gozoso, temiendo que le mirasen las miradas del paciente fanático, corrió hacia su miserable albergue y en el mismo solar halló elevada la lujosa morada del que locamente pródigo disfrutaba sus bienes, y á traves de los costosos vidrios, por entre las rendijas de las puertas, por los agujeros de las llaves, miró furioso la opipara mesa del festín en cuyo alrededor los convidados reían el burlesco brindis que á la memoria del difunto consagraba el heredero afortunado.

El esposo que había muerto sintiendo en el helado rostro caer las ardientes gotas del llanto de la viuda llegó presuroso y alegre al lecho mismo que había trocado en ara de himeneo, y halló ocupada su parte de talamo por uno que en segundas nupcias recibía casi lo mismo que él en las primeras, cuando creía que el amor es un fuego que nadie puede encender dos veces en la vida.

El orgulloso de su estirpe encontró su blason cubierto por la muestra de un tendero; el ambicioso vió el alto puesto, blanco de sus tiros, ocupado por quien valía ménos; el que había en el estudio consumido sus días y cegado sus ojos, halló sus obras criticadas por necios que habían aprendido en ellas lo poco que sabían; el rey vió á la ensoberbecida muchedumbre asaltar triunfante su palacio, y derribadas sus estatuas por la plebe rústica que ántes le victoreaba y temía; el prelado que murió de abito predicando el ayuno y hablando de Dios, vió á Dios negado é invalidado las naves de su templo por el amotinado populacho; el que tuvo una dula la encontró desmentida, si era grata, y si era triste, confirmada; el que abrigó una ilusión, de tan perdida no la pudo hallar en parte alguna; el que sintió un deseo, le vió colmado en su enemigo; el que adoró á una mujer, la halló traidora, y quien tuvo un amigo, le vió falso. Si las tristezas que sintieron tantas gentes, si las ideas que se agolparon á tantos cerebros, la ira que se derramó por tantos pechos, tantas penas y tantos desengaños se encarnaron en solo un hombre, hubieran producido un sér indefinible é inmenso, que fuese á un tiempo mismo Hamlet, Segismundo y Fausto.

III.

Aun no luchaban con las primeras claridades del día las últimas sombras de la noche, permanecían mudas las gargantas de los pájaros y las campanas de los templos, la ciudad estaba tranquila, cuando los muertos, unos furiosos y á gran paso, lentamente y cabizbajos los más, habían vuelto al cementerio todos.

Era de ver cómo las lápidas de los sepulcros acusaban el sentimiento que animó á los que ya escarmentados prefirieron el tranquilo reposo de la muerte á la agitación constante de la vida. Una losa había sido levantada con fuerza y dejada caer con violencia, indicando á las claras la ira del rabioso; otra, perfectamente encajada sobre el hueco de la tumba, mostraba el lugar donde yacía el resignado, y eran muchas las que nadie se había cuidado de remover ni colocar sobre sus dueños, que amargada el alma por la decepción y el abatimiento, se habían reclinado en la sucia y húmeda tierra, dejando que la luz indecisa del crepúsculo iluminara pálidamente los cuerpos vueltos á su anterior estado y nuevamente comidos de gusanos.

Entonces el fantástico engendro, mezcla de hombre y diablo, abarcando con la vista aquel campo de dolores aún vivos y de esperanzas ya muertas, extendió los brazos sobre las tumbas removidas y dijo sacriando: «Dormid en paz.» Y ya se alejaba de aquel lugar maldito, cuando á un extremo del claustro, bañado en la dorada claridad de la mañana,

vió con asombro una tumba vacía, y exclamó admirado: «¡Uno falta!»

Avido de satisfacer su curiosidad, corrió á un registro del cementerio, recorrió rápidamente los folios buscando el número correspondiente al del sepulcro vacío, y un momento despues lo encontró unido al nombre del difunto y seguido al márgen de una nota que decía: *Fué loco.*

Al otro día, los que madrugaron en la villa, teatro de tan raro y verídico suceso, hallaron con espanto tendido sobre las piedras de una calle el cadáver de un hombre asesinado: el del pobre loco, único que prefirió á la tranquila podre-

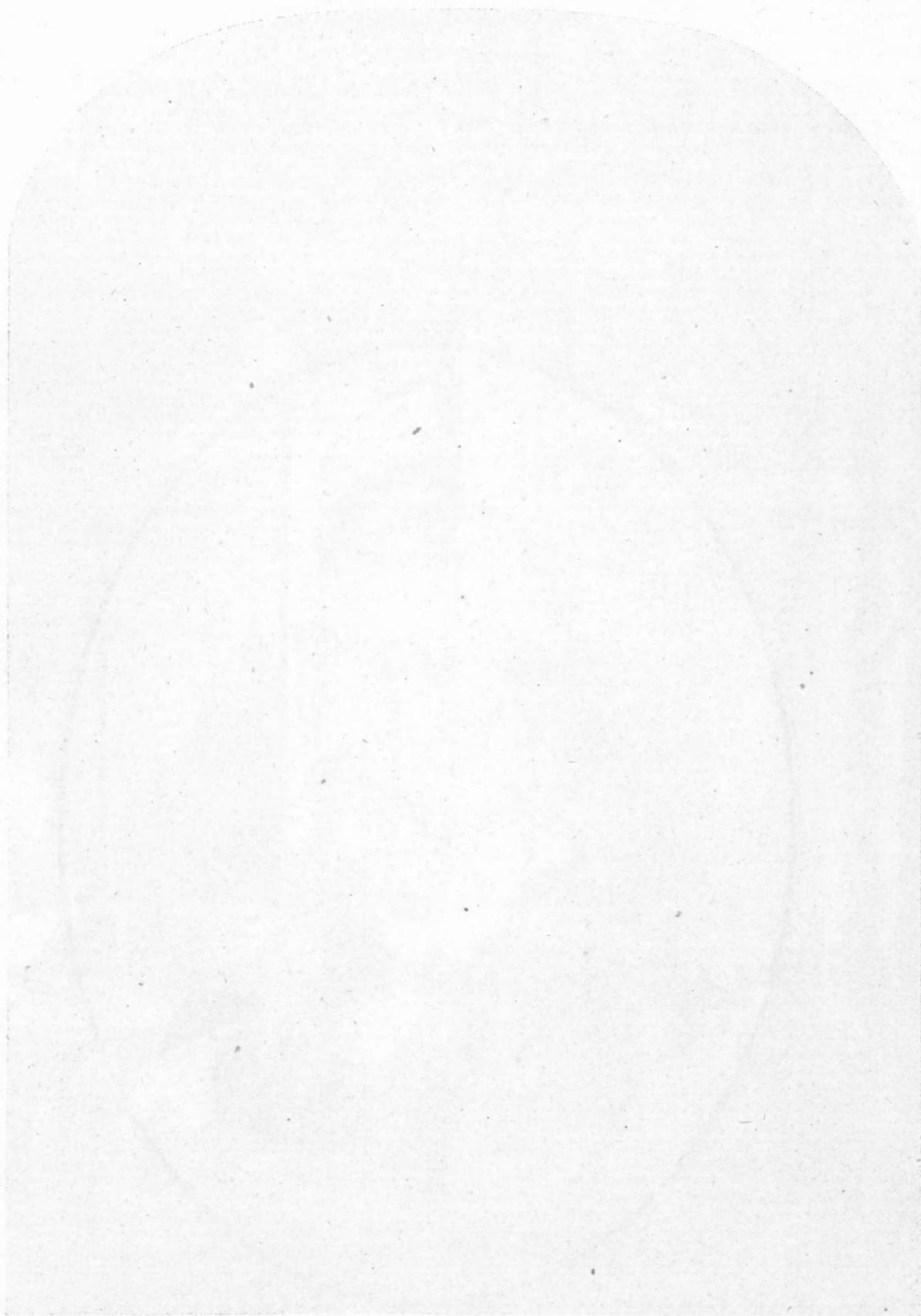
dumbre de la muerte el esplendor y los placeres de la vida.

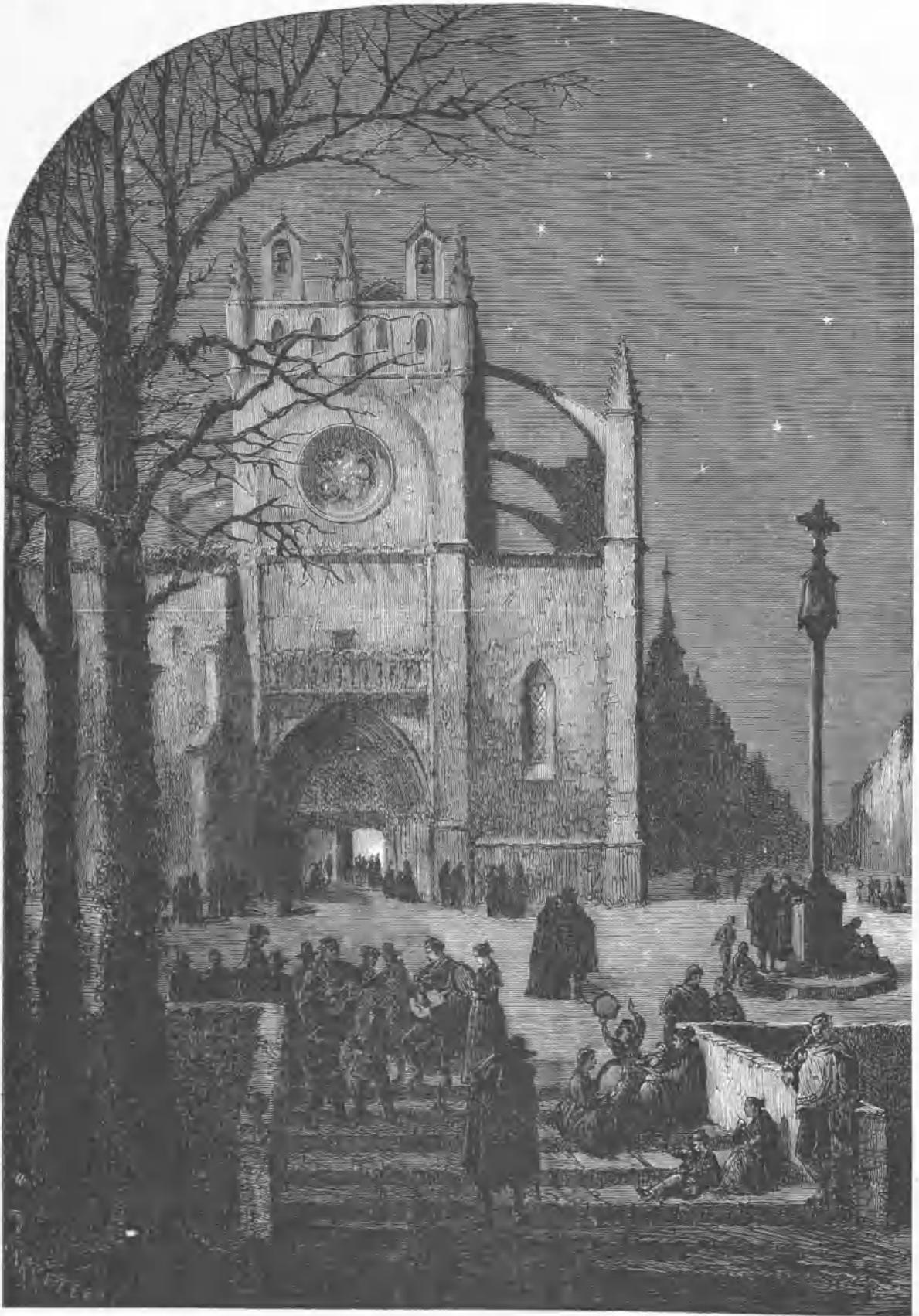
Por largo tiempo fué creída en aquellos contornos, y aún corre convertida en cuento para asustar á chicos, la absurda especie de que los muertos vuelven. Hoy las nieblas y las lluvias cubren de verde y afelpado musgo las solitarias tumbas: el viento del otoño arremolina y amontona sobre ellas las hojas secas que en lluvia de oro caen de los copudos árboles; sobre la losa sepulcral del orgulloso se gozan con el sol las lagartijas, y en la tierra que cubre los últimos restos del humilde crecen lozanas y se arraigan firmes la siempreviva y el rosal silvestre.

JACINTO OCTAVIO PICON.



EXCMO. SR. D. ÁNGEL FERNANDEZ DE LOS RIOS,
antigua publicista y colaborador de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA. Nació en Madrid el 27 de Julio
de 1821. † en Paris el 18 de Junio de 1880. — (Dibajo de su amigo D. Samuel Utrabieta.)





LA NOCHE BUENA. — (COMPOSICION Y DIBUJO DE RIUDAVETS.)

LA VENGANZA.

POEMA.

Á MI QUERIDO AMIGO EL EMINENTE ACTOR
DON RAFAEL CALVO.

I.

Hay frente al moro una aldea,
A la mar tan inmediata,
Que en las olas se retrata
Cuando crece la marea.
Encantada se recrea
La vista en aquel lugar,
Donde Dios quiso juntar
A los encantos del suelo
Las maravillas del cielo
Y las grandezas del mar.

II.

Tan vivo allí se arrebola
El cielo, al salir el sol,
Que da envidia su arrebol
Al carmin de la amapola;
Y es de ver la misma ola,
Que en la arena de la playa
Rumorosa se desmaya,
Cómo, no léjos, rugiente,
Va á estrellarse en la rompiente.
A los piés de la atalaya.

III.

Entre tierra y mar se nota
Allí sorprendente union;
En las quiebras de un peñon
Anidan cuervo y gaviota;
Da el pescador á su flota,
A la ribera atracando.
En la yerba, lecho blando,
Y á veces el campesino
Toma por musgó marino
El césped que va brotando.

IV.

Llega hasta el agua el follaje,
Y, si el viento la mar pica,
Al viejo pino salpica
La espuma del oleaje.
A un tiempo en aquel paraje
Huele á resina y marisco,
Viéndose junto á un aprisco

La red tendida á secar,
O el alga que arroja el mar
Enredada en un lentisco.

V.

Algo léjos del poblado,
Y sobre arena infecunda,
Hay un huerto, al que circunda
De pitas viejo vallado.
Denota por lo menguado
Que en balde en él se trabaja;
Y en la parte que al mar baja
Presta asiento á cuatro muros,
Que sostienen, inseguros,
Un cobertizo de paja.

VI.

Reduce el mundo al espacio
De esta comarca silvestre
Una familia campèstre,
De quien la choza es palacio.
El tronco, en arder rehacio,
Ahunó el empinado techo,
Siendo del recinto estrecho
El menaje tan sencillo,
Que hay sólo un plato, el dornillo,
Y yerba seca por lecho.

VII.

Cual á otros de su calaña,
Hizo del hambre el rigor
Campesino y pescador
Al dueño de esta cabaña.
Ir por leña á la montaña
Es, su recurso supremo;
De aquí el hallarse á un extremo
De su albergue, en la pared,
El hacha junto á la red
Y la azada junto al remo.

VIII.

¡Cuánta paz, cuánta alegría
Lleva el verano á la choza!

El labriego se remozó
Al cesar la carestía;
Mucho trabaja en el día;
Mas halla premio á su afán;
Pues ofreciéndole están
Los árboles dulces frutos,
En calma el mar sus tributos,
Y la vega tierno pan.

IX.

Hasta en su albergue hay primores:
La enredadera salvaje,
Sobre un verde cortinaje,
Le tiende un manto de flores.
En mar, en valles y alcores
Es recibido con fiesta;
Y si acude á la floresta
En las horas de bochorno,
Las tórtolas del contorno
Van á arrullarle la siesta.

X.

¡ Si para el pobre el estío
Pudiera, oh Dios, ser eterno!
Mas ¡ ay ! que llega el invierno
Con el hambre y con el frío.
Ruge el viento, llueve, el río
Se desborda en la comarca,
Y ya no puede la barca
Surcar el piélago airado,
Ni la reja del arado
La vega, trocada en charca.

XI.

Ayuno, junto á la lumbre,
Pasa el triste la velada,
Mientras la lluvia pesada
Va calando la techumbre;
Y aunque tiene la costumbre
De estar con el mar en guerra,
Hay noches en que le aterra
Tanto su ronco bramido,
Que sueña que enfurecido
Corre á tragarse la tierra.

XII.

Una noche en que el sosiego
Turba la nube que truena,
Y en que hace falta la cena
En la choza del labriego,
Hállanse en torno del fuego
Dos niños y una mujer,
A quienes no deja ver
La humareda de la llama
Del tomillo y la retama,
Que se quejan al arder.

XIII.

Del sol y el aire curtida
La tez, un tiempo de nieve,
Y la mano, que fué breve,
Rugosa y encallecida,

Crespo el pelo, que hoy descuida
Y que tanto amó doncella,
La pobre mujer aquella,
A quien la desgracia apura,
En la edad de la hermosura
Ha dejado de ser bella.

XIV.

En cambio, poder bastante
No ha tenido la desgracia
A robar frescura y gracia
De sus hijos al semblante;
Ni hay miedo que les quebrante
La escasez con sus rigores,
Porque son mantenedores
De aquellos ángeles rubios
Los saludables efluvios
De la mar y de las flores.

XV.

A uno y otro rapazuelo,
Que lloran, dice la madre:
— « Callad; si pan no trae padre,
Lo traerá un ángel del cielo » —;
Mas no calmado su anhelo
Con este apóstrofe santo,
Ahogada la triste en llanto,
Cuentos de brujas les cuenta,
Por ver si de ellos ahuyenta
El hambre con el espanto.

XVI.

Tanto absorben los sentidos
En la magia de los cuentos,
Que á fuerza de estar atentos,
Se van quedando dormidos;
Pero al cesar sus gemidos,
Sus risas y su algarada,
La choza, por lo callada
Y lo triste, se asemeja
Al nido que el ave deja
Solitario en la enramada.

XVII.

Y es que no falta alegría,
Ni es tan acerbo el dolor,
Donde hay un ave, una flor
O un niño que nos sonría.
Va la paz con la poesía,
Cual con el alba el rocío;
Sin ella, presa del frío,
Desfallece el alma, y duda,
Y encuentra la tierra muda,
Y halla en el cielo el vacío.

XVIII.

Siente, al verse solitaria,
La mujer tanta zozobra,
Que de ella no se recobra
Ni acudiendo á la plegaria;
La hace el miedo visionaria,
En ver fantasmas se obstina,

Y que escucha, se imagina,
El grito de mal presagio
Con que el terrible naufragio
Anuncia el ave marina.

XIX.

Tanto, al fin, se sobresalta,
Que corre á atrancar la abierta
Y desvencijada puerta,
De llave y cerrojo falta;
Mas cuando el umbral asalta,
Como estatua de granito
Se queda, sin dar un grito,
Ante un hombre de faz torva,
Que el paso, al entrar, le estorba
Y la mira de hito en hito.

XX.

Alto, moreno, nervudo,
Y de mirada tan hosca
Como es su figura tosca
Y su entrecejo ceñudo,
Y envuelto el rostro barbudo
De una manta en el capuz,
Tiene, del fuego á la luz,
Tan siniestra catadura,
Que la mujer le conjura
Con la señal de la cruz.

XXI.

Al conocer el intruso
La mala impresion que ejerce,
El gesto fruncido tuerce
Entre irritado y confuso,
Y murmura: — «Si es que abuso
Pidiendo hospitalidad,
Me marcharé, perdonad.» —
Y cual su aspecto, su voz
Contrasta, por lo feroz,
Con sus frases de humildad.

XXII.

— «Buen hombre, Dios no permita,
— La mujer temblando exclama, —
Que quien á mi puerta llama
Y mi amparo solicita
No halle remedio á su cuita
Si el remediarla está en mí.
;Como de repente os vi
Y hace una noche espantosa... !
;Una es siempre tan medrosa,
Y estaba tan sola aquí!» —

XXIII.

Sin notar que el hombre adusto
La mira y no le responde,
Ella, que el temor esconde
Ó se ha repuesto del susto,
Prosigue: — «No fuera justo
Dejaros al descubierto
En tal noche. ;Estaréis yerto!
Venid y hallaréis solaz

Junto á esta lumbre, capaz
De hacer revivir á un muerto.» —

XXIV.

Sin freno que la cohiba,
Cual si callar fuera mengua,
No da descanso á la lengua
En tanto que el fuego aviva.
De charla tan expansiva
Da su inocencia la clave;
Pues, como su canto el ave,
Ella, con gozo profundo,
Le repite á todo el mundo
Lo poco que siente y sabe.

XXV.

Y así prosigue halagüeña:
— «Pronto traerá mi marido
Qué cenar, si es que ha vendido
En el pueblo alguna leña.
; Ahora siempre está en la breña
Cortando broza á destajo;
Pues, como falta trabajo,
Tiene que ganarse el pan
Recorriendo con afán
El monte de arriba abajo!

XXVI.

«De la fortuna la rueda
Anda tan mal, que predigo
Que un día, como al mendigo,
Nos arroje á la vereda.
Sólo este huerto nos queda,
Y hemos de regarlo á mano
De ese pozo, al mar cercano,
Cuyo manantial salobre,
A más de malo, es tan pobre,
Que se agota en el verano.»

XXVII.

Oyendo el relato triste,
Ni se inmuta ni apesara
Aquel hombre, en cuya cara
El ceño adusto persiste;
Y ella, que en hablar insiste,
Añade: — «Mas tan prolijos
Cuidados, en regocijos
Me los trueca Dios piadoso
Con el amor de mi esposo
Y la salud de mis hijos.» —

XXVIII.

— «¿Teneis hijos?» — ruge fiero
El hombre, que se adelanta
Y queda, al soltar la manta,
En traje de marinero.
— «Dos tan hermosos, que infiero
No los habréis visto iguales,
— Dice la mujer; — son tales,
Que con ellos al salir
Sólo oigo al paso decir:
;Que Dios los libre de males!

XXIX.

»Y se me han muerto otros dos,
Por quienes áun lloro y peno;
Uno salió de mi seno
Para volar al de Dios,
Y al otro que vino en pos,
Lleno de vida y salud,
Tambien con tal prontitud
Me lo quitó la fortuna,
Que las tablas de la cuna
Le sirvieron de ataud.»—

XXX.

Y su discurso expansivo
La pobre mujer completa,
Esta pregunta indiscreta
Dirigiendo al hombre esquivo:
—«¿Puedo saber el motivo
Que viaje tal ocasiona?»
—«Una promesa lo abona»—
Dice el hombre, con voz ruda,—
Y ella replica:—«¿Sin duda
A nuestra santa patrona?»

XXXI.

»¡Qué Virgen! ¡Si es un portentoso!
Cuando un voto le consagro,
Segura estoy que el milagro
No ha de tardar un momento.»—
«No es promesa, es juramento
—El prorumpo—dije mal.»—
Y ella repone:—«Es igual;
Que un juramento no pesa
Más que una simple promesa
Sobre el alma del leal.»—

XXXII.

Al fin la pasión que agita
Al hombre, con tal impulso
Llega á estallar, que, convulso,
Fuera de sí, se alza y grita:
—«Sed tengo, sed infinita
De cumplir á la que amé
Lo que há tiempo le juré
Sobre la cruz de esta daga;
Sed que con sangre se apaga
Y que pronto apagaré.»—

XXXIII.

Y al recordar sus enojos
Y referir sus agravios,
La espuma brota en sus labios
Y el rayo vibra en sus ojos.
Ella se postra de hinojos,
Pidiéndole á Dios ayuda;
Él, la cuchilla desnuda,
La mujer quédase inerte,
Y está el ángel de la muerte
Flotando en la escena muda.

XXXIV.

La pobre mujer aquella
Ha reconocido en él
Al hombre fiero y cruel

De su vida mala estrella.
La persignió de doncella
Con amoroso arrebato;
Partió jurando insensato
Matar á quien ella amára,
Y es hombre que no se para
Ante el vil asesinato.

XXXV.

Largo trecho permanece
Inmóvil y sin resuello,
Cual la víctima que el cuello
Al hacha tajante ofrece.
Al cabo se restablece;
Mira al hombre de soslayo,
Y, viendo que va en desmayo
Y se apaga su furor,
Cual de la nube el rigor
Cuando rompe en lluvia y rayo,

XXXVI.

Fuera del hogar se lanza,
Sin que ya nada le asombre,
Para evitar que aquel hombre
Pueda cumplir su venganza;
Y al cercano pueblo avanza,
Corriendo en la oscuridad,
Azotada sin piedad
Por las zarzas del camino
Y el furioso torbellino
De la ronca tempestad.

XXXVII.

En tanto, absorto en sí mismo,
Mira el hombre en su conciencia,
Donde quizás con vehemencia
Batallan cielo y abismo.
¡Ay! vencerá el egoísmo;
Que aquel hombre le dió plaza
En su pecho, y se solaza
En ser ¡oh ciego! el custodio
De la víbora del ódio,
Que el corazón le ataraza!

XXXVIII.

—«¿Con mi voluntad de hierro,
—Se dice,— vencí mil daños,
Tan largos y tristes años
Del servicio en el destierro,
Para hoy perdonar el yerro
De esa mujer, que sabía
Lo que yo jurado habia,
Y el incomprensible alarde
De audacia de ese cobarde
Que la toma siendo mía?»

XXXIX.

«¡Abriaban la esperanza
Quizás de que yo muriera!
¡Ya entró en el redil la fiera,
Y no saldrá sin matanza!»—
Furioso ruge, y avanza

Hacia donde están dormidos
Los niños, que, sorprendidos,
En él la mirada fijan,
Y asustados se cobijan,
Rompiendo en tristes gemidos.

XL.

Ante los ángeles bellos
El hombre el paso suspende,
Y, vuelto en sí, le sorprende
Hallarse solo con ellos.
Erizados los cabellos,
E instigado por Satan,
De herirlos hace ademán,
Cuando un niño se levanta,
Y, con voz que llora y canta,
Le dice: — « ¡Yo quiero pan ! » —

XLI.

Al ver que se le aproxima
Llorando el niño y riendo,
Cree que el mundo con estruendo
Va á desplomársele encima.
Cual si se abriera una sima
Ante sus piés, retrocede;
Apénas si llegar puede
A su asiento, y lo ve todo
Girando, como el beodo
Que á insano vértigo cede.

XLII.

Acércase poco á poco
Al hombre sañudo el niño,
Y, á la par que con cariño,
Con inocente descoco,
— « ¿Tú no tienes pan tampoco? » —
Con aguda voz le chilla,
Poniéndole en la rodilla
Una mano, que quizás
Al hombre le daña más
Que el filo de una cuchilla.

XLIII.

— « ¿Y madre? » — gimiendo añade;
Pero tórnase jovial
Viendo del hombre el morral,
Que á un registro le persuade.
Con temor y ánsia lo invade,
Y cuando, al fin, el pan toca,
Frente á frente se coloca
Del marinero, de un brinco,
Mirándole con ahinco
Con un pedazo en la boca.

XLIV.

El otro, que ha visto bien
A su hermano desde el lecho,
Exclama, en llanto deshecho:
— « ¡ Dame ! ¡ Yo quiero también ! » —
Y el mayor le grita: — « ¡ Vén ! » —
Pero hallando la mirada
Del rapazuelo asustada,

Añade: — « Acércate pronto,
¡ Mirame á mí ! ¡ No seas tonto !
¡ Si el hombre no te hace nada ! » —

XLV.

Cayendo el chico en la red,
Se aproxima con recelo,
Fija la vista en el suelo
Y rozando la pared.
¿ A quién del hambre ó la sed
El discurso no convence?
Contento el niño se vence
Y en el festin toma parte,
Sin miedo que le coarte
Ni nada que le avergüence.

XLVI.

Entre tanto, el marinero,
Cual potro que el freno tasca,
Entre los dedos añasca
Las cintas de su sombrero.
Mil frases sin atadero
Confusamente murmura;
Pero, al alzar su faz dura,
Algo en ella se divisa,
Que igual puede ser sonrisa
Que contraccion de amargura.

XLVII.

Como del nido, impaciente,
Apénas raya la aurora,
Se lanza el ave canora
A cruzar el puro ambiente,
Los niños, que sonriente
Ven su faz, ántes sombría,
Se le acercan á porfía,
Gritos de júbilo exhalan
Y en sus rodillas se instalan
Con ruidosa algarabía.

XLVIII.

Y uno le pregunta: — « Di,
¿ Es verdad que el ángel eres
Que trae pan ? » — y otro: — « ¿ Me quieres
Como yo te quiero á ti ? » —
Le besan con frenesí,
Tan amantes cual traviosos,
Y al calor de aquellos besos
La sangre se le coagula
Y el calofrío circula
Por sus venas y sus huesos.

XLIX.

Como si esposas y grillos
Le retuvieran inmóble,
Se entrega el títan de róbale
Al juego de los chiquillos.
Sonda el uno en sus bolsillos,
El otro le desbarata
El nudo de la corbata,
Y acaba el pobre coloso
Por ayudarles gozoso
En su labor insensata.

L.

De tanto jugar rendidos,
Dándole estrechos abrazos
Al marinero, en sus brazos
Se quedan al fin dormidos.
El, turbados los sentidos,
Atentamente los mira,
Acongojado respira,
Los besa..... y están sus ojos
Humedecidos y rojos
Cuando de ellos los retira.

LI.

De repente sé levanta,
Y murmurando — « Esto es hecho, » —
Lleva á los niños al lecho,
Cobijados con su manta,
Y anudado en la garganta
Un sollozo de ternura,
Con el miedo y la premura
Del que un crimen en pos deja,
De la cabaña se aleja
Y huye ciego á la ventura.

LII.

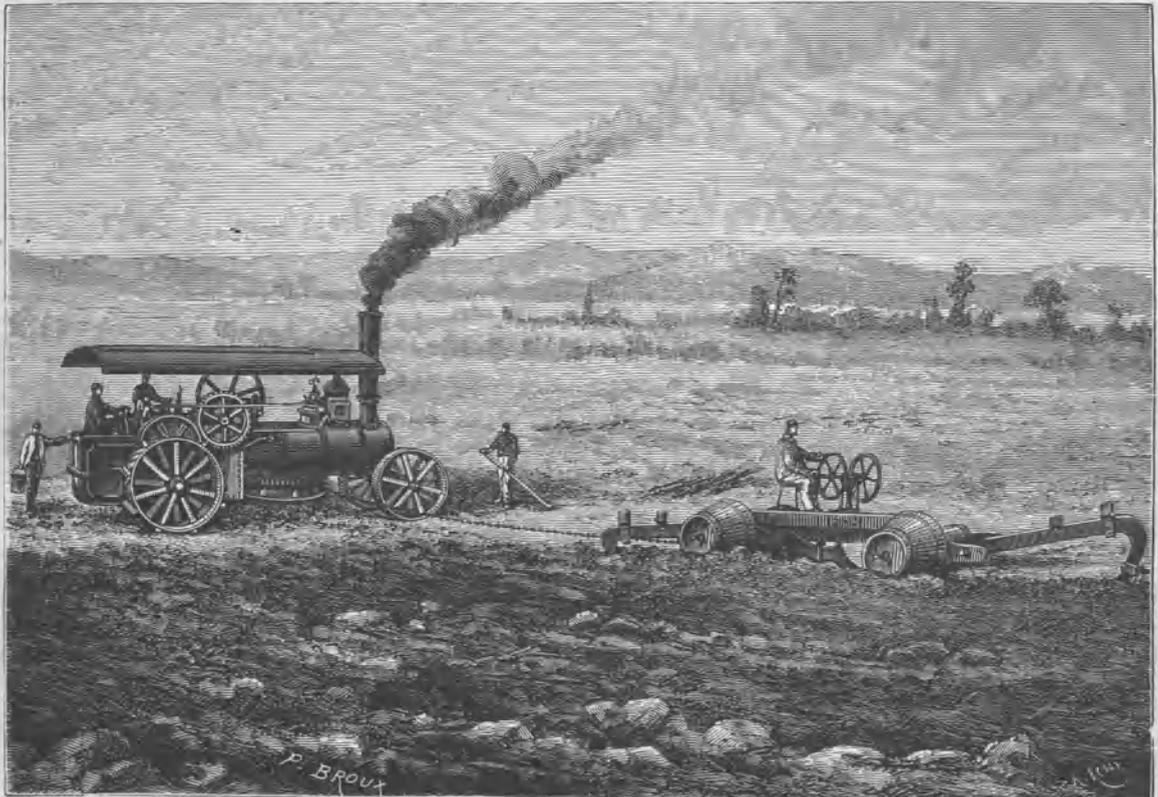
Entran los padres, en tanto,
Ansiosos en la cabaña;
Él, cegado por la saña,
Ella, ahogada por el llanto;
Y cuando llenos de espanto
Buscan al hombre fatal,
Ven, en grupo celestial,
Dormir á sus hijos bellos
Y descansando sobre ellos
Una bolsa y un puñal.

LIII.

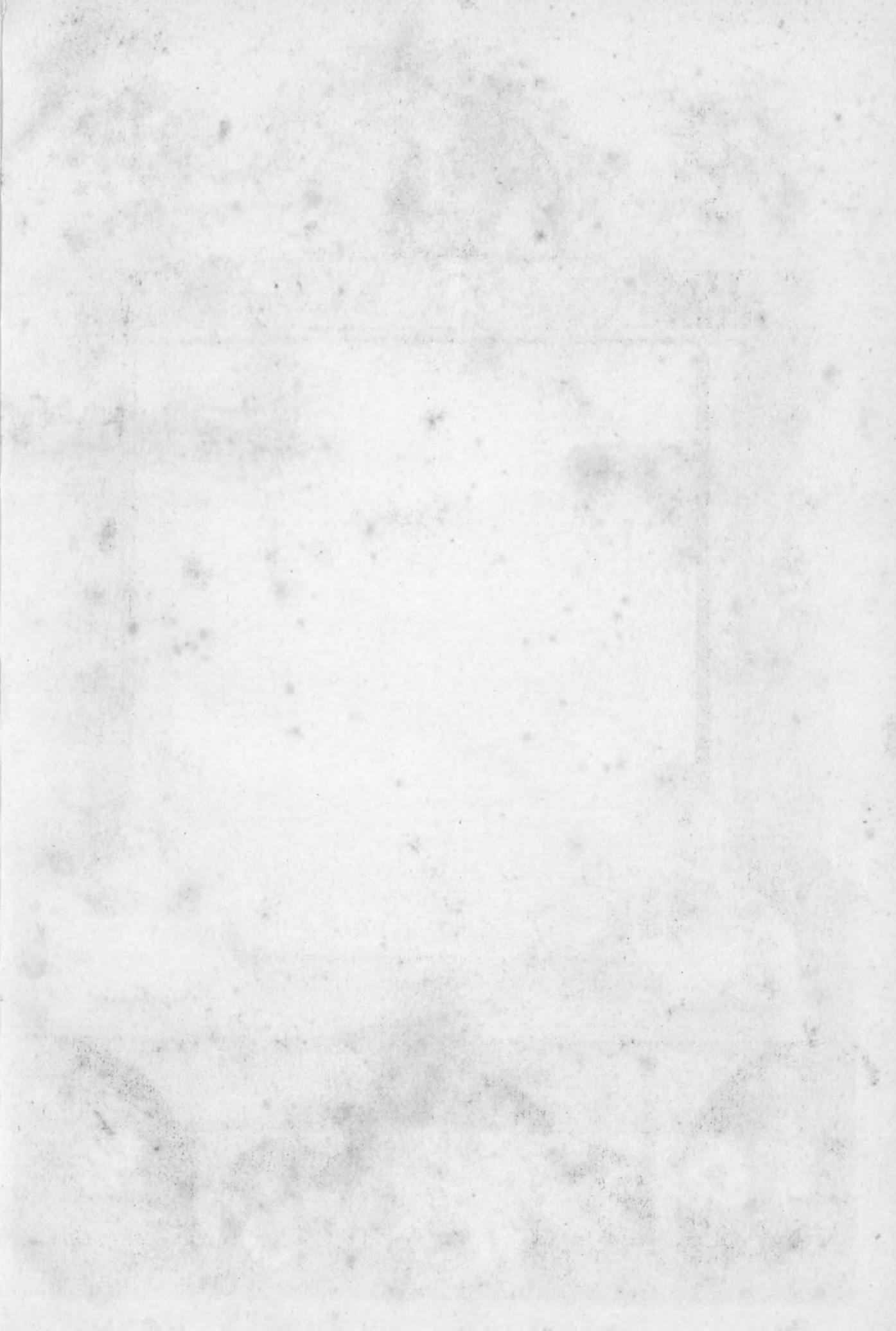
Al surgir el nuevo día,
Roto, enlodado y sin tino,
Llega corriendo un marino
A la cercana balía,
Y alcanza con alegría
Su bajel, pronto á zarpar,
Que, las olas al cortar,
Tendida al viento la vela,
Parece un ave que vuela
Rozando el agua del mar.

JOSÉ VELARDE.

Madrid, Mayo 1880



ARABATO «SUTHERLAND» PARA DESCUAJAR LAS TIERRAS, MOVIDO POR EL VAPOR.



AÑO XL.

LA MODA ELEGANTE
PERIÓDICO ESPECIAL
DE
SEÑORAS Y SEÑORITAS

Indispensable en toda casa de familia



Se remiten prospectos y
números de nuestra gratis á toda Señora
que lo solicite.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRAL. MADRID.

